This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL
398
1.33

SAL 398.1.33

HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION

BOUGHT FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO

OF MATANZAS, CUBA

CAL 398.1.33

CECILIA LA MATANCERA.

CECILIA LA MATANCERA.

NOVELA CUBANA

POR

RAFAEL OTERO.

MATANZAS.

IMPRENTA DE LA AURORA DEL YUMURÍ,
CALLE DE JOVELLANOS, NUMERO 5.

1861.

SAL 398.1.33

Escoto Collection

NOVELA ORIGINAL POR Dn. RAFAEL OTERO.

CECILIA LA MATANCERA.

A LAS BELLAS Y GENTILES HIJAS

DEL

SAN JUAN Y YUMURI

Bellísimas Matanceras:

Una deuda de gratitud por vuestras constantes simpatías es la que os pago al dedicaros á Cecilia, tipo que abunda mucho en la bella ciudad en que habeis nacido; así como existen tambien madres buenas, mártires y santas, que son todo abnegacion y cariño, y que se verán daguerreotipadas en la de nuestra heroina.

Habeis aceptado mi obrita como se recibe á una hermana; amadla mucho, consagradle vuestra proteccion, fijad sobre ella vuestros hermosos ojos, y quedará satisfecho vuestro cariñoso hermano y admirador

Rafael Otero.

Matanzas 1.° de Abril de 1861.

CEC

na seren
aba yo l
pues a
enado qu
in saber
de dirigi
ual me p
cipio en
a calle d
habia en
ño se llar
quedó t
nos en e

CECILIA LA MATANCERA.

INTRODUCCION.

DEL POR QUE ESCRIBO ESTA NOVELA.

Una serena y hermosa tarde del caloroso Junio, en el año de 1842, paseaba yo por algunas calles estramuros de la Habana con lento paso, pues acababa de sufrir una grave enfermedad y se me habia ordenado que diese esos paseos durante la convalescencia.

Sin saber cómo, y andando maquinalmente y sin punto fijo á donde dirigir mis pasos, me encontré en la calle de *Anton Moco*, lo cual me probó que habia sido bastante largo el paseo, pues dió principio en la calle de Compostela frente al cuartel de artillería.

La calle de *Anton Moco* debe su estraño nombre á una taberna que habia en la esquina que forma con la calzada del Monte, cuyo dueño se llamaba Anton Moco, escrito con celdilla (Moço); nombre que quedó transformado por la mala pronunciacion de sus parroquianos en el que ahora lleva.

En todos los barrios estramuros é intramuros de la capital de Cuba hay muchas familias pobres; pues, si bien todos le dan el título de la opulenta, no faltan miserias, y muchas en el mas alto grado, que jamás podrán ver los que estudian el estado de una poblacion en los grandes saraos, en los festines y en los teatros. La calle de Anton Moco, bien sea por las muchas casas tan antiguas como pequeñas que hay en ella, bien por lo reducido de sus alquileres, es sin disputa uno de los puntos en que la mayoría de los vecinos pertenece al gran número de los que comen el pan regado con lágrimas, y para quienes son mas que constantes las horas del infortunio.

Muchas de las casas que tenia á derecha é izquierda, presentaban en su pobre ajuar el certificado mas elocuente del estado de sus moradores, y algunos rostros enjutos y macilentos demostraban que no estaban bien alimentados aquellos seres, y que sus comidas eran no solo escasas sino de manjares poco nutritivos.

En una de ellas, cuyas sillas y demas muebles hacian poca consonancia con su pequeñez, pues parecian restos de un mobiliario que habia sido bueno, estaba á la puerta un anciano de blanca barba y crespos cabellos como la nieve, en cuya fisonomía se revelaban los grandes padecimientos porque habia pasado: sus pobres vestidos estaban muy blancos y sin roturas, lo que demostraba á la par de la pobreza, mucho aseo. Aquel anciano fijó en mí sus miradas, una súbita espresion de alegría inundó su rostro, y me llamó por mi nombre.

Era un amigo desgraciado de mi padre: me habia conocido desde muy niño y visto con el autor de mi existencia varias ocasiones; no siendo obstáculo á su memoria para que me recordase, ni la palidez de mi semblante, ni el tiempo que habia pasado sin verme: su natural alegría, el cariñoso modo con que me estrechó en sus brazos, á lo que correspondí yo con la mayor efusion, y su natural comunicativo, despertaron en mí una viva simpatía hácia él á pesar de la diferencia de edades.

D. Ambrosio era un anciano y yo un niño que aun asistia al colejio.

Contóme el triste estado de pobreza á que le habia reducido la fatalidad en los últimos años de su vida, llevándole hasta el estremo de verse en aquella situacion, sin poder trabajar á causa de sus achaques, cargado de una numerosa familia, y teniendo que deber la subsistencia al cons tante trabajo en costura de su hija Cecilia, jóven de diez y ocho años á quien él llamaba su *ángel*.

Enternecióme de tal modo el estado del pobre anciano y de su familia, la cual sin duda se ocultaba de mí por su miseria, que aproveché un momento en que D. Ambrosio entró en el cuarto para ofrecerme cigarrillos, y dejé en la silla inmediata á la que yo ocupaba todo el dinero que traia en el bolsillo. Parecióme este el modo mas delicado de socorrerle sin avergonzarlo; prometile que volveria á verlo, y hasta que iria mi padre, si sus achaques se lo permitian; no solo por el placer que el anciano esperimentaba con mi presencia, sino porque, seré franco, deseaba conocer á toda la familia y en particular al *ángel*, que bajo el nombre de Cecilia, y tan jóven, era el sosten de toda la familia.

Abandoné la casa y la calle de Anton Moco con el corazon satisfecho, pues me figuraba que D. Ambrosio, al encontrar aquel dinero, comprenderia el delicado modo con que lo habia socorrido y haria uso de él.

Llegué á mi casa, participé á mi querido padre del como habia pasado la tarde y la visita que habia hecho á su antiguo amigo, su estado, y el modo con que le habia dejado lo que llevaba en el bolsillo; dióme la enhorabuena por mi buena accion, y me dijo:—Ahora sabrás como á los hombres mas ricos puede llegarles un dia en que reciban un favor de los mas pobres, y muy pronto podrás juzgar que las riquezas son efímeras y que nadie debe llenarse de orgullo por contar con un caudal notable: Ese D. Ambrosio que esta tarde ha conmovido tu corazon, se retiró de Matanzas para la Habana el año 1825 con un capital de quinientos mil pesos, con los cuales creia él poder pasar tranquilo los últimos años de su vida.

—Oh! sí, sí, contadme la historia de ese anciano, porque juzgo que me ha de interesar mucho; y además las desgracias de nuestros contemporáneos son vivos ejemplos que jamás olvida el hombre, casi siempre aprovechándose de ellos.

—Si tan útil te ha de ser su ejemplo, tendré un vivo placer en ello; pues mucho deseo, hijo mio, que huyas ahora y siempre de ciertas casas en donde no puede encontrar el hombre mas que momentos de amargura, aun cuando saboree el placer algunos instantes, y un roedor eterno así que la desgracia le diga, aunque tarde, que hizo mal.

—Ya escucho la historia de D. Ambrosio, dije frotando mis manos lleno de placer, porque desde muy jóven he sido curiosillo.

—Bien; pero ¿qué uso harás de esa historia?

—¿Qué uso? dije yo asombrado.

—Sí, porque son secretos de familia que no deben divulgarse.

—Secretos! repliqué yo mas interesado que nunca.

—Secretos, sí, que deben respetarse, y en el caso de que te quieras servir de su ejemplo para utilidad de otros, debes disfrazar los personages á fin de que ninguno pueda darse por ofendido.

—Aceptado, dije yo con la mayor buena fé, pues sin duda preveia que algun dia, no muy lejano, debia ganar mi vida narrando cuentos para los lectores de un periódico.

Mi padre, que comprendió cuanto habia despertado mi curiosidad, no se hizo de rogar mucho y principió de este modo.

I.

HISTORIA DE DON AMBROSIO.

En el mismo buque en que yo abandoné las risueñas costas de Cádiz para venir al Nuevo-Mundo, donde estaba tu madre, por cuyo amor cruzaba yo el gran charco que divide á la Europa de la América; venia D. Ambrosio, jóven montañés, que se lanzaba á América en pos de una fortuna, de modo que le sorprendió bastante que solo unas relaciones amorosas fuesen el motivo de mi viage, y que fuese yo tan tenaz que siguiese á tu madre á Cuba, donde su padre habia obtenido un empleo por el cual debia fijar en este pais su residencia.

Hablábame constantemente de sus proyectos basados en las instrucciones de un tio, que habia hecho en Matanzas en solo seis años un capital de veinte mil pesos, con los cuales se habia retirado á vivir pacíficamente á las Montañas, ocupándose en la compra de granos, que le daba muy buenos resultados; y de tal manera habia adoptado D. Ambrosio los consejos de su tio, que hasta el traje que comunmente habia usado el hermano de su madre en América, lo traia en la memoria, bien persuadido de que el lujo de los hijos de Cuba era el motivo de que estos no pudiesen formar un capital con tanta facilidad como lo hacen los europeos.

Vírgen este pais y sumamente atrasado, útiles le eran á D. Ambrosio algunas ideas de comercio que traia, y sobre todo, un deseo tan intenso de hacer fortuna, que yo no dudaba en pronosticarle el mas completo logro de sus deseos.

Llegamos á la Habana; yo corrí en pos del objeto que tanto deseaba, y él, sin perder minutos, en busca del modo de ponerse en

camino para Matanzas, empresa algo difícil entónces, pues las comunicaciones con aquella naciente poblacion, á veinte y dos leguas de la capital, eran muy malas y costosas. Él, sin embargo, se las arregló de tal manera, que en la noche del tercer dia de nuestra llegada á la Habana, dió conmigo en la puerta de Carpinety y se despidió, porque al dia siguiente salia para su destino en una goleta.

Yo no sé decirte de qué medios se valió en sus primeros meses de residencia en Matanzas; pero sí puedo asegurarte que al año y medio figuraba ya su nombre en pedidos, por grandes cantidades, de las pacotillas que llegaban á la Habana de efectos de Campeche; que, cuatro años despues, su casa era una de las de mas crédito que habia en aquella ciudad; que tenia además un *ingenio*, y que se daban los pasos indispensables para casarlo con una jóven matancera, hija de un acaudalado hacendado de aquella jurisdiccion. La fortuna le habia sonreido completamente, y el jóven montañés habia dejado muy atrás á su tio y maestro.

Desde esta fecha su nombre figuraba, como siempre ha figurado en Cuba el de los hombres ricos; pero habia variado muy poco en sus costumbres y hábitos.

En fin, el año veinte y cinco, como te he dicho, dejó á Matanzas por algunos disgustos con su suegro, realizando sus propiedades y pasando á la capital con un caudal de quinientos mil pesos en efectivo: en esa época tenia un niño de tres años que murió, y acababa de nacer Cecilia; él le decia con orgullo *la Matancera*, porque recordaba con gratitud que á dicha ciudad le debia su casi improvisada fortuna.

Cuando á un montañés le dá por rumboso, sin duda que supera al cubano mas dado á figurar; y D. Ambrosio tomó esa manía tan á pecho, que no puedes imaginarte la elegancia y lujo fastuoso con que montó su casa, superaba esta á la de los mas opulentos títulos de la Habana, que figuraban con frecuencia en su espléndida morada, y en ella Rosa, que era su consorte, desplegaba tantos atractivos que se convirtió aquel recinto en el punto de reunion mas grato á todas las personas de buena sociedad. Mas como en lo general tenia esta entónces un gérmen de destruccion en su favorita pasion por el juego; en casa de D. Ambrosio se jugaba todas las noches, tallando en una mesa él mismo y atravesándose sumas crecidas en los albures.

La encantadora Cecilia, que era un verdadero ángel, dormia entre sábanas de olan y riquísimos encages, rodeada de criados que pasaban la noche en vela, apenas la niña estaba intranquila, y los mas ricos juguetes, costasen lo que costasen, eran rotos por el capricho de la bella heredera de aquella fortuna fabulosa.

Es imposible que puedas formarte una idea de lo que era la mansion de D. Ambrosio; pues aun cuando las artes estaban sumamente atrasadas en la industria cubana, todo cuanto en aquella casa habia, desde los costosos aderezos de brillantes, muebles, adornos, ropa, hasta los zapatos, venia de las mas adelantadas capitales de Europa. Dos criadas francesas no solo dirigian el órden de la casa, sino que eran las encargadas de vestir á la gentil matancera, que, siendo tan bella y estando tan elegantemente prendida, era la admiracion de los hombres y la envidia de las mas encopetadas señoras de la aristocracia habanera. Para D. Ambrosio aquella admiracion y aquella envidia eran su orgullo y su gloria, y los que le habian conocido en Matanzas juraban que no era el mismo hombre, pues de económico hasta rayar en avaro, de sencillo en su traje hasta aparecer ridículo se habia convertido en pródigo derrochador, amigo de vestir con todo lujo y que su casa fuese citada como un modelo de elegancia; haciendo que hasta sus criados vistiesen con gusto y al estilo de Europa.

La fortuna se mostraba pródiga con aquel hombre, cuya metamórfosis habia sido tan completa, y el tapete era para aquella casa una verdadera mina de oro; no faltando personas de buen criterio que al ver la constante decision con que les favorecia el juego; juzgasen su buena suerte efecto de amaños y sortilegios; producto, en fin, de una ciencia que era propiedad de los dos esposos, y que al fin arruinaria á todos los concurrentes á la encantada casa de la Rosa de Matanzas, nombre con que distinguian á la esposa de D. Ambrosio.

Ella y él eran pródigos, sumamente generosos: no llegaba un necesitado á sus puertas que no fuese remediado al momento, y bastaba el nombre de montañés ó matancero, para que cualquiera obtuviese su proteccion amplia, franca, generosa, con verdadera fraternidad; así es que, si mucho oro entraba en aquella casa, mucho salia. Lo mejor que llegaba á la capital, fuese de Europa, de los Estados-Unidos ó de otras poblaciones de la Isla, era llevado, antes que á ninguna otra, á la encantada morada de aquellos magos, que, segun la opinion de algunos, habian encontrado la *piedra filosofal.*

Para que comprendas, prosiguió mí padre, hasta donde llegó el pánico que infundió D. Ambrosio en el juego, voy á contarte una anécdota histórica que ha de llamar tu atencion, porque acaso es la primera vez que se ha querido en Cuba hacer creer que existia la *mágia negra* ó el mas completo poder de la nigromancia.—En uno de los suburbios mas asquerosos de los barrios estramuros de la Habana, vivia el anciano *negro Melchor* que tenia fama de *brujo* ó *sajorí*, y de adivinar no solo lo que habia sucedido, sino lo que estaba por suceder. Ese negro era, pues, el que podia decir el por qué de la fortuna que tenia aquella mesa de juego, y D. Rosendo ofreció al *negro brujo* una notable recompensa por su trabajo, siempre que adivinase el motivo de suerte tan decidida.

Poco tiempo necesitó el etiope para comprender que aquel caballero que con tanto lujo vivia, era inferior á él en talento, y se prometió esplotar el buen filon que la fortuna le deparaba.

—¿Qué quiere saber *su merced?* dijo el pícaro Melchor acariciando los naipes y con un airecito de *chalan* y aun de superioridad.

—Quiero, dijo el caballero sin enrojecerse de vergüenza, saber á qué talisman le deben su fortuna D. Ambrosio y su esposa.

El negro contó dos ó tres veces las cartas, hasta veinte; barajó é hizo que D. Rosendo alzase con la mano izquierda.

—Salió una sota, dijo el caballero.

—Es ella, contestó el negro con tono inspirado.

—¡Ella!.... replicó el otro asombrado; ¿con que ella? y ¿en qué consiste la virtud de que siempre ganen?

Melchor dividió los naipes de cinco en cinco, é hizo que la mano derecha eligiese el sétimo paquete, contando de izquierda á derecha. Resultó el tres de oro.

—Tiene, dijo el cabalístico etiope, dos aretes y una prenda en el pecho?

—¡Sí! dijo admirado el mas que tonto aristócrata.

Melchor dividió de nuevo las cartas de tres en tres, y obligó á D. Rosendo á que contase de izquierda á derecha hasta el sétimo. Resultó el as de oro.

—Es el alfiler, dijo el negro con satisfaccion.

—¡El alfiler! esclamó el otro.

—Sí, señor; en él debe tener oculta *una lágrima de Santa Lucía*, y miéntras la tenga nadie les ganará jugando á los naipes.

El caballero, no solo admitió el sacrilegio, sino que creyó de buena fé que aquel era el talisman de su fortuna, y muy satisfecho del descubrimiento, regaló dos onzas al negro, el cual, como debes presumir, se retiró dando gracias á Dios de la crasa ignorancia de algunos hombres que le permitian ganar el dinero con tanta facilidad.

Pero no es esto, hijo mio, lo peor, me dijo mi padre sonriendo sarcásticamente, sino que D. Rosendo se propuso robar el alfiler de pecho que mas comunmente usaba la *Rosa de Matanzas* y no jugar hasta que no lograse su deseo.

Mucho estrañarás semejantes ideas en un hombre que frecuentaba tan buenos círculos; pero tú no puedes aun comprender á cuanto llega la estupidez del mortal que, encenagado en el vicio, ve que la fortuna le es contraria y cree en toda clase de agüeros, prestándose, no solo á la ridícula escena que á grandes rasgos te he pintado sino á llevar su temeridad hasta el estremo de querer perpetrar un crímen, para apoderarse de aquel alfiler, que tan de buena fé creia ser el talisman de la constante fortuna de aquella familia.

El infeliz caballero, víctima de su credulidad, valióse de una criada de la esposa de D. Ambrosio, á quien le ofreció una gran recompensa, haciéndole creer que solo deseaba aquel alfiler por estar una jóven á quien él queria mucho, muy prendada de él y no encontrarse uno igual en toda la Habana. El resultado de esto fué que á los tres dias de haber velado un momento de descuido de la señora, la criada fué criminal y se apoderó del deseado objeto, que recogió D. Rosendo pagando por él muy buenas onzas, como podia pagar el alquimista la verdadera receta de hacer oro ó la *piedra filosofal.* Aquella noche llevó sobre sí, aunque oculto, el alfiler que él juzgaba su talisman, y quiso la casualidad que ganara doscientas onzas; proponiéndose, al tocar este resultado, jugar sin miedo y arrebatar á D. Ambrosio y su familia su valiosa fortuna. Don Ambrosio perdió aquella cantidad con la misma tranquilidad con que ganaba, y el dichoso caballero abandonó la espléndida morada lleno de placer, porque ya tenia en sus manos el modo de ganar con seguridad; formando la intencion de eclipsar en rumbosidad, lujo y elegancia á la familia que como amigo visitaba.

Tal es lo pasion del juego, que apaga en las almas mas sencillas todo sentimiento desinteresado y puro: aquel hombre no deseaba ya cubrir sus necesidades con la fortuna que le sonreia, sino arrui-

nar á D. Ambrosio, siendo así que el objeto á quien él creia deber esa dicha le pertenecia y le habia sido usurpado, haciendo cómplice del crímen á una criada de la casa.

Las dos siguientes noches ganó D. Rosendo en el fatal tapete verde en que figuraba D. Ambrosio, otro tanto número de onzas que este perdió con la misma indiferencia, con la frialdad natural del que ha ganado mucho y juzga que ha enclavado la rueda de la fortuna.

Doña Rosa no echó de menos su alfiler de pecho, porque la astuta criada puso en el tocador otro parecido al que le habia robado; y en la vida agitada que se pasaba en aquella casa, difícil era fijar la atencion en estas pequeñeces.

El dia 7 de Diciembre se celebró espléndidamente el santo del dueño de aquel palacio de tal manera, que hasta el barrio en que estaba situado tomó parte en la celebracion, asistiendo al opíparo banquete muchas de las familias notables, y al baile casi toda la aristocracia habanera: inútil me parece decirte que en esa noche se jugó en aquella casa, y mucho. La *Rosa Matancera* hacia los honores de ella, en lo que no tenia rival; pues el cielo la habia dotado de tan esquisita amabilidad, que, sin tocar en la exageracion, para todos tenia una sonrisa, una frase cariñosa ó una mirada de sus negros y rasgados ojos, que daban á su rostro una angélica espresion.

Llegó D. Rosendo al tapete en los momentos en que figuraban en el *albur* un caballo de bastos y el as de oro; instantáneamente recuerda el poseedor del alfiler, que el talisman habia sido descubierto con la aparicion de aquella carta, y con delirante placer dijo:

—Trescientas onzas al as de oro.

—Muy fuerte venis, D. Rosendo, replicó D. Ambrosio con la natural sonrisa que tenia siempre en sus labios cuando jugaba.

—Hoy es un dia notable, dijo el otro con sarcasmo, y *todo debe ser espléndido.*

—Al caballo, al caballo, dijeron multitud de voces, poniendo partidas de cuatro y seis onzas al lado de la carta contraria al as.

—Está *muerto* todo lo que se ponga al caballo, dijo D. Rosendo con voz firme y segura.

—Muy bien, dijo D. Ambrosio echando el *gallo* y entregándo la baceta á D. Rosendo.

—¿Para qué? esclamó sorprendido,

—Como hoy todo ha de ser *espléndido*, quiero, querido amigo, que corrais ese albur en que vais tan interesado. Corrió D. Rosendo las cartas sin hacerse de rogar, dejó ver despues de la tercera el caballo de espadas, y, por mas que quiso reprimirse, el paquete de naipes cayó de sus manos; é instintivamente fué á tocarse en la faldriquera de la casaca para ver si se le habia olvidado el alfiler.

Su fisonomía demostró que el talisman estaba allí, y bien pronto la sota de copas y el as de oro estaban de nuevo sobre la mesa.

—Seiscientas onzas al as, dijo fijando en él el dedo índice, con nervioso movimiento y sin esperar al *gallo*.

Miróle sorprendido D. Ambrosio, y añadió aquel:

—¿Desconfiais del punto?

—Todo lo contrario, sabeis que mi caja está á vuestra disposicion.

—Gracias.

La primera carta para el *gallo* fué una sota de espadas, la segunda la de bastos, y D. Rosendo sonrió lleno de satisfaccion; jugaba seiscientas onzas á una carta sencilla contra una triple.

—¿Me dais la baceta? dijo admirado de la tranquilidad de Don Ambrosio.

—¿Por qué no? repuso éste: ya sabeis que en mi casa todo el que juega tiene el derecho de correr el albur que desee.

D. Rosendo tomó los naipes, y apesar de las probabilidades que tenia á su favor, estaba convulso: á las cinco cartas se presentó la sota de oros que fué recibida con un murmullo de sorpresa por todos los que rodeaban el tapete.

—Fatalidad! dijo el que perdia sin poder contenerse y lanzando una mirada de ódio reconcentrado sobre el afortunado banquero, el cual anotaba en su cartera las novecientas onzas que le debia D. Rosendo.

—Los proverbios son evangelios, agregó sin poder ocultar un temblor nervioso en su labio inferior: *de Enero á Enero el dinero es del banquero.*

—Tallad vos, dijo D. Ambrosio con su glacial indiferencia.

—No tengo fondo.

—Aquí está el mio.

—Aceptado: contad.

Y en un momento se hizo esta operacion, resultando que la banca tenia mil doce onzas de oro y doscientos pesos en plata.

D. Rosendo ocupó el lugar del centro; rompió la cubierta del paquete de naipes, y *peinó* las cartas para dar principio á la talla.

—¿Cuánto os debo, incluyendo el dinero que hay en la mesa?

D. Ambrosio, con notable rapidez, abrió la cartera, y apenas habia fijado en ella el lápiz, cuando dijo:

—Treinta y dos mil setecientos cuatro pesos.

—Está bien: á jugar, señores, porque muy pronto llamarán á cenar, esclamó el nuevo tallador, en cuyos enrojecidos ojos se notaba la desmedida ambicion que lo devoraba. Vamos á ver si D. Ambrosio es tan fuerte *apuntando* como *banqueando*.

—¿Quereis que sea fuerte?

—Lo deseo.

—En ese caso, os complaceré; y como hace ya dos horas largas que jugamos y estos señores están cansados, pues no son tan viciosos como nosotros, os vais á reponer en un momento de lo perdido ó á tener un mal recuerdo de la noche de San Ambrosio, lo que en verdad sentiré mucho.

El fatal as de oros fué la primer carta que salió á la mesa, y al frente de ella figuró el cinco de bastos. Jugaron algunos, y D. Ambrosio permaneció silencioso: debajo del as cayó el rey de espadas; debajo del cinco el tres de oros.

D. Rosendo miró á su envidiado amigo y le dijo:

—¿Jugais?

—Novecientas onzas al as en *párole* con el rey, le contestó con su invariable serenidad.

—¿Quereis correr el albur? replicó D. Rosendo.

—No, de ninguna manera: deseais probar la suerte del banquero y esa concesion os quitaria una parte de sus placeres.

Los concurrentes quedaron en un silencio profundo y hasta parecia que contenian la respiracion: se hubiera percibido en aquel salon el aleteo de una mariposa.

Las cartas corrieron y la peripecia se demoraba mucho: pasaron doce cartas inútiles para el juego; el rey de bastos apareció al fin y la señal de *párole* pasó al as; detrás del rey de bastos estaba el as de espadas.—Mil ochocientas onzas costaba á D. Rosendo la noche.

—Basta, señores, basta, esclamó, porque si en esta casa no hay brujos, no hay brujos en el mundo. Buenas noches!

—Buenas noches, replicaron todos, afectados por aquella pérdida;

un momento despues se oyó un ruido como si se hubiese desplomado una viga, y bien pronto los criados trajeron á D. Rosendo todo ensangrentado. Habia caido desde el primer descanso de la escalera hasta el zaguan: el delirio que la pérdida le habia ocasionado era tal que no sabia ni en donde fijaba sus piés.

Este incidente fué causa de que el baile terminase, y de que Doña Rosa, despojándose de sus galas se constituyese al lado del herido, prodigándole con el cariño de un ángel todos los consuelos y remedios que su situacion demandaba. D. Rosendo estaba privado de sentido: el golpe habia sido mortal. Además de una herida en la frente y de la fractura del brazo izquierdo, tenia varias contusiones en el cuerpo, producidas por los botes que habia dado en los escalones de losas de San Miguel.

Los mas notables facultativos de la Habana rodearon el lecho de aquel infeliz, y la amable cuanto sensible matancera pasó recado á la familia del enfermo que no habia asistido al baile. Cuando los facultativos procedieron al reconocimiento, fué preciso quitarle algunas piezas del vestido, y principalmente el frac, del cual cayó el robado alfiler que Doña Rosa recogió sin hacer reflexion ninguna, colocándolo al lado de las prendas de que se habia despojado para atender al herido.

Pocos momentos habian pasado aun cuando la afligida y sorprendida familia de D. Rosendo rodeaba ya su lecho, llorando al verlo en tan fatal estado, sin embargo de que el célebre médico, el sabio humanista Dr. D. Tomas Romay, que ocupó el lugar de facultativo de cabecera, no habia dado aun su pronóstico.

Doña Rosa, apesar de que el herido tenia allí á su familia, no abandonó el lugar que su corazon le indicaba; y aquella débil naturaleza, aquella dama para quien la vida no habia tenido mas que flores, ausilió á los facultativos en toda la cura, incluso el entablillado del brazo roto. Los grandes esfuerzos que hubo que hacer para volver el hueso á su lugar, ocasionaron al herido vivos dolores que le hicieron salir de su letargo, aunque delirante y murmurando repetidas veces: *Melchor, Melchor! me has engañado como á un niño!*

Estas palabras del herido sorprendian á todos los asistentes; pues ni en su casa, ni en la de D. Ambrosio habia ninguna persona que llevase ese nombre.

A las nueve de la mañana del dia siguiente declaró el Dr. Romay

que la vida de D. Rosendo no corria peligro; pero que tenia que permanecer lo menos un par de meses en la misma posicion en que lo habian colocado, evitando la menor ráfaga de aire en el cuarto en que estaba; pues era el mes de Diciembre, como ya te he dicho, y podia presentarse el tétano, lo que haria inevitable su muerte.

Determinóse, pues, que la esposa de D. Rosendo y su madre se quedarian en casa de D. Ambrosio, sin embargo de que todo el dia estaban allí los parientes del herido.

El objeto contínuo del delirio de este era el negro Melchor; y ni su familia, ni la de D. Ambrosio, ni los médicos podian adivinar lo que queria decir. No faltó mas de uno que creyese que algun moreno de ese nombre, oculto en el recodo de la escalera, habia sido la causa de su caida; pero el portero de la casa no solo combatia esta suposicion, sino que esplicaba el caso tal como habia sido: efecto de su ceguedad y nada mas.

Inútil me parece decirte, pues ya conoces el corazon de D. Ambrosio y el de su esposa, que durante la enfermedad de D. Rosendo se suspendió allí toda clase de diversiones y en particular el juego; pero lo que te sorprenderá sin duda, sabiendo la enorme cantidad de que era deudor al dueño de la casa, fué la órden que dió este á todos los médicos de que no admitiesen la mas insignificante cantidad en pago de su trabajo, pues todo lo queria satisfacer él. Ademas, todas las cuentas que se le presentaron, fueran de pequeñas ó grandes sumas, eran pagadas por la caja del generoso hijo de las montañas, anotándolas en la cuenta particular del herido, que con esta nueva emision habia llegado á una cantidad respetable.

Ernesto, unico vástago de D. Rosendo, que tendria á lo mas cuatro años, estaba asistido como un hijo por la celebrada matancera, con tal cariño, con tanto amor, que el niño no estrañaba á su madre, ocupada siempre en la prolija asistencia de su esposo. Este, al volver completamente del delirio en que habia quedado, solo despegaba sus lábios para pedir de comer y de beber, como si una idea fija ocupase su mente y no pudiese separarse de ella.

Cuando la esposa de D. Rosendo se penetró no solo de que la asistencia, manutencion y demas gastos corrian por cuenta del amigo de su esposo, sino de que habia pagado tambien gruesas sumas, tuvo con él algunas esplicaciones. D. Ambrosio empero le manifestó que de nada se ocupase, y que cuando D. Rosendo estuviese res-

tablecido arreglarian cuentas entre los dos; suplicándole nada dijese en aquellos momentos á su esposo, pues los médicos habian ordenado le evitasen toda clase de emociones.

En fin, para no cansarte, te diré que la enfermedad de D. Rosendo duró dos meses; y que despues de quince dias de convalecencia en la misma casa, viendo lo muy débil que estaba aun, resolvieron, por las súplicas de aquellos amantísimos esposos, llevarlo al campo, á un injenio, donde pasaria divertido un mes, y en el que era seguro que el convaleciente recobraria sus fuerzas.

D. Ambrosio dictó las disposiciones necesarias; y aunque la bella Rosa era poco aficionada á los *placeres* del campo, siempre complaciente quiso hacer el sacrificio por completo, y se resolvió que todos fueran á pasar aquel mes lejos de la ciudad.

Miéntras se hacian los preparativos del viage, el ingrato D. Rosendo, que habia echado de menos el alfiler, se valió de un tercero que fuese á buscar al negro Melchor; no para vengarse, como creerás, de su engaño, sino para hacer nuevos conjuros sobre la decidida suerte de los esposos. Aquella temeraria criatura juzgaba, en su crasa ignorancia, que un talisman mas fuerte que el suyo habia evitado que prosiguiese favoreciéndole la buena suerte con que habia jugado en las primeras noches de la adquisicion del alfiler.

Me consta que el negro Melchor vino á la casa de D. Ambrosio; que tuvieron los dos, encerrados en un cuarto, una larga conferencia de tres horas, y que las cuatro onzas con que gratificó nuevamente al *brujo*, salieron del bolsillo del hombre generoso contra el cual conspiraban, como verás mas adelante, sintiendo mucho no poder decirte de qué modo hizo el pícaro negro el nuevo conjuro.

Esto te demostrará que, para el hombre de bajos sentimientos, son inútiles toda clase de favores, y que en D. Rosendo habia un ódio instintivo á D. Ambrosio y su familia; ódio hijo de la envidia con que miraba su felicidad, y que yo alcancé á comprender, observando que cuando algunas veces, en mi presencia, celebraba Ernesto la belleza de Cecilia, aquel hombre sufria escuchando el infantil elogio que hacia su hijo de la encantadora niña. Jamás olvida mi memoria que en una de esas escenas se escaparon de los labios de D. Rosendo las siguientes frases: *hasta para mayor felicidad les ha dado Dios una hija tan bella que todo el mundo la celebra y aplaude:* la envidia le cegaba, y no comprendia que él no debia quejarse, pues su Ernesto era un niño muy gracioso y sumamente simpático.

Terminados ya los preparativos para aquel viage al campo, fué preciso demorarlo por causa de las lluvias, y ¿creerás, hijo mio, que en una de esas noches tuvo D. Rosendo una nueva conferencia con el moreno *brujo*, que duró tanto como la primera, y de la cual solo se penetró Adelaida, la esposa de aquel ser envidioso? El astuto marido, para borrar la estrañeza natural de su consorte, la tranquilizó diciéndole que el moreno habia comprado un terreno en San Lázaro y que, no habiéndole hecho mas que un sencillo documento de venta, le habia dado una carta de recomendacion para su escribano, á fin de que este mandase estender la escritura en debida forma, y no pudiesen burlarse nunca de aquel infeliz.

Imposible te hubiera sido comprender, no en tu edad presente, sino aun con los conocimientos que dá el mundo, que aquel hombre fuera un malvado envidioso al verlo y oirlo la noche, víspera de la partida, agasajando á ambos esposos y elojiando con calor su noble y generoso desprendimiento. Sin duda, imitando á la astuta serpiente, bajeaba á su víctima para hacerle mayor daño á mansalva.

Como quiera que poseo un manuscrito, que confiaron á mi cuidado, y en el cual se refieren los demas acontecimientos de esta historia, lo pongo en tus manos, esperando hagas un uso prudente de las noticias que te proporciona; algunas de ellas con mas claridad de lo que mi frájil memoria podia ofrecerte.

Tomé aquel legajo de papeles y principié á estractar de ellos una parte de esta novela, que, puede decirse, dá principio en el próximo capítulo.

II.

EL INJENIO "DESCANSO."

Los campos de Cuba ofrecen al poeta y al novelista impresiones siempre nuevas, siempre bellas y gratas. Jamás se podrá decir contemplándolos; faltan paisages que pintar y galas que describir: á todas las horas del dia hay que observar distintos panoramas.

El injenio *Descanso* está situado en un llano á catorce leguas de la Habana: su hermosa casa de vivienda es de las mas notables en esta clase de fincas; consta de dos pisos y está en el centro de un hermosísimo *batey*, rodeado de todas las fábricas indispensables, y algunas no indispensables, en esas haciendas de fabricar azúcar. El que ignore las necesidades de tan diversos edificios, juzgará que es un pueblo rodeado de varias alfombras de caña que interrumpen algunos bosquecillos de frutales, verdes platanales, y en algunas *guarda-rayas* el pavimento de bejuco de boniato, cuya sabrosa raiz es un alimento tan nutritivo como sano.

En la hermosa casa de vivienda es donde se hospedan las familias de D. Ambrosio y D. Rosendo, unidas por algunos dias á causa de un accidente que pudo tener fatales consecuencias, y del que están enterados ya nuestros lectores.

Un cielo purísimo, diafanizado por un brillante sol; la multitud de dorados penachos de nuestras bellas palmas, que se mecen al impulso del aire, produciendo gratísimo murmullo; la magestuosa seiba que en medio del llano estiende sus gigantescas ramas; el canto, monótono es verdad, pero melancólico y espresivo de los esclavos; el quejido de las tojosas, eternas cantoras de un amor desgraciado,

y la variedad de trinos con que la multitud de alados pajarillos demuestra su contento, hé aquí el imperfecto cuadro que podemos trazar para describir el panorama que presenta el *batey* del injenio *Descanso* á las once del dia; hora que nos ha parecido la mas apropósito para dar principio á la accion de los nuevos sucesos que debemos narrar.

Apenas los amigos de D. Ambrosio y las mas notables señoras de la Habana fueron invitadas á que pasasen algunos dias en el injenio, cuando muchos aceptaron, eligiendo para gozar de tan bellos momentos los dias de fiesta, que siempre han sido los mas propios para esa clase de diversiones.

Si en la capital, con mas motivos de entretenimiento, se jugaba, doble razon habia para que lo hicieran allí, aunque fuera solo para *matar el fastidio* como vulgarmente suele decirse; así es que apenas llegaba la noche en los dias de reunion, cuando el *voy* ó *van* era causa de que se pasasen las noches en vela. Y no es de estrañarse este incansable vicio, porque si todos ellos son difíciles de desarraigar, mucho mas lo era el juego en una época en que todos estaban persuadidos de que no era persona decente el que no jugaba; considerándose de mejor tono á aquel que con mas indiferencia perdia las onzas á millares.

Rosa y Adelaida, la esposa de D. Rosendo, habian simpatizado mucho: siempre estaban unidas y recorrian sobre fogosos potros el injenio, llegando hasta el pueblo mas inmediato. Participaba de estos paseos cuando eran en carruage, Ernesto, pues Rosa lo miraba, segun hemos dicho ya, con particular afecto, pagando de este modo el cariño del niño á Cecilia, con quien se pasaba este las horas enteras jugando como si fuera de su edad.

D. Ambrosio se complacia en la amistad que reinaba entre su Rosa y la esposa de D. Rosendo, á quien daba fraternales pruebas de cariño.

A instancias de este habia ajustado la cuenta de lo que le adeudaba, inclusas las cantidades pagadas durante la enfermedad, y del ajuste resultó que se elevaba la deuda á la considerable suma de doscientos nueve mil pesos. Perdonado el pico por el afortunado D. Ambrosio, se estendió un pagaré de los doscientos mil, con el plazo que el mismo deudor señaló á su gusto; de manera que todas eran muestras de una amistad mas que fraternal.

Sin embargo, D. Rosendo demostraba siempre en sus acciones y en su grave fisonomía que se hallaba dominado por un pensamiento *negro*; y muchas ocasiones, escondido detrás de los árboles y maniguales, atisbaba los pasos de Doña Rosa; imbuido sin duda en algun nuevo plan fraguado por el *negro nigromántico*.

Adelaida veia con disgusto la rara melancolía de su esposo, que, ni aun en el juego tomaba parte, por mas que á ello le invitaban; miéntras que D. Ambrosio por su parte juzgaba su retraimiento un rasgo de delicadeza, motivado por la enorme suma de que le era deudor, sin atreverse sin embargo á instarle al recordar cuanto se cegaba aquel desgraciado en sus horas de pérdida.

Así se pasaron dos semanas, hasta que en la noche de un dia que D. Ambrosio tuvo necesidad de pasar á la Habana, un nuevo acontecimiento vino á turbar la paz que disfrutaban aquellas familias. En todo el dia vióse muy poco á D. Rosendo que trataba de alejarse cuanto le era posible de la casa, acercándose á ella solo de vez en cuando para detenerse á mirar unas veces hácia las ventanas de las habitaciones de D. Ambrosio y otras hácia las de su dormitorio, continuando de nuevo, á pasos rápidos, su paseo interrumpido únicamente por unos instantes. Llegada apénas la noche, se retiró á su cuarto pretestando que sentia mucho dolor en las sienes, miéntras que Rosa y Adelaida recibieron las visitas de los señores y señoras de las fincas inmediatas, que acostumbraban acudir en gran número y no se despedian por lo regular hasta las diez de la noche, menos los dias de fiesta, que se retiraban por la madrugada, despues de haber pasado todo ese tiempo al rededor del malhadado *tapete verde*.

Serian las doce de la noche: no habia luna y todo el *batey* estaba casi oscuro; solo la moribunda luz del farol de la puerta principal brindaba un rayo de claridad que alcanzaba apénas á dos ó tres varas de la casa de vivienda.

La ventana-balcon del dormitorio de Don Rosendo se abrió; el cuarto estaba tan oscuro como toda la finca: un fantasma blanco apareció en el balcon, observó silencioso todo lo que alcanzaba del *batey*, y pronto se le vió montado en el pasamanos de la reja. Desde allí, y tan unido á la pared que parecia pintado en ella, empezó á caminar con sumo cuidado, de costado y á tientas, por encima del capitel del primer piso, bastante ancho en verdad, pero no tanto que le hubiera evitado dar con su cuerpo en el suelo al mas lijero traspiés.

Un relámpago inesperado iluminó todo el edificio: cubrióse el fantasma los ojos; pero á la claridad de la luz brilló en su mano derecha un puñal que llevaba desnudo. Tras aquella ráfaga de claridad volvió á quedar todo en tinieblas, y la vision prosiguió marchando por su estrecha senda hasta llegar al primer balcon de las habitaciones de D. Ambrosio. Puso entónces la hoja del puñal en su boca, asióse al pasamanos y dió un salto con la ligereza del gato.

Introdujo su mano derecha por las tablillas de la persiana, y la puerta, sin hacer ruido, cedió á su impulso. En aquella habitacion habia una débil luz, como la que proporciona una lámpara cubierta con una pantalla de color.

Don Rosendo estaba en el dormitorio de Rosa la Matancera; porque aquel fantasma blanco no era otro que él.

Un silencio profundo reinaba en aquella habitacion: á la derecha, en una hermosa cama con cortinas de punto azul claro recogidas, estaba Doña Rosa; su belleza detuvo al fantasma como á dos varas de aquel inviolable lugar, que habia profanado con su presencia, entrando en él por los balcones como un criminal.

La esposa de D. Ambrosio era alta; ni delgada ni gruesa, sus formas revelaban lo que llamamos el justo medio; blanca, con ese ligero tinte de palidez que imprime el sol en nuestras beldades; su hermosa cabeza, de un corte perfecto, que realzaba su cabello negro como las alas del cuervo, y con un rizado natural que le hacia suma gracia, podia servir de estudio á un artista; ojos grandes, pero dormidos; arqueadas cejas que parecian pintadas, y pestañas sedosas y brillantes, que caian sobre el cútis como una ligera sombra dada por un finísimo pincel.

Dormia la bellísima señora con la tranquilidad del justo: el ropon de muselina con que abrigaba su cuerpo se habia desabrochado, y el boton de oro y brillantes del gemelo relucia sobre la blanca tela, sujeto apénas á la cadenilla que lo unia á su compañero. Así, un tanto descubierta la tabla de su níveo pecho, dejaba ver, casi ocultas, y á la transparencia de una camisa de finísimo olan, las magníficas formas que pródiga le habia concedido la naturaleza; sus diminutos piés asomaban por las replegadas sábanas de olan y costosos encages que la cubrian, dejando ver parte de una torneada pierna oprimida por una media de seda con el color purpúreo de la granada.

Quedó D. Rosendo inmóvil ante la elegante figura de aquella her-

mosa muger, y el puñal se escapó de sus manos, cayendo sin hacer ruido sobre la alfombra del pavimento: retrocedió luego algunos pasos al oir el grito lejano de un guardiero, que, con su estraña consigna, corria la voz para evitar que se durmiesen sus compañeros, y casi sin respirar volvió á adelantar un paso, fijando de nuevo sus miradas en la dormida deidad.

—¡Dios mio! ¡qué bella es! dijo cayendo de rodillas, no á impulsos de un amor lascivo, sino con un sentimiento de envidia que devoraba su corazon. —¡Qué bella es! repitió; imposible es que yo reciba de tan encantadora muger una caricia, una prueba de cariño que comunique á mi ser esa ventura sin límites, esa fortuna constante con que el cielo favorece á esta familia. Mas ¡ay de ella! si se niega á prestarme una parte de su ventura; ya en esta situacion, no me es posible retroceder!

Avanzó decidido, pero se detuvo al momento: la *Rosa Matancera* seguia durmiendo tranquila, y ni aun en sueños se figuraba que un hombre podia estar en su habitacion, frente á frente de su lecho.

Reinaba un profundo silencio en todo el injenio; ni una ráfaga de aire ajitaba el bosquecillo de cañas bravas, próximo á la casa de vivienda: parecia que hasta la naturaleza contemplaba absorta el atrevimiento de aquel hombre.

—¡Corazon mio, valor! decia el espíritu infernal que se habia introducido en aquella familia, oprimiendo al mismo tiempo con su mano izquierda el corazon, temiendo sin duda que se oyesen sus latidos.

El péndulo del injenio marcó con una campanada la hora, y su sonido resonó en toda la casa con un timbre clarísimo que espantó de nuevo á D. Rosendo: el criminal tiembla hasta con el aleteo de una mariposa.

Si un amor frenético hubiera llevado á este hombre al dormitorio de la bella matancera, sin duda su corazon hubiera latido embriagado de placer ante el cuadro que la casualidad le proporcionaba; pero como su alma estaba agitada de viles sentimientos, sufria mas miéntras mas bella le parecia. Aquel mónstruo no traia á su memoria que aquella muger habia velado muchas noches á la cabecera de su cama, que habia manchado sus manos con la sangre de sus heridas, que se habia privado de toda clase de diversiones durante su enfermedad, que habia llorado con su esposa cuando lo veian

delirante, y hasta parecia olvidarse de que D. Ambrosio habia sacrificado su oro pagando por él las cuentas que le habian presentado.

Los vergonzosos consejos de un *negro con fama de brujo*, que le habia asegurado que una caricia de aquella muger bastaria á atar á su carro la fortuna del juego; habian sido suficiente para conducirlo á una tentativa tan criminal: ciego de ingratitud y de envidia, queria obtener á todo trance la mentida prenda de su felicidad futura!

Hizo un esfuerzo superior á su miedo y se aproximó al lecho dejando en la alfombra la fatídica arma; pero una vez allí cruzó los brazos: el crímen estaba humillado ante la virtud. Su respiracion era anhelosa, comprimida; la de la esposa de D. Ambrosio natural y fácil; tal parecia que de sus lábios brotaban los perfumes del cielo, y de la boca de su antagonista la atmósfera azufrada de la mansion de Satán.

—¡Imposible es contemplarla y atreverse luego á demandar una caricia de esta muger tan pura! se decia á sí mismo; ese fatal Melchor va á ser mi ruina, pero ya no puedo retroceder: los bienes de mi familia alcanzarán apénas para pagar lo que le debo á D. Ambrosio, y solo favorecido por una constante fortuna podré adquirir, frente al *tapete verde*, la suma que necesito para solventar mis compromisos y ofrecer á mi familia los goces de la abundancia.

Un ténue y prolongado suspiro se escapó de los purpurinos lábios de Doña Rosa; y D. Rosendo, temeroso de que pudiese haber despertado, se dejó caer en la alfombra, á los piés del lecho, como para ocultarse á sus miradas. Su temor fué empero infundado; la señora se habia movido tan solo para tomar otra posicion; dejó caer fuera del lecho un torneado brazo de nácar, ligeramente sombreado por la palidez mate de los trópicos, y su pequeña mano tocó los cabellos de D. Rosendo que continuaba acurrucado en la alfombra y casi oculto bajo la hermosa cama.

Cuando sintió la suave y pequeñísima mano de aquella hechicera muger, creyó que le oprimia una fuerza magnética: la sangre hervia en sus venas, su corazon palpitaba acelerado y un estremecimiento nervioso en todo el cuerpo, originado por aquella sensacion estraordinaria, le hizo rendir al suelo la frente.

Transcurrió un instante, y pensó entónces que si aquella muger le tributaba, aun en sueños, una sola caricia, podia aprovecharse de ella como el don que necesitaba, y volver á su habitacion sin que nadie sospechase lo que habia pasado.

Animado por esta idea alzó de nuevo la cabeza; mas apénas tocó la mano de la dormida señora, sintió mas fuerte la corriente galvánica que lo dominaba; se puso de rodillas, y agitado, trémulo, convulso, casi frenético, estampó en ella un sonoro beso, quedando de rodillas con los ojos fuera de sus órbitas. El desgraciado estaba loco ó al menos lo parecia.

Al contacto de aquellos lábios candentes despertó la señora con indecible espanto, pero era tanta su bondad que su primer pregunta fué la siguiente:

—¿Qué ha sucedido, D. Rosendo? qué ha sucedido?....

—Señora! señora! balbuceaba aquel infeliz.

—¡Decidme por Dios qué ha sucedido!

Y tomando una bata de cachemira que tenia en el velador y unas pantuflas francesas, se vistió lo mejor que pudo.

La buena señora no habia comprendido aun la criminal accion de D. Rosendo; en cuanto á este, ni siquiera podia hablar por mas que lo pretendia.

—¿Qué haceis? ¿qué quereis? dijo Doña Rosa llena de espanto, no *pudiendo* concebir qué motivo habia obligado á D. Rosendo á penetrar en su dormitorio. Fijó al fin sus ojos en la puerta del gabinete, y al verla cerrada trató de inquirir el punto por donde habia entrado el amigo desleal: recorrió la habitacion con la vista, vió abierta la puerta del balconcillo y escapóse de sus lábios un grito de sorpresa que hizo salir de su estupor al anonadado caballero.

—No griteis, señora, no griteis, porque tendré que heriros: conozco que he hecho muy mal, pero no debo retroceder.

—Herirme! este hombre está loco.

—*Oh!* no señora, por piedad, no estoy loco, no lo estoy; pedidme pruebas y vereis que no soy un demente.

—*Pues* bien, caballero; la prueba que podeis darme de que no sois un demente, dijo la bella matancera con imperativa voz, consiste en que abandoneis al punto este cuarto, y salgais de un lugar que habeis profanado en un momento de delirio.

Dominado D. Rosendo por aquella voz, dió dos pasos en direccion de la ventana; pero retrocedió diciendo:

—No me es posible, señora; no me es posible retirarme.

—¡*No* os es posible!.... pues gritaré.

—Os heriré; perdereis vuestra honra, y yo la vida.

—Caballero, esta escena se prolonga demasiado, y si me olvido de la compasion con que os miro, creyéndoos un enfermo delirante, os arrepentireis muy tarde.

—Oh! señora! dijo él cayendo de rodillas á sus piés; no me juzgueis enfermo, distraido, demente. Oh! no, señora; juzgadme mejor una furia escapada del averno; pero no me compadezcais, porque me haceis mas daño aun.

D. Rosendo no mentia: la compasion es el puñal mas agudo para el envidioso.

Cuando la gentil señora vió de rodillas ante ella á aquel hombre que le suplicaba no lo juzgase un demente, despues de haberse introducido furtivamente en su habitacion, sintió hervir la sangre en sus venas; las sienes le latian porque toda ella se agolpaba rápidamente á su cabeza, y llena de horror, y con una sonrisa convulsiva, le dijo:

—¿Qué pretendeis, insensato? ¿envenenar la felicidad de mi familia y de la vuestra, manchar con negro borron el apellido de mis padres, turbar la tranquilidad de un matrimonio feliz? Imbécil y mas que imbécil, ¿habeis soñado siquiera que tal cosa pudiera suceder?

—¡Ah señora! estais delirando, completamente delirando; sois muy bella, escesivamente bella, capaz de inspirar pasion al corazon mas empedernido: tengo poderosos motivos para creerlo así; pero no estoy enamorado, señora, no lo estoy; creedme, porque os hablo con el corazon.

Doña Rosa, cada vez mas sorprendida, le dijo:

—No me amais, no me amais, y seguís mis pasos, y os ocultais en los maniguales, y habeis escalado mi dormitorio; pues ¿qué demonio infernal os ha traido á mi presencia?

—Mi ambicion, señora, mi ambicion; debo mucho, deseo pagar y anhelo que mi familia disfrute de una vida feliz.

—Pedís una limosna, dijo la altiva señora indignada.

—¡Ira de Dios! callad, callad, y ved, señora, que en mi mano brilla un puñal de Toledo.

—Herid, miserable, herid; y será mas noble vuestra accion.

—Pues bien, señora, hablemos claro; ya que en el cuerpo de una débil matancera se hospeda el corazon de una ateniense, yo deseo mereceros una caricia.

Aun no habia terminado de pronunciar la última sílaba, cuando Doña Rosa, dando un paso hácia atrás, miró á aquel hombre con ojos espantados, en los que se pintaba la cólera, sin poder apénas valerse de sus brazos por una contraccion nerviosa.

Hubo un momento de espantoso silencio, en que aquellos dos séres, desfigurados por tan encontradas pasiones, se miraban sin pestañear siquiera: él estaba horrible; sus ojos brillaban fuera de las órbitas porque su corazon luchaba con su pensamiento: ella aparecia como la estátua de la Castidad ante un sátiro, emblema de la lascivia.

Ambos estaban velando el mas leve movimiento con distintas ideas; uno para lograr su objeto, la otra para salvarse de la espantosa situacion en que se veia: su corazon era tan generoso que no queria gritar, temiendo que la desgraciada Adelaida se penetrase de lo que sucedia en aquellos momentos.

Comprendió D. Rosendo lo crítico de la situacion, hizo un esfuerzo inaudito y saltó sobre Doña Rosa con la vivacidad de un gato montés, estampando un beso en su megilla. Tan rápida fué su accion, que dar el beso, abrir la puerta que daba á los corredores, y lanzarse á escape por ellos, fué obra todo de un instante: ella, al sentir el contacto impuro de los lábios, perdió toda la fuerza que hasta entónces habia demostrado, y cayó sobre la alfombra.

Media hora pasó durante la cual D. Rosendo en su habitacion era presa de un verdadero delirio; habia cometido el crímen y temia sus consecuencias. La ofendida esposa volvió en sí, y su primer cuidado fué cerrar la puerta del corredor y la que caia al balcon, y dirigir una mirada á la cuna de su hija Cecilia que estaba á la izquierda; el ángel dormia sin que el ruido causado por aquel nuevo Satán hubiese llegado á sus oidos.

La gentil matancera, pálido el rostro y trémula aun á causa del combate por que acababa de pasar, apénas tenia fuerzas para mover un pié, y casi arrastrándose logró encender en la lamparilla una vela de esperma, ponerla en el velador y dejarse caer en el sillon que á su lado tenia.

En vano queria aquella infeliz muger adivinar el motivo de la criminal locura de D. Rosendo, y se perdia en un verdadero caos de ideas á cual mas locas y ridículas. El satánico beso estampado en su megilla hacia hervir su sangre, y al recordarlo frotaba su rostro

con la cachemira, como si quisiera arrancar toda la impureza que en él habian depositado los atrevidos lábios de un amigo desleal.

Escapábanse algunas lágrimas de sus ojos, las primeras quizás que habia vertido en su vida, y luchaba su noble corazon deseando que aquel fatídico hombre se fuese al instante de su casa; sin que se enterasen no obstante de lo que habia pasado ni D. Ambrosio ni la desgraciada esposa de aquel malvado.

Todo el que en su vida haya sufrido uno de esos momentos de angustia, podrá considerar lo que sentia aquella buena señora al verse aislada entre las paredes de su gabinete, presa de indecible temor y sin atreverse á dar ni siquiera una voz. Bastaba la mas ligera sospecha de cualquiera de los habitantes de la casa y de la finca para que lo ocurrido llegase á conocimiento de D. Ambrosio, y la punzadora espina de la duda turbase tantas horas de felicidad, deslizadas hasta aquel instante sin la mas pequeña mancha que oscureciese el diáfano cielo de su vida.

Fijaba de vez en cuando su atencion tanto en las puertas que daban á los corredores como á los balcones, temerosa, y con razon, de que se repitiese otra escena como la que habia pasado hacia pocas horas en aquella misma habitacion, y temblaba de espantó al recordar que en ella habia derramado las primeras lágrimas del corazon, hijas de un verdadero sentimiento.

III.

EL AVE-MARIA.

La sonora campana del injenio dejó oir sus vibrantes notas, anunciando el *Ave-María*, ó sean las cinco de la mañana. Esta es la señal con que en los injenios, con mas ó menos anticipacion, y segun la mayor ó menor severidad de los amos, se llama al trabajo á los esclavos, y á esa hora dan principio las diversas y enojosas tareas del dia.

El toque de Ave-María llenó de consuelo el corazon de Doña Rosa; y cuando sintió al mayoral en el *batey* contando la dotacion para dividirla en secciones, y descubrió á todos los demás operarios de la finca, fué tal su placer que abrió la puerta del balcon, y, perfectamente abrigada, se asomó á él para presenciar los preparativos de tan distintas operaciones.

Tan estraño era que aquella hermosa señora dejase el lecho hasta muy cerca de las ocho ó las nueve de la mañana, que el mayoral, turbado, se acercó y le dijo:

—Buenos dias, señora, ¿hay alguna novedad?

—Buenos dias, Rebollo; ninguna, sino que no tengo sueño: ¡me *acosté* tan temprano!

Rebollo volvió á su puesto y siguió dividiendo los quinientos negros que componian la dotacion del injenio, en diferentes secciones; los grupos iban desapareciendo en direcciones distintas con mas ó menos viveza, segun las edades de los individuos que la formaban; todos ellos, sin diferencia de sexo, llevaban capotones con que preservarse de las nieblas de la mañana, tan peligrosas en nuestros campos.

Doña Rosa vió aquel cuadro, y como su alma estaba triste, triste era tambien para ella cuanto sus ojos veian.

—Oh! esclamó con rabia y enjugándose algunas lágrimas: los injenios me hacen daño; mi corazon no late en estas fincas como en los risueños cafetales de la Vuelta-Abajo, y la monótona vegetacion de la caña, ora verde, ora verde-gay, ya pajiza, no se ha hecho para mí. ¡En vano busco un punto donde fijar mi vista y gozar de algun bonito panorama!.... pero ¿qué digo? triste de mí! ¿puede mi alma encontrar nada bueno en este instante, despues que un suceso tan estraño como inesperado ha venido á formar un paréntesis en mi vida hasta hoy de placeres? Y si llegase la noche del dia que ahora principia y Ambrosio no hubiese llegado al injenio, no sé que seria de mí; pues si triste aparece todo el *batey* con los primeros albores de la mañana que tanto lo embellecen, ¿qué será con las oscuras nieblas de la noche? Oh! pero él no debe tardar y acaso á la una estará aquí.

Un grito de sorpresa se escapó de los labios de la acongojada observadora: acababa de ver la sombra del reptil mas venenoso que habia para ella sobre la tierra: D. Rosendo atravesaba un ángulo del *batey* y seguia una *guarda-raya* que concluia en un monte nombrado del *Cacagual.*

No perdió Doña Rosa el mas leve movimiento de su implacable enemigo, y luego que se cercioró del punto á donde se dirijia, abandonó el balcon: entraron entónces sus criadas de mano y pronto estuvo engalanada con un precioso trage de mañana, sin que desapareciesen de su rostro las huellas del dolor de que se veia aquejada.

Presentóse ántes que todos en el corredor donde se servia el café con leche, y con el primer *criollito* que encontró envió á llamar á D. Gregorio, carpintero de la finca, colocado en ella y favorecido siempre por D. Ambrosio.

El criollo salió á escape y Adelaida se presentó en el corredor.

Cuando la dos amigas se vieron se saludaron cariñosamente como hermanas, mas notando Adelaida que su camisa habia sido humedecida por una ó mas lágrimas escapadas de los ojos de Doña Rosa, le preguntó sobresaltada:

—¿Por qué lloras?.... ¿qué tienes?

—Nada.... boberías, respondió la escelente señora haciendo poderosos esfuerzos por reponerse; pasé mala noche, y estoy tan chi-

queona, hija, que de cualquier cosa lloro; y pronunció estas palabras con tan graciosa coquetería que su amiga se tranquilizó: era llevar el martirio hasta su último grado.

Sirviéronles el café con leche, y Adelaida esperaba, sin duda, como de costumbre, ser invitada á dar un paseo por los alrededores de la casa; pero llegó D. Gregorio, brindóle Doña Rosa una taza de café y le manifestó al mismo tiempo que tenia que hacerle varios encargos. A estas palabras se despidió la prudente y bien educada esposa de D. Rosendo, y el carpintero esperó las órdenes de la esposa de su protector.

—D. Gregorio, le dijo esta, las mugeres somos muy débiles y creemos en sueños.

—Bueno, y ¿qué?

—Yo desearia que desde el bosque del *Cacagual* acompañasen hoy á Ambrosio usted y dos hombres mas.

—Ja! ja! ja! Señora, si en el *Cacagual* no hay ni un mosquito: y si en otro punto del camino no le resulta algo.... lo que es allí!

—Pues bien, D. Gregorio, yo pago á cualquier precio á la persona ó personas que, montando ahora, partan con rapidez en busca de él y lo acompañen desde el punto en que lo encuentren; tomad.

—¿Qué es esto, señora? dinero á mí?

—No, es para que pagueis á los que quieran acompañaros en ese paseo, que se repetirá todos los dias, si desgraciadamente se retarda el regreso de mi esposo.

—Pero, señora, ¿teneis algun dato ó algun motivo de desconfianza?

—Dato, no tengo ninguno, D. Gregorio; pero si en algo estimais nuestra amistad, os suplico que veleis por él cuanto podais hasta que llegue al injenio, que aquí le guarda su ángel, como él dice siempre.

—Es verdad; pues en ese caso, no perdamos tiempo. Adios, señora, hasta después.

—Adios, D. Gregorio.

El honrado guajiro partió á poner en egecucion lo ofrecido, y Doña Rosa buscó en el corredor á Adelaida, aunque inútilmente, pues habia vuelto á sus habitaciones. Comprendió entónces que podria haberse ofendido de su indiferencia, comparando el modo con que le invitaba todas las mañanas á la sequedad que habia usado con ella, y trató al punto de reparar su falta.

En ese concepto llamó á Adelaida, y para ocultar cuanto le fuera posible la lucha que tenia lugar en su interior, le propuso dar un paseo por el jardin, en el cual las acompañarian algunas criadas con Ernesto y Cecilia.

—Sea en buen hora, dijo Adelaida; esto hace latir mi corazon de placer, pues te confieso, querida Rosa, que desde anoche á las once en que me encontré sola en mi habitacion, no sé qué negros presentimientos han asaltado mi espíritu. Lo cierto es que jamás he llorado tanto, que nunca me ha sido mas difícil conciliar el sueño, y que cuando empezaba á dormirme me despertaban las mas negras pesadillas.

—Eh! eso no es nada! boberías! dijo Doña Rosa reprimiendo su emocion: ¿quién hace caso de sueños? que vengan Ernesto y Cecilia y vamos á dar un paseo al jardin.

—Y allí, si me lo permites, añadió Adelaida, te diré todo lo que he sufrido desde que nos separamos anoche hasta que, al encontrarnos hace pocas horas, juzgué que ya te era indiferente y hasta gravosa mi residencia en la finca.

—¡Jesus, Adelaida! tu imaginacion es una mariposa que vuela mucho y en poco espacio.

—Soy tan infeliz que todo lo veo al través de un velo negro.

En aquellos momentos aparecieron las criadas conduciendo á la graciosa Cecilia y á Ernesto, ambos vestidos con elegantes trages franceses y rodeados de blancos y pintados carneritos, que apénas divisaban á los niños fuera de la casa del injenio, corrian á ellos como pudieran hacerlo cariñosos *dogos* ó *galgos*.

Ambas madres dieron besos *mútuos* á Ernesto y á Cecilia, pero un práctico observador hubiera notado que, al estampar Doña Rosa un beso en la frente de Ernesto, no lo hacia con la suprema espansion con que en otras ocasiones le tributaba sus caricias, y que fijó sus miradas con doble atencion en su fisonomía, diciendo instintivamente: *en nada se le parece.*

El variado grupo se puso en movimiento hácia el jardin, y bien pronto, pues no estaba muy distante, Doña Rosa y Adelaida se sentaban en los cómodos *bancos sofúes* que habia en la glorieta. Allí el mayordomo de la finca les regaló dos puchas preciosamente formadas, dando á conocer que su autor era muy aficionado á flores; en efecto, las habia cultivado en gran escala en la isla de Santo Do-

mingo, de donde era natural, y de la que habia sido arrojado á esta isla por el soplo de la asoladora revolucion que sufrió aquel pais tan fértil como desgraciado.

D. José (este era el nombre del mayordomo) cultivaba sin perjuicio de sus tareas el jardin, y las madreselvas y heliótropos que cubrian la media naranja que formaba la cúspide de la glorieta, así como los primorosos naranjos enanos, imitando los del Japon, y mil variedad de injertos y caprichos que daban fama al jardin del injenio "Descanso," demostraban bien que sus conocimientos eran poco comunes.

Miéntras Adelaida y Doña Rosa recibian del anciano jardinero las hermosas puchas que nos lo han dado á conocer como facultativo en el arte de *Flora*, sigamos á las criadas que conducen á Cecilia y á Ernesto, y aun cuando la conversacion de ellas será muy importante, para mejor inteligencia de nuestros lectores debemos fijar por ahora nuestra atencion en dos tipos infantiles que ya conocemos por sus nombres, pero que apénas hemos visto por no habersc presentado ocasion tan oportuna como la presente.

IV.

CECILIA Y ERNESTO.

Ernesto tendria ocho años y medio, en los momentos que le vemos recorrer los arriates del jardin; Cecilia estaba próxima á cumplir el tercero de su vida: él era el tipo del *criollo rico*, como suele decirse, del niño afrancesado en sus maneras y trage, con cierta libertad propia de nuestra educacion, por desgracia bastante atrasada: sus vivísimas miradas demostraban que no le faltaria talento, y acaso mucho, si se meditaba cuán cariñosos cuidados ofrecia á Cecilia, lleno de galantería, cómo le daba el mejor lugar, y cómo le ofrecia albos jazmines, tan puros como sus almas.

Cecilia habia heredado toda la belleza de su madre, solo que era mas blanca, y por un capricho muy raro en la naturaleza, teniendo los cabos negros como el azabache, sus ojos eran cuentas azules, con un azul de cielo tan bellísimo que la hacian un verdadero ánjel: ese color de sus pupilas parecia la herencia de su padre, cuyos ojos eran azules tambien.

Ernesto amaba con infantil cariño á Cecilia, y fijaba en ella sus ojos con una ternura bastante impropia de su edad: sin duda llamaban la atencion del niño además de los rizos de sedosos cabellos tan negros que hacian tornasol *azul turquí*, cayendo sobre una espalda tan blanca coma la nieve, unas megillas coloreadas ligeramente por algunos toques de púrpura, mas vivos aun en sus lábios, y aquellos azules ojos de las vírgenes de Murillo, que tanto dicen al corazon y que aparecian mas bellos aun bajo arqueadas cejas y luengas pestañas tan negras como lustrosas.

Ernesto tenia razon, aun cuando era niño, en estasiarse mirando el rostro de Cecilia.

Esta, con sus rizados cabellos negros. con sus ojos de cielo, amaba á Ernesto; él era su constante compañero en todos los juegos, y no habia otro de mas tierna edad que él entre los séres que la rodeaban. Hé aquí, pues, á los preciosos niños amándose mútuamente, como la mariposa ama á la flor, como el pez al rio, como el pajarillo al campo, porque allí encuentran su vida, sus placeres, su contento.

Aquel grupo infantil, que con tanta inocencia demostraba sus simpatías, respiraba amor; pero no el amor como lo comprenden algunas almas, siempre interesado, siempre voluptuoso; amor puro, inocente, espontáneo, que se revela en la sonrisa de una niña como Cecilia, en las miradas de un pequeñuelo como Ernesto, y que es un amor mas puro que el que se arranca de los lábios de una bella bajo las formas de un *sí*, cuando quizás no ha latido su corazon mas que de sobresalto ante las miradas de un hombre. El amor de Ernesto á Cecilia y de Cecilia á Ernesto, parecia pertenecer al número de los providenciales.

Poco filósofo y observador es preciso ser para no contemplar en esa simpatía de los niños un lazo de familia que con el tiempo tomaria la forma de cadena de flores, bajo el emblemático nombre del himeneo, y acaso aquellas dos bellísimas cabezas, tan unidas al darse un beso en pago de un juguete, demostraban que algo mas que una sincera amistad debia unir algun dia á las familias de Rosa y Adelaida. Aquellas dos almas formaban quizá, sin saberlo, un broche que uniria los destinos de ambas casas.

Mientras ellos, con sonrisas y besos, nos han hecho levantar un estremo del cortinage para dejar ver algo del porvenir, ¿por qué Rosa y Adelaida riegan con lágrimas las puchas de flores que les regaló el mayordomo? ¿Qué puede tener para ellas de interesante una conversacion que, apesar de cuanto las aflige, no pueden dejar de proseguir con tanta animacion, interrumpiéndola para llorar?

¡Cuántas personas, al contemplar desde la próxima colina ese hermoso jardin, esa preciosa glorieta con su cúpula llena de madreselvas y heliótropos, dirian sonriendo: allí no puede haber sino felicidad y ventura; aquel es un encantado paisage que jamás puede encerrar lágrimas; y sin embargo, allí se derramaban, como vemos, con bastante abundancia! ¡Qué punto habrá en el mundo terrenal, donde las lágrimas de los desgraciados no hayan humedecido la tierra!

Afortunadamente para ambas amigas, ni las criadas, ni los niños notaron su afliccion, ni vieron que al darse un abrazo esclamaron:

—Es preciso que acallemos nuestros pesares, que nos pongamos una impenetrable careta, y que esperemos resignadas lo que la suerte nos depare, dijo Doña Rosa.

—Ah! pero yo, mientras tanto! esclamó Adelaida profundamente afectada.

—Por tí nada temo: suceda lo que suceda velaremos y jamás olvidaré la franqueza con que has depositado en mí los íntimos secretos de tu familia. Solo te suplico que aun cuando me veas triste y preocupada, no lo atribuyas nunca á falta de cariño; y piensa únicamente que soy presa quizá, como te he dicho, de algunas ideas puramente mias, hijas de mi susceptibilidad ó de lo muy poco que he sufrido en la vida.

—Y queda determinado....

—Que apénas llegue Ambrosio, le haré presente mi deseo de retirarme para la Habana, y como quiera que ha cesado el justo motivo que aquí nos trajo, creo, querida Adelaida, que no pasarán cuatro dias sin que estemos de nuevo en la bulliciosa capital, donde si bien es verdad que no hay esta atmósfera tan pura, este eterno silencio ni este monótono paisage de cañas, hallaremos otros atractivos mas seductores quizá.

Corrieron ambas amigas hácia sus hijos, y dándoles flores, besos y gritos, se esforzaron en ocultar una que otra lágrima decidida, que á todo trance luchaba por presentarse á sus ojos, y emprendieron todos de nuevo la marcha al injenio á esperar los acontecimientos ordinarios del dia. Nosotros, no obstante, á fuer de fieles cronistas no estamos satisfechos, y registramos en el legajo de papeles que tenemos á la vista, para ver si en él hallamos algo que pueda decirnos cual fué la interesante conversacion de Adelaida con Doña Rosa en la glorieta del jardin, conversacion que tanto habia conmovido á la hermosa matancera.

Interceded, cariñosas lectoras, para que algo hallemos en ellos, pues con esa falta quedaria trunca sin duda la narracion de nuestra novela, circunstancia que no debe agradar ni al cronista ni á los que han seguido paso á paso sus episodios.

V.

ALGO SOBRE LAS LÁGRIMAS DE ADELAIDA.

Entre tantos papeles como habia en aquel legajo, ví dos pliegos morados, y en ellos, con muy diminuta letra de mano femenina, una rarísima aventura redactada en un estilo bastante misterioso, que no impedia sin embargo adivinar el *por qué* de las lágrimas de Adelaida, y sembrada imprudentemente de ciertos nombres propios que me hicieron comprender que efectivamente lo que leia era un episodio de la vida de la simpática amiga de Doña Rosa.

Decia así:

«El mes de Diciembre vestia con alfombras de preciosos aguinal»dos los campos de Cuba, y mi corazon llevaba trage de luto.

»Mis borrascosos amores con Manuel de Castro, á los cuales se »oponia toda mi familia por ser mi amante, aunque de buena fami»lia, el jóven mas audaz y pendenciero que habia en la Habana, iban »á tener una solucion demasiado notable.

»Sentíame indispuesta y con todos los síntomas precursores de la »maternidad, segun me decia la mulata Dorotea, cuando esta, sin »embargo de que habia sido el Mercurio de mis amores nocturnos, »hizo notar á mi adorada madre el fatal estado en que yo me en»contraba.

»Irritada con semejante descubrimiento, se presentó ante mí para »interrogarme, y no teniendo valor ni para negarle mi estado ni para »confesarle mi culpa, me arrojé á sus piés y le pedí perdon.

»Una madre es siempre todo ternura y cariño, y lloró sobre mi »cabeza; sus lágrimas parecian gotas de fuego y penetraban hasta »mi corazon.

»No me dijo una palabra, me levantó de sus piés, me dejó en un »reclinatorio y se marchó.

»La escena que tuvo efecto entre mi padre y mi madre sobre este »acontecimiento debió ser horrible, porque si angélico era el carácter »de la señora á quien debia la existencia, no así el de mi padre, á »quien jamás habia visto sonreir.

»Una noche en que me encontraba en mi cuarto aislada y pen»sativa, apareció mi padre en el dintel de la puerta de mi aposento, »acompañado de D. Rosendo, persona que hacia tres ó cuatro meses »visitaba nuestra casa, pero que, segun él decia, hacia mucho que »conocia al autor de mis dias.

»A su vista fijé en el suelo las miradas, sentí que un sudor frio »bañaba todo mi cuerpo, comprendí entónces todo el pesó de la falta »que habia cometido; pero lo que no podia adivinar era como mi »padre, despues de enterado de mi desgracia, venia á verme con un »testigo como D. Rosendo.

»Esperé su voz como el caminante al trueno, despues que el re»lámpago ha fascinado sus sentidos y le ha obligado á bajar la cabeza.

»—Adelaida, dijo al fin, Rosendo de***, mi amigo, te pide por »esposa.

»Si el rayo hubiese caido sobre mi cabeza, no me hubiera hecho »mas efecto que el de aquellas palabras: me quedé anonadada y »nada respondí.

»—¿Has oido?

»—Sí, señor.

»—¿Y qué dices?

»—Nada.

»—¡Cómo nada! dijo con fuertísima voz y descargando la planta »de su pié sobre el suelo.

»—Nada, padre mio!

»—Padre mio.... padre mio.... muy bonitas frases, pero que »ya no hacen efecto; ten entendido que te esperan ó D. Rosendo, ó »un convento en que pasar el resto de tus dias.

»—Mas.... este caballero.... dije temblando ante la amenaza »del convento.

»—Lo sabe todo, todo como yo, y como no es posible que ese »rondador de calles, ese valenton que da cuchilladas á todos, sea tu »marido, él se presta á serlo si prefieres el bien que te hace á los »cláustros de un convento.

»—Pero él....

»—Él, jamás.

»Mi padre dió algunos paseos puramente nerviosos por mi habi»tacion; tocó dos pomos de mi tocador y los hizo pedazos: todo, en »fin, me demostraba que estaba próxima á estallar una tormenta á »mi primer negativa.

»—¿Lo has pensado ya?

»—Sí, señor, dije sacando fuerzas del fondo de mi alma, me ca»saré con el señor, si así lo deseais. Entónces se acercó, levantó mi »cabeza y estampó un beso seco sobre mi frente.

»D. Rosendo se acercó á mí, y no sé lo que me dijo, pues me pa»recia todo un sueño; un momento despues se despidieron, dándome »mi padre otro beso en la frente y estampando él uno en mi mano »derecha.

»Cuando me vi sola respiré con libertad: en el estado en que me »hallaba, mi padre me causaba miedo y el amor de aquel hombre »me horrorizaba.

»Ocho meses despues era esposa de D. Rosendo y madre de Er»nesto.

»Manuel de Castro, el audaz jóven por quien tanto habia sufrido, »seguia la carrera de las armas y se lanzaba á la guerra en pos de »gloria y fortuna, como otros muchos jóvenes cubanos que pasaron »á la Península al servicio militar, esperando en las peripecias de la »campaña ver realizados los sueños de su entusiasmo.

»Mi vida es desde entónces como una navecilla sin timon, que »va donde las olas la arrojan; todo mi amor está cifrado en ese bello »niño que el cielo me ha ofrecido en medio de las amarguras de mi »corazon, y en el cual cifro todo mi presente y mi porvenir....»

Basta la lectura de estas páginas para comprender cuán justas eran las ardientes lágrimas que se escapaban de los ojos de Adelaida; y son suficientes esos dos pliegos de papel morado para hacernos adivinar las amarguras de una union, en que el afecto no tuvo la mas pequeña parte. El amor paternal no tuvo un acento de piedad para una hija desgraciada, y la cólera secó para siempre con su soplo de fuego la fuente de la dicha en el corazon de Adelaida.

El manuscrito que encerraba esa corta historia de infortunio fué para mí un hallazgo: Adelaida era un tipo que debia figurar mucho en *Cecilia la Matancera*, y no simpatizaba con ella; ahora ¡cuán

distinta aparece á mis ojos! La desgracia imprime un sello de simpatía; y una larga serie de años de continua abnegacion, en que la hidra de la maledicencia no encuentra pasto para saciar su furor, puede muy bien lavar la mancha de un instante de locura.

Adelaida es un ángel, y para ello basta que haya aparecido *buena* en tan malas circunstancias.

Mis lectores, que conocen ya á la gentil *Rosa la Matancera*, comprenderán que si esta, pues no debe ser otra, es la historia que la esposa de D. Rosendo le reveló en los *bancos sofáes* de la glorieta del jardin, motivos tuvo para olvidar sus propios pesares y confundir con ella sus lágrimas. ¡El purgatorio de su vida de esposa abria á Adelaida las puertas del cielo!

VI.

LOS DOS ESPOSOS.

Las horas pasaban, y ambas señoras, preocupada cada una con distintas ideas, seguian los mas pequeños movimientos del péndulo, y sin querer comunicarse sus sentimientos, se dirijian al comedor, mirando hácia la *guarda-raya* principal del injenio. Todo continua en un espantoso silencio, en una soledad que les hacia mucho daño; en una calma, en fin, que era demasiado cruel para aquellos torturados corazones.

Nada hay en la vida que haga sufrir tanto como esperar inútilmente, y mucho mas para ciertos temperamentos nerviosos que se impresionan y padecen con suma facilidad.

Abandonaban los corredores, persuadidas de que no habia ni un solo punto negro en la prolongada *guarda-raya*, é instintivamente iban á acariciar la una á Cecilia y la otra á Ernesto, poderosos imanes que atraian sus corazones, bálsamo de consuelo para que aquellos no latiesen tanto.

Los inocentes niños no sabian lo que pasaba, y entregados, como estaban, á los naturales juegos de su edad, sus risas eran tan inocentes como estrepitosas.

Cuando el reloj dió la una, Rosa palideció, y un observador atento hubiera notado que de los ojos de Adelaida se desprendieron dos lágrimas.

La primera no tenia certeza de que su esposo hubiese salido de la Habana; la segunda ignoraba el motivo de la falta de D. Rosendo de la finca, en donde no habia almorzado, cuando jamás, durante su permanencia en ella, habia dejado de hacerlo.

No hay duda de que el corazon humano es un cáos difícil de penetrar, sin perderse, por mucho que se estudie. Rosa aborrecia á D. Rosendo; pero como su conducta le infundia sospechas respecto al mal que pudiera hacer á su esposo, deseaba, si no verle, saber cuando menos que estaba en la finca miéntras Ambrosio no llegaba. Héla, pues, interesada en los deseos de su amiga, siendo así que aquel hombre le era tan estremadamente odioso.

Adelaida, que ignoraba la escena que habia pasado en la noche anterior, traducia por afecto hácia ella el cuidado de Rosa, y demostraba al mismo tiempo vivos deseos de ver á D. Ambrosio, único que acaso pudiera decirle algo del paradero de su esposo. Una á otra se estaban mútuamente agradecidas, cuando en aquel instante, y apesar de lo buenas que eran, el interés particular se ocultaba tras la tupida careta de una falsa simpatía. ¡Cuántas ocasiones nos ofrece la sociedad ejemplos enteramente iguales al presente, y nos da la mano de amigos el mismo que nos está vendiendo quizá en mucho menos precio que el que recibió Judas por entregar al Redentor! Este es sin embargo el mundo, y es preciso vivir en él haciendo eternamente la comedia «*Quién engaña á quién.*»

Rosa temia la noche como puede temerse un huracan en un camino estraviado ó en medio del golfo, sin mas amparo que una débil navecilla. La sola idea de que podia morir el dia sin estar aun su esposo en la finca, la desesperaba completamente; y no tenia en cuenta que ni D. Gregorio, ni las dos personas que lo acompañaban habian regresado todavia. A cada instante asaltaba á su mente la imágen de D. Rosendo; y ya se lo figuraba fraguando con salteadores de camino un asalto á la finca ó á D. Ambrosio; ya le parecia verlo (que tanto puede la imaginacion) oculto entre un enmarañado bosquecillo, velando acaso como el hambriento tigre, trabuco en mano, el momento de presentarse su esposo. Entónces cerraba los ojos ó se los cubria, y formaba el descabellado plan de salir en su busca; pero aquel genio del mal, aquel hombre funesto que parecia empeñado en turbar su felicidad, se presentaba siempre ante sus ojos, rodeado de malhechores, y en su terror se figuraba ya que podria salirle al encuentro, y hacerla víctima de una de esas escenas horrorosas que tanto la habian asustado al verlas descritas en algunas novelas.

La lucha era completa, el corazon sufria, y su imaginacion, de-

masiado viva, le hacia representar con mayor viveza las desgracias que pudieran sobrevenirle.

Adelaida, por su parte, no sabia como esplicar la ausencia de su esposo de la finca.

Así aguardando, y en medio de una ansiedad terrible, llegó la hora de comer, pero ni una ni otra amiga quisieron ocupar su asiento inútilmente, y las criadas dieron de comer á los niños, inocentes de todo lo que pasaba.

La tarde fué mas angustiosa aun, y al fin la sonora campana del injenio *Descanso* tocó la oracion sin que apareciesen los esposos ni los que habian ido en busca de D. Ambrosio.

Ambas amigas trataban, aunque en vano, de infundirse valor; pero al dar el reloj las nueve y media no pudieron ya contener por mas tiempo la angustia que las devoraba, y se confesaron mútuamente su miedo. Este terror de Adelaida llamó mucho, como era natural, la atencion de Rosa, que, no acertando á comprender el motivo en que podia fundarlo, le dijo:

—Pero, querida Adelaida, ¿qué fundamento tienes tú para ese temor, cuando para tí no hay de nuevo mas que la ausencia de tu esposo?

—Fundamento ninguno, contestó esta avergonzada; pero es el caso que jamás he sentido lo que hoy siento, y que á cada instante me parece que me traen una mala noticia.

—¡Una mala noticia! ¿y de qué?

—¡Qué se yo! no alcanzo á comprender el motivo, y sin embargo, mi disgusto es completo.

—¿Han mediado acaso entre D. Rosendo y tú, agregó Doña Rosa con algun temor, pues ya preguntaba demasiado, algunas palabras que puedan disgustarte?

—Ninguna: anoche ni siquiera entró en mi gabinete á darme las buenas noches, ni hoy ha venido á darme los buenos dias á las seis; así es qué no he vuelto á verle desde que se despidió de la tertulia.

—Quizás esté en alguna finca inmediata donde lo habrán convidado á jugar, y ¡como él se ciega tanto!

—Imposible! hubiera mandado un aviso con cualquiera.

—Pues bien, hija, dijo Doña Rosa, yo tengo muchísimo temor; no puedo negarlo; y para estar algo mas tranquila voy á dar mis órdenes al mayoral á fin de que la casa quede rodeada por los mejores

guardieros del injenio, y si es posible, hasta por los empleados blancos.

—Haces muy bien, replicó Adelaida, á quien esta idea tranquilizó algun tanto, y si no lo tienes á mal, pasaré la noche en tu cuarto acompañándote.

—Mas ¿y si llegase D. Rosendo á media noche?

—Que me avisen, y todo se remedia.

—Aceptado.

—Aceptado.

Y pocos momentos despues de haber dado la órden de que se le presentase Rebollo, estaba este en su presencia con el indispensable capoton, sombrero de *yarey* de anchas alas sobre un pañuelo de Madrás amarrado á la cabeza, y en la mano el quemado garrote de que pende el terrible cuero, parte bastante principal en la fabricacion del azúcar.

—Buenas noches, señoras, dijo.

—Buenas noches, Rebollo; ¿y la familia?

—Por allá nunca hay novedad.

—Dichosas ellas.

—¿Hay algun enfermo en la casa?

—Ninguno.

—¡Ah! creia!

—¿De cuántos hombres blancos puede usted disponer para que pasen esta noche en vela?

—¡En vela! esclamó Rebollo azorado.

—Sí, sin dormir un instante; pagándoles este trabajo muy bien, como estraordinario.

—Pero ¿qué hay? ¿qué?....

—Nada, Rebollo, contestó Doña Rosa sonriendo forzadamente.

—¡Blancos!.... como se fué D. Gregorio con el Abuelo y el tio Antonio, y con el viejo mayordomo no se puede contar porque le da el *rematismo* cuando pasa una noche al sereno.... no quedan mas que cuatro; pero cuatro que han trabajado mucho durante el dia, y que trabajarán mañana lo mismo. Y de color, de toda confianza, Nicolás, Antonio, Roman y Luis, que están en la casa.

—Pues oiga usted, le dijo Doña Rosa en secreto, se trata de que nadie entre esta noche en el injenio, escepto D. Ambrosio, si llegase, que lo dudo; y no queriendo que entre nadie, menos puedo desear

que se aproximen á la casa. Si los ocho hombres, entre blancos y de color, se prestan á pasarse la noche al pié de los balcones de mi habitacion, repartirá usted entre ellos á las seis de la mañana seis onzas que le daré: estas dos que le entrego son para usted, pues me conviene que vigile mucho á fin de que ninguno se duerma.

—Pero, señora, ¿qué ha sucedido?

—Nada; y otra prevencion que tiene usted que hacer á todos, es «que no indaguen los motivos de esta velada, porque es un puro capricho mio.»

Rebollo salió acariciando las dos onzas que le habia dado aquella muger tan pródiga, y empezó á visitar á los que habia nombrado para la velada. Al enterarse todos de que se les remuneraba con tanta generosidad su corto trabajo, se dispusieron muy contentos á llenar cumplidamente el deber que se les imponia, y prepararon una rústica cena y mucho café para tener algo con que entretenerse durante las horas de la noche.

Para llenar debidamente las órdenes que le habian dado, montó el mayoral en su *mulita gualtrapeadora* y fué á visitar á los *guardieros* de las *tranqueras* encargándoles que redoblasen su vigilancia, sin comprender no obstante, por mas que lo deseaba, cuales fuesen los motivos que tenia Doña Rosa para tanto temor. Conformábase sin embargo, diciendo: ¿qué me importa el por qué? yo desearia que el miedo continuase para que las onzas siguiesen rodando de esta manera.

Cuando volvió al *batey*, estaban ya los ocho veladores debajo de los balcones del dormitorio de Doña Rosa, divididos en dos grupos, segun los colores de los guardieros. Esta distincion de gerarquías, si bien es verdad que se observa en todas partes, es de mayor necesidad aun, como todos comprenderán, en nuestras fincas de campo.

Rosa y Adelaida, unidas mas que nunca, pusieron muy próximos entre sí los lechos de Ernesto y Cecilia, y colocaron los suyos frente á frente el uno del otro; pues apesar de tantas medidas precautorias pensaban pasarse la noche en vela.

Despues de afianzar con trancas las puertas que caian hasta el corredor, pasaron los cerrojos de la que comunicaba con el cuarto de las criadas, y por tercera vez hicieron un registro debajo de las camas y dentro de los estantes. Abrieron por último la puerta del balcon, y, llenas de júbilo, vieron que los veladores habian formado

dos fogatas para preparar sus cenas, y que todos estaban dispuestos á llenar eficazmente los deberes de vigilantes de la casa.

—Rosa, dijo Adelaida, bien podemos dormir tranquilas, porque aquí estamos mas seguras que en el Morro de la Habana.

Sonrió Rosa al escuchar la ocurrencia; mas como habia visto en la noche anterior á un hombre en aquel cuarto, sin haber notado escala ni cuerda por donde hubiese dado el asalto, le parecian aun pocas las precauciones que habia tomado. No dijo sin embargo una palabra mas; y despues de hacer ambas sus oraciones, dejando el velon encendido, cada una ocupó el lecho en que debia descansar, sin dormir, y se entregaron á meditar en silencio sobre los acontecimientos del dia.

Respetando mútuamente su sueño y por temor de ser imprudentes, permanecieron calladas, aunque sin dormir; Doña Rosa pensando en la estraña tardanza de su esposo y de los que habian ido en su busca; y Adelaida tratando de adivinar la inesplicable desaparicion de D. Rosendo.

Todo quedó en el mas completo silencio: imposible parecia que hubiese al pié de aquella ventana ocho hombres que velaban; pues no se oia mas que el monótono chirriar de los grillos y el metálico sonido de las lagartijas y de las chicharras.

Las doce y media serian cuando resonó en los oidos de las dos amigas, que aun no habian logrado conciliar el sueño, el sonido de un cencerro que parecia tocado en la misma finca, siendo así que provenia de una serventía próxima por donde pasaban las árrias que se dirigian á la Habana.

De repente, una voz melancólica, triste y soñolienta, al compás del sentimental punto cubano, se dejó oir diciendo:

Una tortolilla viuda
Saltando de rama en rama,
No encuentra su nido ó cama
Por mas que de arbustos muda:
Y, en su corazon la duda,
Pasa las noches llorando,
¡Ay! que en vano está buscando
Lo que nunca ha de tener,
Porque es fugaz el placer
Al que está el placer ansiando.

Llora, llora, tortolita,
Por el bien que ya perdiste,
Y con razon estás triste
En esa tu amarga cuita:
En la hora de la cita
No ya el naranjo frondoso
Te devolverá el esposo....
Se fué para no volver....
¡Ay! para tí ya el placer
Es un sueño mentiroso.

El eco melancólico de estos versos se prolongaba en el silencio de la noche, y jamás trovador alguno alcanzó mas brillante resulta-

do con sus trovas: ambas señoras, sin poder remediarlo, enjugaban las lágrimas que corrian de sus ojos al escuchar la historia de la tortolilla cantada en rústicos versos, pero con suma verdad y lastimera espresion por el *arriero-cantor*.

La imaginacion tiene tanto poder, que, muy léjos ya el arriero del rádio del injenio, Rosa y Adelaida seguian oyendo su melancólica voz y las décimas de la tortolita; ni una ni otra sin embargo querian decirse el triste efecto que les habia causado el melancólico cantar, y apénas podian reprimir algunos suspiros que se escapaban involuntariamente de sus pechos oprimidos. Su mayor deseo consistia en oir sonar la campana del injenio con el toque del Ave-María, pensando que el nuevo dia seria mas venturoso que el anterior y la fatal noche que estaban pasando.

La esperanza es tan necesaria á la vida como el aire; y en medio de los mayores tormentos hace palpitar el corazon del desgraciado, dejándole entrever momentos mas venturosos y felices que le hagan olvidar para siempre sus angustias. Solo ayudado por esa halagadora idea puede soportar la carga de la vida todo aquel que ha recibido alguna vez el cariñoso beso de la fortuna.

Ambas encontraban mucha analogía entre su situacion y la pintada en las décimas de la tortolita; habian pasado un dia y una noche angustiosas, y esperaban el alba con el mismo anhelo con que ansia el navegante ver el faro del puerto á que se dirige.

Jamás habian sido para ellas mas lentas las horas de la noche; jamás habian escuchado con tanta atencion el ladrido de un perro. Figurábanse que anunciaba la llegada de una persona á la finca, y se desesperaban luego cuando quedaba esta en el mas completo silencio.

Resonó al fin la deseada campana que tocaba el Ave-María, y una y otra abandonaron el lecho murmurando: «Dios nos dé mejor dia que la noche que acabamos de pasar.»

Las seis de la mañana serian cuando Rosa y Adelaida divisaron un grupo de ginetes al final de la prolongada *guarda-raya* que servia de entrada al injenio; juzgaron ambas llegado el momento de tranquilizarse y respiraron con satisfaccion. Pocos momentos despues aparecieron en el *batey* del injenio D. Ambrosio y los empleados de la finca que habian salido á su encuentro.

D. Rosendo no estaba entre ellos: palideció Adelaida y se retiró de la sala para ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Cuando D. Ambrosio esplicaba á su esposa la causa de su tardanza, y le contaba que D. Gerónimo y sus compañeros habian ido hasta la Habana, apareció Rebollo en la sala y dijo que el mayoral del cafetal *El Dátil* le habia entregado una carta para la señora Adelaida.

Hízose Rosa cargo de ella, y la entregó á la desgraciada jóven cuya historia conocen ya nuestros lectores.

No habian pasado aun cinco minutos cuando Adelaida, con las facciones contraidas, ahogada en llanto, y sin poder sostenerse, entregaba á Rosa la carta abierta, cayendo en seguida desplomada en el primer sillon que encontró.

D. Ambrosio, que no tenia antecedente alguno, estaba asombrado, y Rosa leyó lo que sigue:

«Adelaida:

»El hado fatal me lleva de precipicio en precipicio; no tengo con »que solventar mis deudas, y he resuelto salir de Cuba y buscar en »Lima ó en Venezuela un lugar donde ocultar mi vergüenza.

»He tomado ó tomaré los veinte mil pesos que estaban en depósito »en casa de D. X ***, y como soy el único responsable de mis deu»das, las dos casas que te quedan pueden bastarte para vivir con »alguna economía.

»Perdóname, Adelaida, si no he sabido hacerme digno de tus »virtudes; no puedo proferir ni una queja sobre tu comportamiento.

»Pide perdon en mi nombre, por mi fuga y por otras acciones »que me abochornan, á esos generosos amigos.

»Un beso á tu Ernesto, y ruega á Dios en tus oraciones por el »hombre desgraciado que unió su suerte á la tuya para hacerte mas »infeliz.

Rosendo.»

Entre sollozos acabó la gentil Rosa de leer aquella carta que completaba la desgracia de su amiga.

Acudió á ella y la encontró devorada por la fiebre: el golpe habia sido demasiado fuerte para un alma tan sensible.

—Todo se me reune, dijo D. Ambrosio, á quien por primera vez se veia pálido y demudado.

Adelaida fué conducida á su habitacion, y Doña Rosa supo por su esposo que, invitado la misma noche en que entró D. Rosendo en su habitacion, á asistir á la casa de D. Miguel ***, uno de los mas notables jugadores de aquella época, habia sido tratado tan cruelmente por la suerte, que en seis horas, sin tregua y sin el menor cambio de fortuna durante la sesion, habia perdido ciento cincuenta mil pesos.

La rueda de la fortuna habia cesado de girar favorablente para ellos en aquella terrible noche de que los dos esposos tenian tan distintos recuerdos. Preciso era, pues, que D. Ambrosio volviese á sus antiguos hábitos de especulador para seguir viviendo con el resto de su caudal, que, si bien era suficiente para poder darse una buena vida, no lo era empero para continuar haciendo del pródigo y derrochador, ni ocupando diariamente el frente del tapete verde.

Difícil es al hombre acostumbrado á mirar con tanto desden el dinero, por mas que haya formado su capital á fuerza de privaciones, volver á sus ocupaciones primitivas; y el D. Ambrosio que hemos visto gozando de los placeres, no era ya el activo jóven montañes, ardiendo en deseos de hacerse rico.

Si la bella Rosa hubiera sido una de esas mugeres que no pueden callar nada, y hubiese manifestado á su esposo lo que habia pasado en el injenio durante su ausencia, aquel hombre se hubiera juzgado el mas infeliz de los mortales; pero, dotada por el cielo de un talento claro, comprendió la necesidad y la conveniencia de guardar el secreto, y sepultó el lance en las tinieblas del silencio. Solo, al cabo de muchos años, vinieron á revelarlo los manuscritos que tenemos á la vista.

Aprovechó Rosa el momento del almuerzo para manifestar á su esposo sus deseos de abandonar la finca, y él, que tambien lo deseaba, le ofreció que, apénas estuviese Adelaida en disposicion de hacerlo, se efectuaria la marcha.

Mucho preocupaba á D. Ambrosio la desaparicion de D. Rosendo, cuya situacion no juzgaba tan crítica, y aun creia que su indicacion de marcharse á Lima ó Venezuela, seria una farsa para esconderse y escogitar mientras tanto los medios de salvar la situacion en que se encontraba.

Rosa, por su parte, rehuia cuanto le era posible toda conversacion en que figurase aquel hombre que tanto le habia hecho sufrir, y aun

cuando sentia la pérdida que su fuga causaba á su esposo, así como tambien la desgracia de su amiga, se alegraba muy mucho de que hubiese puesto tanto mar por medio, porque consideraba la distancia el único medio de poder estar tranquila.

Para no cansar á nuestros lectores con capítulos del todo inútiles á nuestra narracion, sobre todo en una novela de cortas dimensiones como la presente, diremos: que seis dias despues de la lectura de aquella carta fatal, Adelaida estaba ya en disposicion de emprender el viaje á la capital, y que este se dispuso con mucho sentimiento de los empleados del injenio y aun de la negrada que habia gozado tan buenos dias durante la permanencia de la familia en la finca.

A las siete de una mañana, cuatro carruages con magníficos trios recibian á las personas que un mes antes se habian hospedado en dicha casa, escepto D. Rosendo, y todos los operarios, á la cabeza de los cuales estaba Rebollo, descubrieron sus cabezas para darles el último adios.

VII.

OTRA VEZ EN LA HABANA.

Han transcurrido algunos años desde las escenas que hemos narrado, y debemos dar cuenta á nuestros lectores de las mutaciones que han sufrido los principales personajes de esta historia.

Ernesto está en Europa educándose por cuenta de D. Ambrosio, como debeis presumir, y Cecilia acaba de ser presentada en el mundo, en un baile dado en los magníficos salones de la Capitanía General, con motivo de celebrarse los natales de S. M. la Reina.

Doña Rosa cifra su orgullo en aquel bellísimo ángel que es la admiracion de todos, y apénas atiende ya á su persona, porque ha [illegible] de muy pocos años.

[illegible]

rizados, bastan para que os formeis una idea de lo que era en aquellos instantes *Cecilia la Matancera.*

Cuando Cecilia se presentó con su madre en los salones de palacio; cuando madre é hija los atravesaron conducidas por dos ayudantes de S. E., un murmullo de aprobacion resonó en aquel aristocrático recinto, y los mas notables jóvenes de la buena sociedad habanera se preguntaban unos á otros quien era aquella bellísima flor tan desconocida hasta ese momento, y capaz de rivalizar con las mas notables bellezas de la Habana.

Algunos de esos jóvenes que hay por desgracia en todas partes, y que dan por cierto lo que sueñan, aseguraban que Cecilia era una jóven griega que viajaba con su padre y que hacia muy pocos dias habia llegado á la capital de Cuba. La noticia corrió de unos en otros, haciendo que todos señalasen á Cecilia como tal jóven griega, hasta que llegó á oidos de una familia amiga de Doña Rosa y se rieron de la fábula y de su inventor, esplicando quien era la jóven misteriosa y á qué familia pertenecia.

Cecilia estaba fascinada ante aquellas escenas que se ofrecian á sus ojos, pues no solo se habia apurado el gusto en los adornos de aquellas salas magnificamente tapizadas y decoradas, sino que las numerosas luces que por donde quiera ofrecian sus reflejos, derramaban en aquel recinto la claridad del medio-dia.

Los que han disfrutado de un baile en Palacio; los que han visto aquel mundo de grandes uniformes, cruces y bandas; la multitud de brillantes que en caprichosos adornos figuran en los tocados y en los trages de nuestras damas, que con ellos demuestran su opulencia; los ricos encages y costosas galas en que las unas superan á las otras; comprenderán si todo esto es de por sí suficiente á llenar de admiracion á una sencilla jóven que por primera vez concurre á un sarao.

Cecilia veia derramarse por todas partes un resplandor plateado que daba á aquella reunion un carácter fantástico; y las armonías de una música militar, oculta en el follage de un bosquecillo artificial, contribuian á aumentar la ilusion de su alma cándida, que todo lo veia aun tras un velo de azul y rosa.

Pasado el primer momento, y mas repuesta ya de su emocion, reconoció todos los accesorios de un gran baile, y vió con placer que las descripciones que habia leido de algunas *soirées* en Europa,

no eran un sueño de los escritores las escenas cuya lectura habia llamado mucho la atencion.

Cecilia sabia bailar; pero con su maestro, como ella decia, y al formarse la idea de que debia figurar en aquel salon, se sentia tímida y que una frialdad glacial bañaba su cuerpo.

Llegó el momento temido: uno de los jóvenes mas elegantes de la aristocracia habanera citó para el primer rigodon á Cecilia, quien con el consentimiento de su madre, entregó su mano al jóven, temblorosa como la perdiz que siente los pasos del cazador en el enmarañado matorral.

Doña Rosa sonriose porque comprendió todo el temor de su hija; pero bien sabia ella que semejante emocion desapareceria despues de los primeros pasos, y que luego sentiria toda demora en ser citada para bailar.

Nuevo triunfo adquirió la matancera al ocupar su lugar en la cuadrilla de rigodones, y allí resistió como pudo, roja como una granada, las insolentes miradas de todos los que la rodeaban.

Aristocrática jamona hubo que fijó su lente y la examinó desde el último vuelo del vestido hasta la mas pequeña flor de su tocado, y viejo-verde que *vis á vis* procedió á un detenido exámen de aquella belleza en conjunto.

Jóvenes hubo tambien que desearon encontrar algo que tachar en ella; pero era de una belleza tan perfecta, que viejos y viejas, jamonas y cotorrones, y jóvenes de uno y otro sexo, terminaban por decir ¡qué bella es! Su triunfo habia sido completo.

Doña Rosa no cambiaba aquel momento por ninguna clase de ventura.

D. Ambrosio, haciéndose el indiferente por los corredores, no perdia una palabra de las que tuviesen conexion con su hija, y su corazon latia de placer y orgullo oyendo las celebraciones generales.

Cecilia bailó, y bailó bien; y su mismo temor la hacia aparecer mas hermosa, modesta y elegante en las distintas figuras del rigodon. El jóven que habia bailado con ella recibió las enhorabuenas de sus amigos, porque como en el gran mundo el deseo de todos es llamar la atencion, Luis la habia llamado completamente solo con ser compañero de aquella jóven que tan celebrada habia sido.

Siguió el baile, y ella, tal como su madre lo habia pensado, aceptó

con menos temor los nuevos compañeros, y cuando llegó la hora de asistir al *buffet*, fueron tantos los que se disputaron el honor de conducirla á ella y á Doña Rosa, que bien se podia decir desde aquel momento que Cecilia estaba de moda, y hasta S. E. hizo los mas cumplidos elogios á la jóven matancera, que con tan brillante pié entraba en el gran mundo, dándole por ello las mas cumplidas enhorabuenas á sus dichosos padres.

Al siguiente dia de aquel espléndido baile, no se hablaba de otra cosa en todos los salones de la Habana, sino de la notable belleza de la hija del San Juan, que habia sido objeto de generales elogios en los magníficos salones de S. E. el Capitan General.

Algunas de esas hijas de Eva, tan feas como envidiosas, que jamás pueden conformarse con presenciar los triunfos que solo consigue la verdadera hermosura, hubieran dado el oro á montones por tener las biografías de los *bisabuelos*, *abuelos* y *padres* de Cecilia, para ver si en alguna de ellos encontraban una falta que amenguase un tanto su triunfo; una mancha, en fin, que hiciese palidecer aquel tan límpido sol, ó que cuando menos no apareciese tan refulgente.

—¿Quién será esa Rosa, madre de Cecilia? decia una jamona marquesa que ocultaba su calva con una peluca de rubios cabellos.

—Alguna advenediza de Matanzas, respondia otra mas vieja y viuda: nada, hija, fruta nueva; los habaneros son muy noveleros, han visto esa *chiquilla*, blanca, de cabellos negros, con los ojos azules; vestida con tanta elegancia y haciéndose la modesta; y ya tienes alborotado el pequeño mundo de nuestros futuros condes y marqueses, que se olvidan de Eloisa, de Gertrúdis, de Constancia, y de tantas otras mucho mas hermosas que la chicuela que los ha sacado de sus casillas.

—¡Y cómo estarán hoy D. Ambrosio y Doña Rosa! porque como el General y la Generala son tan galantes, y la obsequiaron con un magnífico ramillete, todos nuestros calaverillas le habrán mandado *bouquets* de azucenas, de magníficas rosas y de claveles blancos. Estoy segura que mas de ocho de nuestros futuros condesitos han pasado hoy por su calle, montando arrogantes corceles que habrán hecho encabritar, bailar y saltar, solo por hacerse notables y ver ellos al *ídolo*, porque ídolo y no otra cosa será desde hoy esa chiquilla que la caprichosa moda ha querido poner tan alto.

—Ay! Altagracia, dijo la jamona marquesa, y á qué edad le suceden á uno estas cosas, porque.... solo á tí te lo diré: ya ni con el *corsé* puedo poner en formas mi cuerpo; inútil es el colorete, inútil que *Panchito*, nuestro hábil peluquero, demuestre todos sus conocimientos decorando las trenzas de mis cabellos con sus artísticos caprichos; mientras mas alto es el tocado, mas pequeña aparezco yo; mientras mas vivos colores figuran en mis trages, mas apergaminado está mi rostro, y....

El canto de un jóven coma de veinte años, interrumpió este interesante diálogo.

—Hola, Marquesa! adios, Altagracia!

—Tú tan temprano por aquí, Oliverio?

—Sí, efectivamente es algo temprano para mi costumbre, van á dar las doce; pero mas admiracion os causará saber que hace mas de cuatro horas que estoy despierto, y corriendo como un azacan por todos los jardines del Cerro y de Pijiriguas, hasta que logré me hiciesen el mas hermoso ramillete de flores que puede hacerse en Cuba; figuraos, continuó el parlanchin jovencito, sin reparar en el efecto que sus palabras hacian, que á un círculo de rosas *Príncipe Alberto* y *Napeleonas* le colocaron otro de azucenas dobles; sobre las albas azucenas menudas flores del pensamiento, y formando cúpula un grupo de claveles blancos, en cuyo centro lucia un lirio azul, tan raro como codiciado. Tomé aquella obra del arte en mis manos, la contemplé con artística atencion y la pagué con cubana esplendidez: monté de nuevo en mi jaca torda, y piafando ella con tanto orgullo como si estuviese penetrada de mi contento, me puso en pocos minutos en la casa de la hermosa Cecilia, y le dí al portero aquel magnífico regalo, sugeto con una cinta blanca en que decia: «*Oliverio.*»

—Pero, ¿quién es esa Cecilia? dijo Altagracia con refinada hipocresía.

—Quién es Cecilia! quién es Cecilia! vaya! vaya! vaya! pues están ustedes tocando el mas completo *solo de violon!*..... ¡Quién es Cecilia!

—Sí, ¿quién es Cecilia? dijeron las dos tratando de reprimir su cólera.

—Esperad, dijo Oliverio frotándose las manos y haciendo una escena de mutismo, capaz de hacer reir á cualquier prójimo que no estuviese tan disgustado como las dos aristocráticas señoras.

—¿Qué haces? dijeron las dos, ya incómodas con aquel sainete.

—Recordando como se pone mi amigo Ricardo cuando está inspirado, y salen de su boca cosas tan bonitas.... ¿Conque de veras que no conoceis á Cecilia, y deseais saber quién es?

—Sí, repitieron secamente y á duo.

—Pues señor.... Cecilia es un ángel!

—¡Ave María Purísima!

—No hay que espantarse, que aun no lo he dicho todo: figuraos una jóven de quince años, alta y esbelta, de mórbidas formas y con algo de las vírgenes de Rafael; figuraos que sobre una pequeña boca de púrpura, donde pueden verse ocultas diminutas perlas, hay una nariz griega que el mismo Apeles no podria copiar, que en su bellísima barba hay dos hoyuelos donde las gracias pusieron su poderoso talisman; que es blanca como los copos del algodon, ligeramente sonrosada por un ligero baño de agua de color de rosa, y que á sus ojos, grandes y azules como el cielo en una tarde de Abril, circundan luengas pestañas negras, que dan sombra á su blanco cútis, y dos arqueadas cejas como el azabache, que parecen pintadas por la inteligente mano de un gran artista; frente despejada, tersa y brillante, cabellos como las alas del cuervo, que, perfectamente rizados en pequeños montoncillos caen sobre su nívea espalda y precioso rostro, formando una aureola á esa belleza angelical.

—¡Ave María Purísima!

—Esperad, esperad, que la estoy retratando, y ya me falta poco. La mano! qué mano! el blanco guante de cabritilla era mas pálido y pajizo que el resto de su brazo; un diminuto pié arqueado y bellísimo, encerrado en un precioso zapato de seda, y capaz de ser pié para el amor mas delirante; y á todo esto poned á esa muger un trage blanco de vaporosa gasa con lluvia de plata, oprimido á su diminuta cintura por un ceñidor de flores pequeñuelas que caen sobre sus faldas, y llevando por tocado diminutas flores, colocadas simétricamente y con la mayor elegancia, entre los pequeños grupos de rizos. Queridas *tias*, yo no he visto nada mas encantador, y por lo tanto, Cecilia es un ángel.

Oliverio hizo una pirueta; se aplaudió él mismo de verse tan inspirado, y lo atribuyó á lo fija que estaba en su mente la imágen de aquella *deliciosa matancera* que habia logrado en solo una noche, y en la Habana, el cetro de la moda.

La descripcion de Oliverio era suficiente para hacer brotar la mal reprimida cólera de las dos señoras; pero como á ella se unió el cariñoso epíteto de *tias* que les regaló el sobrino y que hacia en ellas el efecto de una bomba, el cáuce no tuvo dique y se desbordó sobre el infeliz jóven, que anonadaron, haciéndole indicaciones hasta calumniosas sobre quien podria ser Cecilia y su familia.

Oliverio estaba estupefacto, pues aun cuando habia visto en una noche el completo triunfo de aquella belleza, no podia comprender como en tan poco tiempo la envidia se habia posesionado de sus tias.

Dejó, pues, que ambas desfogasen su bilis sobre el presente, el pretérito imperfecto y hasta el pluscuamperfecto de la genealogía de Cecilia, y *arrellenado* en un sillon dejó pasar el aguacero, que á poco mas se convierte en tormenta.

Tanto hablaron una y otra sobre lo que podia ser aquella familia de cuyo último vástago se mostraba tan enamorado Oliverio, que pronto no tuvieron nada que decir, y.... despues del huracan vino la calma.

Así que Oliverio las vió *serenas*, se despidió lo mas lacónicamente posible, para evitar la repeticion del chubasco. Cuando él bajaba le decia Altagracia á la Marquesa:

—*Buena chupa* se lleva el inspirado.

Y ambas rieron de buena gana.

Oliverio llegó al zaguan y dijo al portero:

—¿Alguna de las señoras fué anoche al baile?

—Si señor.... la marquesa.

—Vaya! vaya! me lo figuré.... jamona en el baile, roña segura al dia siguiente: es imposible que ellas puedan ver tranquilas tan *bello Oriente* desde tan *feo Ocaso*.... En cuanto á mí, en largos dias no me pescan por esta casa.... que desfoguen su rabia con D. Bonifacio el mayordomo. ¡Vayan al diablo las viejas! Y se retiró tarareando una melodía italiana de la *Lucía*, que tanto simpatiza con los jóvenes enamorados.

Iguales escenas á esta, aunque bajo distintas formas, tuvieron lugar en muchas de las principales casas de la Habana, donde solo se hablaba en aquel dia del triunfo conseguido por la bellísima jóven, de la que ya deseaban ser amigas algunas de las mas hermosas señoritas habaneras, y amantes los mas ricos y aristócratas *liones* de la capital de Cuba.

Una madre es un verdadero ángel custodio, y vé mas allá de lo que pueden ver los indiferentes. Dona Rosa comprendió, al gozar tan completo triunfo, que si bien aquel baile habia sido un gran paso para la felicidad de Cecilia, desde aquel momento debia redoblarse su vijilancia; pues la blanca é inocente paloma estaria rodeada por astutos gavilanes que aprovecharian el mas pequeño descuido para hacer de la cándida vírgen una de esas cortesanas, cuyo corazon nada siente y lo hacen todo á impulsos del frio cálculo.

Ella amaba demasiado á la prenda de su corazon para dejarla que se *metalizase* con las prácticas del mundo, y antes que todo, deseaba su felicidad, aun cuando no obtuviese la posicion á que era merecedora por sus talentos, virtudes y belleza.

D. Ambrosio le dijo á su esposa con la naturalidad y sencillez propias de un alma honrada:

—Hija, no te detengas por dinero; si hay quien se informe si tenemos la sangre azul ó roja, y si hay grifos y culebras en nuestros escudos, que vean con ojos bien claros, ademas de la belleza con que el cielo ha dotado á nuestra hija, la educacion que ha recibido y el deseo de que se presente, sino mejor, igual á las de su edad que pertenecen á esa sangre cuyo color nadie ha podido definir.

Este encargo de D. Ambrosio hará comprender, que ya habian llegado á sus oidos las historias indispensables sobre la genealogía de Cecilia; pero ambos esposos se rieron mucho, pues afortunadamente ni el uno ni el otro tenian nada de que pudiesen ser tachados por los mas escrupulosos, y las hablillas en los aristocráticos salones les eran tan indiferentes, como al cristiano á quien se empeñan en decirle judío.

Estando D. Ambrosio haciendo estas advertencias á su esposa, llegó una carta y ambos creyeron que seria de Paris y de Ernesto, reuniéndose toda la familia para leerla como tenia por costumbre; pero no era así, la carta era de Adelaida y decia poco mas ó menos lo siguiente, precedida de una pequeña cruz en la fecha, como es costumbre en los conventos:

«Querida Rosa:

»Te doy tanto á tí como á D. Ambrosio la mas completa enhora»buena, pues hasta la soledad de estos cláustros ha llegado, por las »educandas, la noticia del triunfo de Cecilia en los salones de la Ca»pitanía General la noche del 19 de Noviembre; así era de esperarse

»sucediese, porque Cecilia es un ángel á quien nunca olvido en mis »oraciones.

»Solo siento que mi Ernesto no haya presenciado ese triunfo de »su hermana, como él la nombra, pues hubiera tenido tanto placer »como nosotros.

»Adios! un beso á los niños, y no olvides nunca á tu

Adelaida.»

Esta sencillísima carta hizo derramar lágrimas tanto á los padres como á la hija; como el eco de una amiga entusiasmada desde la soledad de un cláustro, haciendo contraste con la enhorabuena de un triunfo puramente terrenal, dada por una persona tan separada del mundo.

Al siguiente dia, y en lugar preferente del *Diario de la Habana*, apareció una ligera composicion poética que copiamos, la que guardaba bastante analogía con las celebraciones que se hacian de nuestra heroina, por el elegante cronista del notable baile en los salones de Palacio.

La composicion decia así:

CECILIA.

¿No la vísteis? ¡Cuan hermosa!
Fué el orgullo de la fiesta!
Angel del cielo bajado,
Pura, refulgente estrella.
Jamás los mortales ojos
Vieron *concepcion* tan bella,
Tan linda como elegante,
Tan hermosa cual modesta!
Sobre su cuello de nácar,
Con el blanco de las perlas,
Brillaba negra y sedosa
Su rizada cabellera.
Y era cada rizo un nido
Dó las gracias hechiceras,
Redes pusieron de amor
Para todo el que los viera.
¿De dónde salistes, ángel?....
Porque en la mundana tierra,
No existen mas que mugeres
Mas ó menos hechiceras;
Pero incapaces de hacer
Que el corazon se estremezca
Y dé con trémulos golpes
Suspiros que amores viertan.
Pero amor puro, sublime,
Santo, sin terrestre mezcla;
Como el que tuvo María,
De Jericó la doncella,
Al humilde carpintero
Cuya vara floreciera,
Al soplo sutil del áura
Que le dió la Omnipotencia.
¡Ya sé, ya sé do salistes,
Niña gentil y hechicera,
Para encantar los mortales
Con tu divina belleza!
Tú eres la Ondina graciosa,
La bellísima Nereyda
De los rios, que aprisionan
La *cuna* en que tú nacieras.
Tú eres la rosa del *valle*,
De la *Cumbre* la palmera,
Y haces que al mirarte digan:
¡Bendita la ciudad bella
En que nació entre querubes
Cecilia la Matancera,

R.

Esta composicion tuvo el alto honor, no por su mérito literario, sino por el objeto á que estaba dedicada y la oportunidad de su publicacion, de hacer un gran efecto en la populosa Habana, y casi todos los jovenes de uno y otro sexo la sabian de memoria; ignorándose quien fuese su incógnito autor, así como Cecilia y su familia. El portero de la casa la recibió de un criado en una naranja de nácar con una diminuta chapa de plata en que se leia «*A Cecilia*» y dentro de la fruta, perfectamente plegada, la composicion, impresa en finísimo raso blanco.

En vano quisieron por la inicial *R* atribuírsela á este ó al otro de los jóvenes de la aristocracia habanera que mas se habian aproximado á Cecilia.

Otros decian que su autor era un riquísimo conde, viudo hacia dos años, y que habia celebrado mucho á la gentil niña la noche de la presentacion en Palacio; pero la composicion respiraba juventud, ternura y un amor espiritual qne solo puede sentirse á cierta edad.

El resultado verdadero fué que ni curiosos ni curiosas pudieron saber de cierto quien habia sido el autor de la poesía publicada el dia 22 de Noviembre. En vano acudieron á la imprenta; el inflexible director del *Diario* dijo que no traia mas firma que una *R*, y que siendo un trabajo literario sin responsabilidad, la Redaccion habia *respondido* á la censura para su publicacion.

Esta sencilla, pero categórica respuesta del director del *Diario de la Habana*, dejó á los curiosos en la mas completa oscuridad para saber quien era el autor de la bonita composicion publicada en obsequio de Cecilia, y la cual habia gustado mucho á la bellísima vírgen; pues sabido es el imperio que la poesía ejerce en los corazones sensibles, y ellos, mas que los hombres de la ciencia, son los que comprenden cuales son los versos que salen de la cabeza y cuales los del corazon: el sentimiento no se escapa jamás de sus escudriñadoras miradas, y por eso no faltan poetas que consultan sus inspiraciones con las bellas, cuando no llevan otro objeto que hacer sentir, con mas gusto que al severo crítico, que armado del escalpelo y desprendiéndose de la armonía y de los adornos del arte, hace una fria autopsia y va sacando los defectos y bellezas de lójica y gramática.

La poesía del corazon es solo para ellas; que no se cuidan ni de leves defectos de lenguaje, ni de algunas comparaciones impropias

del buen lójico; pero que llenan su corazon, porque van á tocar la fibra mas sensible de su alma.

El mismo D. Ambrosio, que no en lejanos tiempos juzgaba la poesía como unos montoncitos de renglones y letras, formadas por la paciencia de un hombre desocupado, no pudo menos de conmoverse con las sentidas endechas en que pintaban á su hija, y despues de haberlas leido diez ó doce veces con notable atencion, le dijo á D.ª Rosa:

—No hay duda que estos poetas hablan de una manera distinta á nosotros, y que nada se les escapa en las descripciones. Cada vez que leo esta poesía me parece ver á mi hija en el gran salon de los retratos (*) en Palacio. Quisiera conocer al jóven que ha escrito tan lindos versos, pues como en el muelle dicen, que no hay poeta que no sea pobre, yo le favoreceria, y acaso con alguna proteccion podria lograr alzar sus débiles alas y alcanzar el renombre de otros *que solo conozco de oidas.*

—Inútil es tu deseo, sin embargo de ser tan bueno; pues son muchos los que han tratado de informarse de quien es el autor de la poesía y hasta ahora nada han podido averiguar; sin embargo, yo no creo que sea muy pobre, pues ya ves con cuanta elegancia y gusto hizo que llegaran sus versos á manos de Cecilia.

—Tienes razon, no hay que *devanarse los sesos*, que no estará mucho tiempo oculto; y si esta noche va á casa de la Marquesa el Sr. Palma, ese jóven poeta que tan buen nombre tiene, acaso él, *como iniciado en los secretos de las Musas*, nos sacará de dudas.

—Es verdad: el *escritor de buen tono*, con cuyo calificativo se le conoce, es difícil que ignore quien sea el que ha escrito esa poesía, de lo que me alegraré, porque me intereso tanto en conocerlo como tú.

Este diálogo fué interrumpido por la llegada del maestro de piano y canto, y en seguida se presentó en la sala nuestra bella heroina, quien á pesar de hallarse en trage de *negligé*, estaba radiante de hermosura. Cecilia no necesitaba de adornos para hacer que su belleza fuese admirada y el mismo profesor de música, flemático aleman que siempre tenia la cabeza llena de *fusas* y *semifusas*, le dijo:

—Señorita, con justicia está loca la aristocracia habanera; sois muy hermosa y tengo orgullo en tener tan linda discípula; precisa mucho, pues, que canteis y toqueis con perfeccion y sereis una sirena.

Cecilia le dió las gracias y ambos ocuparon el piano.

(*) En el palacio de la Capitanía General de la Habana hay un salon en el que están todos los retratos de los Generales que han gobernado la Isla.—(N. DEL A.)

VIII.

CAPRICHOS DE LOS HOMBRES.

Mientras que Cecilia da sus lecciones de música con el grave aleman, que tan galante hemos visto, y mientras que varios jóvenes de la aristocracia habanera forman un plan de batalla para poner sitio amoroso á Cecilia, es indispensable que nuestros lectores penetren en el escritorio de D. Ambrosio, para enterarse de un episodio bastante original, en el que aparece un personage, que si bien hasta ahora solo lo hemos nombrado, tendrá que figurar mas tarde de grado ó por fuerza en esta narracion.

Si nuestros lectores no son frágiles de memoria, recordarán que al separarse Oliverio de la casa de sus *cariñosas tias*, dijo que desfogaran aquellas su rabia con D. Bonifacio el mayordomo, y ese mismo D. Bonifacio es el que despues de dos meses de cavilaciones constantes está en estos momentos en el escritorio de D. Ambrosio para interesar á este en un asunto tan ridículo como estravagante, y del cual ya le habia hecho algunas indicaciones, cada una vez que se encontraba en la calle con él; porque el tal D. Bonifacio, bueno es decirlo, ademas de su ocupacion como mayordomo de la casa de aquellas señoras, hacia tambien de *corredor intruso*, como se llama generalmente á los que no son del número.

—¿Usted por acá, D. Bonifacio? le dijo D. Ambrosio con su eterna sonrisa apénas le vió.

—Sí, señor, aquí me tiene usted para poderle hablar con mas claridad de mi *asuntico*, que para mí es *asunto*, y cada dia me desvela mas y me hace sufrir no pocas torturas.

—Bien.... ¿y qué?

—Como usted está tan relacionado y querido de todo cuanto en la Habana vale, y principalmente de las autoridades, ninguno me ha parecido mas apropósito para que me sirva de empeño en el *incidente* que quiero llevar á cabo.

—Esplíquese usted, D. Bonifacio, y sepamos cual es el motivo, y si me será fácil el servirlo.

—Pues, señor, dijo D. Bonifacio haciendo un poderoso esfuerzo y algo *abochornado*, yo.... quisiera....

—Vamos, ¿qué?

—Divorciarme....

—¿Divorciarse? Cáspita, D. Bonifacio, que el asunto es mas serio de lo qus yo me figuraba: ¿y qué motivos le ha dado su esposa para ese proceder?

—Es el cuento, dijo el otro, *que si bien es verdad que la vindicta pública en nada se ha ofendido*, yo tengo una inesplicable antipatía á mi señora.

—Bueno: ¿pero cual ha sido la causa que entre ustedes se haya alterado así la paz del matrimonio? ¿Tiene usted alguna desconfianza de su esposa?

—Ninguna.

—¿Ha llegado á manos de usted alguna carta, por la cual vea usted que no está segura la felicidad conyugal?

—No.

—¿Por las noches ó por los dias ha notado usted en su casa algun movimiento que indique la fragilidad de su cónyuge?

—Fragilidad! fragilidad! todo lo contrario....

—Pues entónces, amigo mio, ¿en qué va usted á fundar la demanda de divorcio? ¿Su esposa lo rechaza á usted?

—Al contrario.

—¿Hay alguna causa física que se oponga á la vida matrimonial?

—Eso, eso, Sr. D. Ambrosio.

—Bien; algunas de ellas son suficientes para que la iglesia autorice el divorcio, y en ese caso, que se juzga como fortuito, yo creeré que necesitará usted pocos empeños para lograr su deseo.

—Dígame usted, dijo D. Bonifacio algo receloso, ¿cuando un *hombre* se casa con una *muger*, juzgándola como cuatro y despues resulta como diez y seis, hay derecho para el divorcio?

—No le entiendo á usted.

—Me esplicaré mas claro....

—Así lo deseo.

—Cuando un hombre elige á una muger por esposa, bajo una forma, bajo una idea, bajo un principio, y despues resulta lo contrario, ¿puede divorciarse?

—Le aseguro á usted, Sr. D. Bonifacio, que cada vez veo menos claro y menos lo entiendo.

—No sé entónces como esplicarme....

—Pero, hombre de Dios, ¿qué quiere decir una muger que se toma como cuatro y despues resulta como diez y seis, ni una esposa que se toma bajo una forma, bajo una idea, bajo un principio, y despues resulta lo contrario? ¿Creyó usted que era una muger pura y despues se persuadió que era el reverso de la medalla?

—No! no, no, Sr. D. Ambrosio, y de veras que no nos entendemos. Mi muger es *incorruptible, indomable, inflexible.* é incapaz de enamorarse de otro que no sea yo.

—Pues entónces?

—Entónces es, que mi muger no es hoy lo que era el dia que yo me casé con ella!

—Va! va! va! ¿Está usted en su juicio, D. Bonifacio?

—Y cabal memoria, Sr. D. Ambrosio; el que no me quiere entender es usted.

—Muchas gracias.

—Pues bien.... dijo D. Bonifacio, haciendo un esfuerzo superior, cantaré claro: el dia en que por mi desgracia me casé con mi señora, era esta una muger delgada, alta, pesaba tres arrobas cinco libras: de esto hace dos años cumplidos.

D. Ambrosio lo miraba asombrado.

D. Bonifacio continuó:

—Hoy mi esposa es un *tonel,* es la *obesidad en accion,* es una muger *cuádruple,* es una cosa imperfecta; pesa diez arrobas ocho libras: en los anales de las mugeres gordas no se registra otra mas gruesa.... ¿Debo seguir viviendo con ella, cuando es el reverso de la medalla, cuando no es nada de lo que á mí me ilusionó? ¿Lo cree usted, D. Ambrosio?

Una estrepitosa carcajada de este fué la respuesta que tuvo.

—¡Se rie usted! bien se conoce que no es usted el que sufre la carga; que no es usted el que ha contemplado tan terrible metamórfosis; que no sufre usted el constante calor de tener siempre á su lado un hipopótamo, que resopla mas que el pito desahogador de una locomotora.

Por mas que D. Ambrosio queria evitarlo no le era posible, y aquella risa nerviosa era cada vez mas fuerte.

—¡Se rie usted de mi desgracia....! ¡Se rie usted de ver á un hombre en la mas estraña situacion en que pueda encontrarse! Ríase usted, ríase usted, que á mí solo me toca el sufrir.

—Pero, D. Bonifacio, dispénseme usted, esclamaba el otro sin poder hablar de tanto reir.

—Bien dicen la Sra. Marquesa y Doña Altagracia, que no es el cordero tan cordero como aparece, decia el mayordomo ciego de cólera, por eso me mandan seguir sus pasos. Buenos dias, Sr. D. Ambrosio, muy buenos, y le juro á usted que este momento no se borrará jamás de mi memoria.

D. Bonifacio se marchó enfurecido, porque efectivamente, él proponia el divorcio de muy buena fé.

D. Ambrosio reia tanto, que el maestro de piano bajó al escritorio lleno de curiosidad, y momentos despues reian á duo y á grandes carcajadas.

Tan notable se hizo la risa de los dos, que Doña Rosa bajó y penetró en el escritorio, y tambien á pocos instantes reia con ellos grandemente. Era que D. Ambrosio les contaba que D. Bonifacio habiéndose casado con una muger delgada, se creia con derecho al divorcio porque aquella infeliz habia engordado mucho.

Así que satisfacieron el deseo de reir, dijo el esposo:

—Pero, querida Rosa, en medio de tanto motivo de hilaridad, hay su parte muy seria: ofendido D. Bonifacio con mi imprudente risa, ha demostrado que tiene órdenes de la Marquesa y de Doña Altagracia para seguir mis pasos.

—Seguir tus pasos! dijo ella asombrada.

—Sí, y aun no sé qué cosa de que el *cordero no era tan cordero como aparecia.*

—¡Chismes! dijo el profesor de música.

—Esos nunca faltan, agregó Doña Rosa; pero sí se me hace estraño que dos señoras, á quienes el rosario en la mano es lo que ya les está bien, sigan *chismografiando* sobre las familias.

—Dejad á cada loco con su tema, dijo el impasible aleman.

—Asi es, contestó D. Ambrosio; y como yo nada tengo que ocultar, poco importa que me sigan.

Recordaron de nuevo á D. Bonifacio y su horror á lo gordo, rieron de nuevo y cada uno de ellos abandonó el escritorio para seguir la marcha de sus asuntos.

IX.

PROYECTOS EN EL CERRO.

Muy pocos de mis lectores serán los que ignoren que la opulenta Habana tiene un barrio ligado á ella por sus hermosas calzadas, el que tiene para unos el nombre vulgar del Cerro y para otros, aunque en muy escaso número, el del barrio del Salvador.

El Cerro de la Habana es el barrio mas elegante de la capital de Cuba; en él se amontonan magníficas casas y quintas construidas con todo el gusto moderno, y sin haber economizado medios en decorarlas con la mayor elegancia: sus jardines gozan de fama hasta en el estrangero, y en Madrid, Nueva-York y Paris se habla de ellos con gusto y se recuerdan las temporadas de verano allí pasadas, y los muchos matrimonios que han salido de los reuniones que por las tardes y noches se forman en sus frescos colgadizos, en sus hermosas salas y salones de billar, etc., etc.; porque la buena sociedad habanera, necesita del Cerro como el hambriento del pan.

En una de esas hermosas quintas, que no señalamos por evitar la nota de indiscretos, y donde la naturaleza en union del arte habian hecho verdaderos prodijios para hacer de ella un encantado Eden, tenia efecto una reunion; pero no para bailar ni para gozar de los placeres de la mesa y del juego, ni aun del gusto de ver la belleza de las hijas del Almendares; era una reunion de hijos de Adan, y todos jóvenes, porque el mayor de ellos no habia llegado aun al quinto lustro de su vida,

Los criados de la quinta sacudian con los plumeros sus magníficos muebles, y alguno demasiado curioso podia ver que en un precioso jardin se ponia una hermosa mesa cargada de manjares pro-

pios de una merienda. Cuando esto sucedia eran las cinco de la tarde.

Momentos despues llegaban hasta la escalinata de la finca, lujosos coches, quitrines, victorias y tílburis de los que iban bajando los jóvenes de la *sangre azul*, como decia D. Ambrosio, y penetraban en la hermosa casa de la quinta, donde debia celebrarse el Club misterioso á que habia invitado el jóven Conde de***, que por su posicion y riqueza, estaba al frente de los jóvenes nobles de la Habana.

Entre la multitud de elegantes que allí se reunió, figuraba tambien Oliverio, jóven que ya conocen nuestros lectores por aquella escena con sus *tias*, y en la cual, con tanta inspiracion, habia hecho un exacto retrato de Cecilia.

Visto por el jóven Conde de***, que ya habia suficiente número de concurrentes, pasó á la sala con ellos donde unos y otros tomaron asientos, haciendo de presidente en el Club el elegante jóven que habia promovido la misteriosa reunion; y decimos misteriosa, porque muchos de ellos ignoraban la causa ó motivo que la ocasionaba.

Cuando el jóven orador improvisado iba á tomar la palabra para decir el motivo que allí los reunia, una esclamacion de sorpresa los detuvo. Era que penetraba en la sala un personaje que no habia sido invitado, pero que sin embargo, siendo muy conocido de todos, les era imposible desairarlo, ni suplicarle que se retirase.

El aparecido era alto, delgado y como desmejorado por una vida licenciosa ó demasiado agitada: su cara mas que risueña, era la cara de un bufon: su larga pera en que lucian algunos cabellos como la plata, era constantemente acariciada por la mano izquierda del individuo, que tanta sorpresa habia causado en la juvenil reunion. Su color era amarillento, sus ojos, negros vivísimos y con demasiada espresion: el traje demostraba, ó alguna pobreza ó mucho descuido; porque apesar de su elegante corte, llevaba el sello del abandono, y su aire, y maneras, demostraban, que si bien no era un hombre de educacion vulgar y de oscuro nacimiento, era su razon muy lijera, dándole aquel tinte de pereza y de filosófica indolencia, el reflejo particular á uno de esos hombres gastados en los placeres y entregados á vivir á espensas de los demas.

Saludó con aire de cómico viejo, tomó asiento, se acarició la barba, y esperó como los demas convidados, á que el presidente de la reunion tomase la palabra.

Visto por todos, que Simon pues tal era el nombre del recien llegado, se disponia á oir, fijaron sus miradas en el jóven Conde de,***, á quien sus amigos nombraban Manuel.

Este se encojió de hombros como diciendo, no hay otro remedio y dijo:

—Amigos: nuestra reunion tiene un carácter alegre y propio de la edad en que nos hallamos, escepto alguna persona que se ha dado por invitada sin serlo.

Simon sonrió melancólicamente, y se acarició la barba sin atreverse á mirar al que tan directamente le lanzaba el epígrama.

Manuel prosiguió.

—La juventud, en todos los paises civilizados, es la que tiene á su cargo, hacer obsequios á las bellas, y nosotros nos encontramos hoy en la imprescindible necesidad de dar un gran baile muy notable, como no se haya verificado nunca en la Habana, á esa bellísima jóven Cecilia que tanto ha llamado la atencion, y de la cual creo que hay entre nosotros una docena de aficionados en los cuales tengo yo el honor de contarme. ¿Estais de acuerdo en dar ese notable baile por nosotros?

—De acuerdo, dijeron todos, menos Simon, que imperturbable seguia acariciándose su larga barba.

—Es imposible por ahora, fijar precio á cada uno de los contribuyentes, pues no está hecho el presupuesto: de él encargarémos á Justo (este saludó), que tan buen gusto tiene para adornar una sala; sin embargo de lo cual me atrevo á proponer, como una cosa original y nueva, que los salones sean convertidos en jardines y los jardines en salones; porque ya estamos cansados todos, de la monotonía, de las salas decoradas con flores, gasas y cintas.

Todos convinieron en la caprichosa idea del jóven aristócrata; pero Ricardo M. tomó la palabra y dijo:

—Bien, señores; á todo estoy dispuesto como ustedes, cueste lo que costare esa suntuosa fiesta; pero de qué manera se piensa hacer ese obsequio á Cecilia? Siendo éste un baile costeado por muchos, aun cuando esto aparezca egoismo, no me parece justo que ella sea invitada por esta ó la otra familia.

—Dice muy bien, esclamaron algunos.

—¿Y qué remedio se dá para ese mal, esclamó Manuel sorprendido de aquella interpelacion.

—Muy sencillo, dijo Ricardo: se trata de hacer un obsequio á una bellísima jóven y muy digna por cierto de nuestro entusiasmo: muchos son los enamorados dispuestos á disputarse su cariño: hagamos tambien que la invitacion sea original y nueva.

—De qué modo?....

—Inscribiendo en las cartulinas para el convite, estas sencillas frases:

—A la mas bella de las matanceras: la juventud de la Habana;

—Perfectamente; prorumpieron todos dandc aplausos y palmadas al autor del pensamiento.

—¿Dónde creen ustedes que deba verificaarse la funcion?

—En tu quinta, dijo Ricardo; porque me parece la mas apropósito para convertirla en el delicioso paraiso que ha de llamar la atencion de la *jóven griega*, dijo sonriendo y fijando sus miradas en Fernando de*** que habia sido el autor de la fábula, y que tenia fama entre ellos de mentiroso en toda la estension de la palabra.

—Y bien, señores, dijo el presidente del Club juvenil; ya que tenemos acordado el baile, decidme algo de lo que habeis adelantado en vuestras pretensiones con esa jóven maga, que nos tiene á todos trastornados.

—Yo lo que puedo decir, dijo Oliverio, frotándose las manos, es que entre la aristocracia vieja, hay una verdadera conspiracion contra Cecilia; que en muchas de nuestras principales casas no se puede hablar de ella, sin esponerse á que le *saquen á uno los ojos* y gracias que nuestras bellas hermanas salen á la defensa por lo mucho que les gusta la jóven matancera.

—Pero señor, ¿de qué nace ese odio? dijeron á la vez tres ó cuatro.

—Lo ignoro, replicó Oliverio; pero sé que este baile va á ser la mecha que dé fuego á la mina, y quién sabe cuantos de nosotros iremos á pasar algunos meses en los ingenios, en castigo de la notable falta que vamos á cometer.

—¿Qué falta? dijeron los mas atrevidos.

—¡Qué falta! ¡que falta! pues no es una falta para esas viejas apergaminadas, el que nosotros consagremos diez y ocho ó veinte onzas cada uno para hacerle un obsequio á la *chiquilla* como ellas la nombran....¿Les parece á ustedes poco....?

—Señores; ya que estamos reunidos y convencidos todos de que

la aristocracia vieja hace la guerra á la bellísima Cecilia y á su familia, alcemos nuestra bandera en el partido de la juventud, pongamos al bellísimo ángel bajo nuestra égida, y guerra á sangre y fuego á esas apergaminadas señoras *que están soñando con el comejen.*

Todos callaron.

—¿Teneis miedo á sus intrigas? no seais cobardes: de parte de nosotros está la fuerza, la juventud, la vida, el porvenir.

—Y ellas tienen el oro, que son las municiones, dijo Alfredo.

—¡El oro! ¡el oro! ¿é ignoras, Alfredo, las mil y una astucias que tenemos nosotros para apoderarnos de las peluconas de Cárlos III, Cárlos IV y Fernando VII? En fin, señores, los débiles y medrosos no pertenecen á nuestro partido. Ahora veredes:

Tomó un pliego de papel y leyó:

—El *Oriente*, sociedad de la juventud noble de la Habana, que toma bajo su cargo defender á todo trance á las bellas, y obsequiarlas, teniendo por objeto principal destruir las maquinaciones del *Ocaso*, ó séase la sociedad de los viejos.

Estampó su firma y dijo:

—Los que quieran pertenecer á esta cruzada que firmen en este pliego.

Treinta jóvenes lo hicieron; y detrás el último, dió cuatro pasos á la mesa, Simon, y firmó tambien con no poco asombro de todos.

Manuel, ó séase el conde de***, plegó el acta de la sociedad, y se la guardó en el bolsillo.

—Al cenador, señores, á celebrar nuestra primera reunion: dentro de diez dias acudid todos á esta misma sala á las cinco de la tarde, para saber las obligaciones que han contraido los *Caballeros del Oriente*, que como caballeros, tendrán su firma como un juramento sagrado.

Todos pasaron al cenador, y bien pronto, porque la juventud necesita de poco, animados por las libaciones del Champagne y otros ricos vinos, estaban animadísimos, recorriendo de boca en boca el nombre de Cecilia, que fué declarada la enseña de la sociedad, debiendo todos obedecer á los nombres de *Cecilia* y *Oriente.*

El estraño personage que se habia introducido en la sala, y á quien hemos nombrado Simon, bebia como una cuba, pero con gusto y serenidad.

Todos los jóvenes concurrentes, viendo su impertubabilidad, le hacian apurar copas de Champagne en gran número, y él no desairaba á ninguno.

Manuel tomó una copa, y dijo:

—Señores, brindo por Cecilia y por la juventud.

Estas palabras fueron acogidas con nutridos aplausos.

Simon tomó una copa completamente llena, y esclamó con suma facilidad:

Va por la bélla Cecilia
Hija hermosa del San Juan,
Que está á la falda del Pan;
Y por toda su familia.
Brindo y todo se concilia
Porque con seguro paso,
Todos eleven su vaso
Y alta y serena la frente,
Hagan que el Sol del Oriente
Hunda el astro del Ocaso.

—Bravo, bravo, esclamaron todos, ¡otra! otra!

Simon hizo que llenaran su copa de nuevo y esclamó:

Entre nacer y morir
Hay un camino muy largo,
Trance demasiado amargo
Que es necesario sentir.
Si poco se ha de vivir
Gocemos de la salud;
Dejad á la senectud
Con su roña envejecida,
Y Baco y Amor la vida
Sean de la juventud.

Otro trueno de aplausos fué el premio de las pobres improvisaciones de Simon, que comprobaban el proverbio, *que de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco.*

El magnífico reloj de la quinta daba las ocho, y Manuel dió por terminada la sesion, retirándose sumamente contentos, y con especialidad los asociados del *Oriente*, entre los cuales figuraba Simon, único á quien no esperaba carruage alguno, y que salió de la casa, tomando camino opuesto á los demás que se dirigian á la Habana.

En la sala de la quinta quedaron solamente el presidente de la sociedad que ya conocen nuestros lectores, y un jovencito como de

diez y nueve años nombrado Juan, en cuya fisonomía se pintaba la inocencia de su alma.

—Y bien, Juan, le dijo el jóven Conde acariciándolo como si fuera un niño, ¿qué has adelantado de mis encargos?

—Poco ó nada, dijo éste.

—¿Cómo así?

—Es muy sencillo: que no he podido ir mas que dos veces á casa de Cecilia, y como allí no hay muchachos de mi edad, he tenido que permanecer en el estrado con toda la gravedad de un inglés.

—Pero tú no te has acordado, sin duda de mis instrucciones; porque para ese caso tenia yo previsto.

—Demasiado que lo recuerdo; pero no me ha sido posible *ponerme en juego* y mucho menos acercarme á Cecilia que permanece siempre al lado de Doña Rosa.

—De manera, que nada hemos sacado en limpio.

—Lo único que te puedo decir es que, hay una *mulatica* como de diez y nueve años nombrada Rosa, á quien Cecilia llama para todo, y dos criadas blancas, dos jóvenes estrangeras, Elena é Inés.

—¿Americanas?

—No, francesas.

—¿Y nada mas?

—Hay algo mas, para que veas que no he dejado de recordar todos tus encargos.

—Veamos.

—El maestro de música Mr. Henri es aleman, y muy querido en la casa; tienen una señora íntima amiga en el monasterio de las Ursulinas; su nombre es Adelaida, y se habla por toda la familia con mucho entusiasmo, de un hijo de ella nombrado Ernesto, hoy residente en Paris, y que dá á Cecilia el título de hermana. He aquí todo cuanto he podido hacer en tu obsequio.

—Algo es algo, Juanillo, y gracias; esperando que seguirás fiscalizando en mi obsequio.

—Debo advertirte, dijo Juanillo con la mayor inocencia, que no debes descuidarte, porque son muchos los que como tú están enamorados de la jóven matancera. y no se descuidan en hacerle presente su cariño, ya regalándole magníficos ramilletes de flores, ya pasando por su calle, y algunos mas afortunados visitándola.

—Quiénes son los que la visitan? preguntó Manuel con interés.

—El hijo del marqués de M....

—¿Octavio?

—El mismo.

—¿Quiénes mas?

—Miguel, Arturo, Oliverio y los dos hijos del coronel H.

—¿Los dos hermanos?

—Los dos; que están perdidamente enamorados de ella.

—¿Con que hasta hay algunas *charreteritas* de por medio?

—Ya lo ves.

—¡Es preciso no perder el tiempo! esclamó Manuel: esa sirena encantadora, tiene demasiados admiradores, y vive persuadido, Juan, que cualquier ventaja que ellos alcanzasen, sería una calamidad para mí; porque te lo confieso, estoy enamorado como un estudiante; en mi vida he sentido lo que ahora pasa en mi corazon; apénas duermo, y todos los placeres que antes me halagaban me fastidian completamente: si esto no es amor, yo no sé lo que es.

—Tambien se susurra, dijo con la mayor viveza, el otro viendo el entusiasmo de su amigo, que hay dos que no son jóvenes, muy enamorados de ella: el conde viudo de V... y Don Pedro Salamanca, ese riquísimo comerciante, que con la caja repleta de oro, se ha retirado de los negocios.

—Y son dos rivales temibles: el primero porque ya es poseedor de un título que puede ofrecer á Cecilia, y esto quizá halague y mucho á los padres: el otro, por que además de ser rico no tiene padres, tios, ni tutores de quienes esperar el consentimiento para casarse, y si la familia de ese ángel es ambiciosa, tendrá una lluvia de consejos, sobre el afortunado Don Pedro.

—Esto se dice....y nada mas.

—Juanillo, cuando el rio suena, algo lleva; y lo mejor, como te he dicho, es no descuidarme. Yo soy jóven, bastante rico y heredero de un título; de modo que no soy un partido tan inaceptable: todo lo que me puede hacer daño es el tiempo que pierda en declararme, para saber el estado en que se encuentra el corazon de esa bellísima matancera, yo buscaré el modo de hacerlo; cuanto antes mejor; pero si no me fuese posible, juro que no pasará de la noche en que se verifique el gran baile, con que la vamos á obsequiar. Sí, sí, decia paseándose á largos pasos por la sala; *el que no se ar-*

restó, ni ganó ni perdió, y yo debo saber á qué atenerme, cuanto antes.

—Me parece bien.

—Juanillo. le dijo Manuel acariciándole de nuevo, ¿tú te atreverás á darle á la *mulatica* Rosa un billete y una onza, sólo porque ponga el primero, entre los libros de música que mas acostumbra á hojear Cecilia?

—Hombre, dijo Juan sorprendido, el asunto es un poquito *peliagudo*; pero como he ofrecido servirte en este asunto, veré si la criadita acepta el encargo: no ofreciéndote nada de seguro, porque eso depende de ella.

—Eres un amigo como pocos, le dijo Manuel, y á tí te deberé mi felicidad. ¿Cuándo piensas volver á casa de Cecilia?

—Mañana por la noche.

—¿Y dónde podré verte durante el dia?

—Por la mañana, hasta las once, en la Universidad; despues, en casa.

—Pues no te demoro mas; en uno de esos puntos te entregaré el billete, y espero hagas poderosos esfuerzos, porque sea colocado en el lugar que te he indicado.

—Adios.

—Adios.

Ambos jóvenes ocuparon sus carruajes, y á la voz de «á escape,» salieron las magníficas parejas trotando con inaudita velocidad, y desempedrando la calzada del Monte con direccion á la Habana.

La quinta quedó en el mayor silencio; y bien pronto hasta sus puertas cerradas indicaban que allí no se hospedaban en aquella época mas que algunos criados.

La guerra estaba declarada; la *vieja aristocracia* habanera, luchaba porque Cecilia no entrara á formar parte de ella por medio de un notable matrimonio, y para ello ponia en juego todos sus recursos, como mas adelante de esta historia veremos.

Al frente de esta conspiracion está la marquesa de***, Doña Altagracia y la Condesa Doña Segismunda, que á su tiempo conocerán nuestros lectores, tres viejas creyentes hasta el fanatismo, en que la *aristocracia de la cuna* ó séase la *sangre azul* no debia *desmejorarse* con esos incalificables matrimonios de aventureros y aventureras; mas claro, querian conservar *pura* la *raza.* Momentos

llegarán en que nuestros lectores se persuadan del estremo á que llegó el deseo de esas señoras, en hacer una obstinada guerra á la heroina de nuestra historia, y entónces y solo entónces, se comprenderá cuan poco adelantado está el mundo, en este siglo que se llama EL SIGLO DE ORO.

En cuanto á la juventud, ya hemos visto la reunion verificada en una hermosa quinta del Cerro, y de la que ha salido la sociedad de *El Oriente*; y no era de esperarse otra cosa de aquellos jóvenes galantes admiradores de la hermosura, que no participaban de las rancias preocupaciones de sus abuelos.

Debemos decir en honor de la verdad, que la mayoría de los aristócratas de la Habana, que ni pertenecian á la edad de las *ilusiones* ni á la del *desencanto*, miraban con particular deferencia á Cecilia y su familia; pues si bien no guardaban en roidos arcones, apergaminados títulos, ni árboles genealójicos que los emparentasen con Wamba y Witiza, tenian la adorable trinidad en nuestro siglo positivista, *ricos, bien educados y honrados*, que es cuanto se puede apetecer en éste mundo: así ellos se mostraban sumamente atentos con la bellísima Cecilia, con su honrado padre y con la magestuosa madre, que, sin pertenecer á la aristocracia, tenia el aire de una gran señora.

La lucha entre la juventud y la senectud vá á ser muy fuerte; ellos están enamorados, y si es verdad que la pasion ciega, nunca con mayor motivo; porque el objeto de sus ansias es merecedor á toda clase de locuras.

La senectud, atrincherada en la frialdad glacial de su corazon, no late sino al impulso de una sórdida ambicion, no se encanta ante la belleza, y si la reconoce, es para envidiarla en secreto y lanzarle en alas de la envidia, sus envenenados tiros, sus nauseabundos epígramas.

Imposible es, que entre el *Ocaso* y el *Oriente*, pueda haber fusion; las dos fuerzas motrices que las impulsan son del todo distintas: una mira el porvenir y otra el presente: la juventud se deja arrastrar por la palabra *progreso*, porque está en armonía con sus mas dulces sentimientos: el *Ocaso* al contrario, cree que *progreso* y *anarquía* son sinónimos, y ¿quién hace variar de ideas á cerebros de setenta años, cuyas prácticas rutineras, son tan adoradas como sus quiméricos sueños?

Difícil es que nosotros podamos pintar con toda la fuerza de su colorido las verdaderas y reales escenas que pasaron durante los acontecimientos que describimos, máxime cuando son personajes casi contemporáneos, y cuyos nietos se han sentado con nosotros en los bancos del colejio y nos hemos tratado con la confianza mútua y tal vez única, que desaparece en los momentos que abandonamos aquel para lanzarnos en el torbellino del mundo.

¿Quién ignora que cada casa es *una historia* y los personajes que en ellas habitan, otros tantos actores, que representan ya una tragedia clásica, ya un melodrama, ya un drama, ó una comedia esencialmente festiva, donde abunden los caricatos ó graciosos? Si los mortales poseyésemos el don del *Diablo Cojuelo*, para poder levantar los techos de cada casa, y ver á vista de pájaro las escenas que en ellas se representan, sin duda que entónces los novelistas serian historiadores; y hé aquí el por qué, decimos nosotros, que las novelas escritas en este mundo son pocas y muchas las historias.

Juzgan algunos que solo en Paris, Lóndres, Madrid, Nueva York, &c., es donde tienen efecto esas grandes peripecias que esplotan los novelistas; pero cuán engañados están! En la mas miserable aldea acontecen dramas dignos de la pluma de Victor Hugo y Alejandro Dumás: la Habana solo, solo esa bella ciudad que se alza como una blanca paloma á orillas del mar, dá motivos suficientes para ejercitar las plumas de nuestros escritores, á quienes la pereza mas punible, hace estar mano sobre mano.

Allí el oropel y el fango se mezclan con mucha frecuencia; allí se ven grandiosas escenas en que el lujo despliega sus maravillosas encantos, y á pocas varas de aquella espléndida morada, de donde brotan torrentes de luz y de armonía, hay escenas desgarradoras de la mas espantosa miseria; allí como en todas las grandes capitales, marcha el hipócrita con triple careta para ocultar su faz, y vive del crímen con todo lujo, mientras que el hombre honrado trabaja dia y noche, y apenas le alcanza para darle pan á sus hijos.

Allí hay familias virtuosas, que llevan su virtud hasta el fanatismo, si es que se puede ser fanático en tan santos sentimientos: virtud probada en el crisol del infortunio, y con serpientes tentadoras que les ofrezcan no solo una vida mas cómoda, sino hasta lujo, joyas y oro en abundancia, para vivir como viven los que reciben besos constantes de la fortuna.

Allí pobrecitas jóvenes que apenas han cumplido el tercer lustro de su vida son conducidas por una senda de flores, á la carrera del crímen, halagadas por verdaderas *hienas* ó *Celestinas*, que tienen su industria en arrancar esas flores del jardin de la virtud, para lanzarlas en el garito del vicio.

Allí, en fin, los mas completos contrastes en todas las pasiones y los vicios, desde los mas encopetados personajes, hasta los infelices mendigos, que viven en los mas pobres suburbios de la opulenta ciudad. ¡Oh! la Habana ofrece ancho campo á la pluma del escritor: nosotros lo sabemos bien; porque casi hemos sido *Diablillos Cojuelos* en aquella gran ciudad, que conocemos, barrio por barrio, calle por calle, casa por casa: nosotros que hemos podido pasar noches enteras en espléndidas moradas, donde el lujo y el fausto deslumbraban y al siguiente dia hemos estrechado entre las nuestras, la callosa mano del pobre artesano, hemos penetrado en su infeliz habitacion, y oido de sus labios, historias de abnegacion sublime, de evangélica caridad, de verdadera religion; pero tambien narraciones terribles de inauditas venganzas, de crímenes premeditados, de espantosas locuras; que han hecho encanecer á un padre, perder la razon á una madre y ver convertida en horas á una pobre *costurera de esquifaciones*, en una gran señora, al parecer, ocupando un magnífico carruaje, tirado por un *tronco* de magníficos caballos, viviendo magníficas casas y no vistiendo mas que sedas, encajes y olanes.

Nosotros, en fin, hemos tocado con nuestras manos el ORO y el FANGO de la ciudad de San Cristóbal de la Habana, y podemos dar á conocer muchos de sus misterios, algunos bastante diáfanos, y que no los ven sino los que quieren ser ciegos.

Pero lo repetimos, no alzaremos todo el velo que cubre esa mezcla de virtudes y vicios, nos basta alsar una punta de él, porque como el panorama es tan grande, que no faltarán con ese pequeño observatorio, escenas notables y necesarias en la narracion de estos episodios en que desgraciadamente figura un *mosaico*, una hetereogénea multitud de todas las clases de la sociedad habanera; escenas en que la verdad será su mejor adorno; pues ya se comprenderá que si quisiéramos sorprender, nos bastaría alzar el telon y presentar nuestro proscenio en toda su estension, seguros de que se admirarian los mismos avezados á figurar en esos dramas y comedias de gran espectáculo, como ahora se les dice.

X.

UNA CARTA DE ERNESTO.

Don Ambrosio, Rosa y Cecilia, ocupan el estrado de la sala de aquella casa en que tantos pretenden penetrar para llegar al poderoso iman que ya conocen nuestros lectores.

Cecilia es la encargada de leer la carta de Ernesto que se acaba de recibir por conducto de Adelaida.

Nuestros lectores no estrañarán que salvemos en esa carta todos los párrafos inútiles para nuestros episodios, sin embargo de que en ellos se manifiesta tácitamente, que el jóven habanero no olvida en el bullicioso Paris, ni á su bella compañera de infancia ni á su cariñosa familia; pero oigamos á Cecilia leer la referida carta.

«Al fin, he sabido positivamente que *papá* está en Lima y que su fortuna ha mejorado; instrucciones que he recibido de un amable jóven, hijo del cónsul francés en aquella República: Ustéd no sabe mamá cuanto le pido á Dios que la suerte favorezca espléndidamente á mi padre, para que llegue un dia en que se pague esa enorme cantidad que debe á nuestros protectores.

Desgraciadamente, segun me ha dicho Mr. Ruperti, sigue jugando, y no creo que el juego pueda enriquecer á nadie: en fin, cúmplanse los juicios de Dios, y él me conceda ver realizados mis deseos sobre este asunto.

En cuanto á mi carrera, creo que los sacrificios hechos no serán inútiles; ésta la escribo en el hospital á donde hace seis dias estoy de interno, por un motivo muy humanitario y que ahora no puedo decir, sin embargo de que hizo gran sensacion entre profesores y estudiantes, que al decirnos la necesidad que habia de practican-

tes internos, yo fuese el primero que me anotase: ha sido un rasgo de valor lo que he comprendido despues de meditado; pero no me pesa, porque en los hospitales, en la constante práctica de estar al lado de los enfermos, es donde mas se aprende: y si bien es útil la teórica, de nada vale sin la esperiencia, que rasga al facultativo, el denso velo que cubre sus ojos: así me alegro mucho del paso que he dado, y creo que tendrá mucha influencia en mi futura suerte; participándole que muy pronto tendré el gusto de verla á usted, á D. Ambrosio y á su querida y mi inolvidable hermana.

Una lágrima se escapó de los ojos de Cecilia, y tanto su madre como D. Ambrosio ocultaron su emocion.

La carta de Ernesto terminaba con decir que los encargos hechos por Doña Rosa á Paris, de trages y galas para Cecilia, los recibirian por la fragata *Havre de Guadalupe*, que llegaria muy pronto al puerto de la Habana: que estaban trabajados por la modista de mas fama en Paris, en cuyo taller se habia pasado él algunas horas contemplando esos trages y formándose ilusiones de lo bella y encantadora que estaria su hermana con ellos: sobre todo uno blanco y azul con estrellas de oro, que representaba la Aurora y que estaría muy bien á sus ojos de cielo y á su tipo de ángel.

La lectora se sonrió llena de satisfaccion, y los adoradores de tan linda hija tambien.

—Pero mamá, esclamó Cecilia, qué será eso de Ernesto, que por ahora no puede decir, y estar de interno en un hospital, habiéndose admirado sus profesores y compañeros de que él fuese el primero que se apuntase?

—Hija, no lo comprendo; pero ya ves que él se dá la enhorabuena de haberlo hecho, lo cual me llena de regocijo; pues tú sabes que él huye mucho de la alabanza propia, y gran cuenta le ha de tener para el porvenir, cuando él lo recuerda.

—Pues mire usted: yo, al considerarlo encerrado en un hospital, donde habrá tantos enfermos, y con tan distintas dolencias, he sentido un secreto pesar; no sé qué vago presentimiento me hace creer que su vida está en peligro.

—Niñerías, dijo D. Ambrosio, sin poderse contener; dejarlo que se haga un hombre por completo, que aprenda mucho; y en la contestacion á esa carta, no hagan mas que darle la enhorabuena por sus adelantos, por su juicio, y por lo exacto que está en nuestros

encargos, y ni una palabra, sobre el párrafo en que habla de su padre; ese jóven tiene muy honrados sentimientos, y la accion de D. Rosendo es una tortura que tiene su corazon; hagamos todo lo posible por hacerle creer, que ni de eso nos acordamos, y al menos tendrá algun consuelo.

Cecilia abandonó su asiento y dió un beso en la frente de su padre, esclamando:

—¡Qué bueno eres, papá!

Doña Rosa contempló esta escena con envidia; pero de los brazos de su padre fué la bella jóven á los de su madre, y terminó la frase diciendo:

—Y tú, mamá!

En cuyos labios dió un cariñoso beso.

—Mucho habrá sufrido Adelaida, dijo Doña Rosa reponiéndose de su emocion, con la lectura de esa carta; pues no teniendo mas que un hijo, por grandes que sean los deseos de verlo con una brillante carrera, la ausencia, la enorme distancia á que está, y las vicisitudes que puede tener, son demasiados tormentos para el corazon de una buena madre.

—Pero ¡qué hermoso dia será para ella, dijo D. Ambrosio, aquel en que llegue á la Habana, con una carrera que libre su subsistencia con toda comodidad, y por la que lo vea figurar entre los nombres de los hijos de Cuba, que le han dado gloria á su patria!

—Pero yo no comprendo, dijo Cecilia con la mayor inocencia, como un padre, un esposo, abandona todo cuanto debia amar en este mundo, y se vá á lejanas tierras sin acordarse en ella de los objetos de su cariño.

La madre callaba; pero el padre dijo:

—Es porque D. Rosendo es uno de esos hombres sin corazon, destituido de todo buen sentimiento, y para quienes los nombres de hijo y esposa nada dicen: solo así puede esplicarse que un ser racional, pueda abandonar á esos infelices y ni se digne escribirles una carta, teniendo el hijo que informarse por personas estrañas de si vive ó no su padre. ¡Pobre Adelaida, su corazon debe sufrir intensos y contínuos dolores!

—Terminaremos esta conversacion, dijo Doña Rosa, que se va haciendo penosa, y dejemos que el Omnipotente que vela por los infelices, escuche las plegarias de nuestra amiga y mande á su co-

razon el mas dulce bálsamo: ella ha buscado un refugio en la soledad del claustro, sin duda para olvidar los pesares que el mundo le ha proporcionado, y nosotros no debemos tocarlos, porque ella, si nos oyese, no lo tendria á bien.

—Sea! esclamó el bondadoso marido, y para borrar toda huella de pesar, entérense ustedes de ese billete que he recibido anoche, y que nos toca muy de cerca.

Y D. Ambrosio entregó á su esposa una cartulina en que aquella leyó:

«—A la mas bella de las matanceras», la juventud de la Habana. —Baile en la quinta del Conde de*** en la noche del 15 del corriente.

—Un obsequio de la juventud de la Habana, Cecilia, dijo el padre, con esa satisfaccion que solo pueden reconocer los que en su caso se hallaran.

Cecilia se enrojeció, porque no esperaba tantos obsequios de parte de esos jóvenes, que hacia tan poco tiempo que conocia.

—Si llegasen los trages de Paris, antes del baile, seguiríamos el consejo de Ernesto y llevarias el traje de Aurora; pero por sí así no fuese iremos en casa de Mme. Pitau, para que te haga uno digno de esa reunion.

—Se dice que será lo mejor que en su clase se ha hecho en la Habana, repitió D. Ambrosio; porque momentos despues que Alfredo me dió el billete, me encontré á Simon, y éste, que parece enterado de todos los secretos de la sociedad del *buen tono*, me ha dado detalles sobre el gran baile con que te obsequian.

Con la alegre noticia del baile abandonaron todos la sala; Cecilia y su madre para visitar á Mme. Pitau; D. Ambrosio para asistir á una reunion mercantil en que estaba muy interesado, pues era una de esas especulaciones que suelen dar un trescientos por ciento; pero en las que con mucha facilidad se puede perder el capital.

Pasemos de la sala de aquella linda casa al Club de las viejas.

XI.

EL CLUB DE LAS VIEJAS.

En la vieja casa en que viven la marquesa de*** y su hermana Doña Altagracia, casa que revela senectud, por su estraña arquitectura y balcones formados de gruesos balaustres de madera, sumamente deteriorados por las injurias del tiempo, es donde tiene lugar esa reunion.

La sala, que es un perfecto cuadrilongo, conserva en sus paredes algunas pinturas en que el arte para nada ha figurado, y que necesitan que haya personas que espliquen lo que espresan; pues dificilillo es averiguarlo á los que no estén enterados. El techo es de los llamados rasos, formado con yeso y algunos florones en las esquinas de la misma materia, así como uno de mayores dimensiones en el centro.

Hay en la sala un gran estrado en que figuran al lado de sillones modernos, las cómodas butacas campechanas, que mas que butacas son camas, por la notable inclinacion que tienen: sillas de paja, recuerdos de otra época pasada y espejos cuadrados en que figuran coronas de laurel, espigas y otros caprichos nada elegantes.

La marquesa de***, Doña Altagracia y Doña Segismunda, esperan á sus colegas para que dé principio el acto; acto á que ellas quieren darle todo el boato posible; pues se ven á los criados con libreas y hasta D. Bonifacio, con una antigua casaca que le hace desconocido á los que siempre lo han visto con el *balandran* que usaba generalmente.

Frente á los tres sillones que deben ocupar los personajes ya referidos, hay una mesa cubierta con una cortina de damasco, y so-

bre ella un tintero de plata, campanilla de lo mismo, plumas y varios pliegos de papel.

Son las once de la mañana y principian á entrar las concurrentes, señoras de las cuales la mas joven ha pasado de los cincuenta; pero cuyos peinados revelan el prolijo cuidado que con ellos se tiene; todas llevan *ridículos* que son indispensables para el pañuelo, la caja de rapé y el dinero.

La Marquesa y doña Altagracia hacen los honores de la casa con toda la gravedad de unas aristócratas antiguas, conduciendo desde el comedor al estrado, á las señoras que iban llegando.

En cuanto á doña Segismunda, aunque tomaba una parte muy activa en la reunion, no le era posible hacer los honores, á causa de su estraña obesidad, mas notable aun que la de la esposa de D. Bonifacio: figúrense nuestros lectores á una señora como de sesenta años, mas bien baja que alta, y tan gruesa, que por su abdómen y pecho, se adivinaba que debian estar completamente unidos, porque ni la faja del vestido era bastante á indicar su separacion, y tan voluminosa su cintura, que era exactamente igual al ancho de su espalda su cara abotagada presentaba una triple barba que formaban la natural, y el primero y segundo pliegue, que hacian la gordura de su rechoncha garganta: ojos muy pequeños y vivos que hacen contraste con los años que sobre ella pesan, rizos rubios, que sin duda no son suyos, y para complemento de esa estrañísima figura, una gran papalina ó sombrero frances con cintas y plumas, transformándola en un verdadero papagayo: lleva un vestido de seda color verde aceituna con cuadros negros, capota de color de caña y guantes negros, haciendo de *aquella interesante individua*, la mas espantosa vision que han visto nuestros ojos.

No faltaban entre las demas señoras que se iban presentando en la casa de la Marquesa, tipos dignos de ser copiados, pero seria alargar demasiado este capítulo, que de por si lo será con la notable discusion que ha de tener efecto.

Las señoras tomaron asiento, y ocupó la presidencia doña Segismunda: mas tarde sabremos el porque se le concedió ese honor.

Debemos confesar que las vocales, estaban algo asombradas de aquella reunion, porque aun cuando sabian su objeto, no esperaban que se le diera tanta gravedad.

Doña Segismunda tomó la palabra, guardando las concurrentas

el mas profundo silencio, por no perder ni una letra del discurso de la improvisada oradora.

Oigamos lo que dijo:

Señoras:

El que algo tiene, debe tratar de conservarlo por cuantos medios estén á su alcance; este es un deseo innato del corazon, y hasta la naturaleza parece que asi lo dispone.

Nosotras, tenemos el honor de pertenecer al número de ciertas familias cuyos nobles apellidos, cuyo ilustre nacimiento, hacen su mayor elogio; y si ellas en obsequio nuestro, trataron de conservar incólumes su raza, deber nuestro es imitarlas y dejar en herencia á nuestros hijos, ese envidiado don que hemos recibido del cielo, y digo don, porque los hijos del rey David, no podrán ser nunca iguales á los del gigante Goliat; á quien aquel mató de una pedrada. (Risas en la asamblea.)

La oradora se anima con estas señales de aprobacion y sigue:

Si desde el principio del mundo, hubo diferencias de razas, y fué buena la de Abel y mala la de Cain ¿por qué se pretende la comunidad en nuestro siglo, que todos seamos iguales? Esto no puede ser; es necesario que cada uno se conforme con su suerte, y que no pretendamos imposibles: nosotras, nos proponemos en esta reunion defender la aristocracia.

—¿Cuál de ellas? preguntó D.ª Eduviges.

—¿Cómo cuál de ellas? dijo D.ª Segismunda, roja como un pimiento de Veracruz; ¿pues cree usted que hay muchas aristocracias?

—Diré á usted, replicó D.ª Eduvigis, yo tengo un sobrino aficionado á las letras.

—A las letras! en no siendo de cambio, malo.

—Pues precisamente no es á las de cambio, sino á las literarias.

—Hum! hum, hum! esclamó D.ª Segismunda haciendo una horrible mueca; erudito á la violeta, filósofo de mentirita: literato en casa! pues ya tiene usted, señora, una epidemia terrible, bajo su mismo techo.

—Será así, señora presidenta, pero él me asegura que el mundo tiene tres aristocracias.

—Tres! veamos esa nueva trinidad.

—Dice que la primera es la del talento, porque ella es la única que emana de Dios, y que ese don no es dado á los mortarles concederlo.

—Pícaro sobrino! ¿y usted cree en esas patrañas?

—Déjeme usted concluir, dice, que la segunda es la de la cuna, por que ella está al alcance de los que por uniones combinadas, nacen hijos de un título, ganado por sus antepasados con heróicas acciones, notable valentía ó estrategia en los combates.

—Y que la tercera es la aristocracia del dinero, por que son dignos de ese título, los que con un trabajo constante, han logrado formar una fortuna, premio de la honradez y la laboriosidad.

—Lo dicho, señora, vuestro sobrino es un erudito á la violeta; que tiene la cabeza llena de *telarañas* y pertenece al número de esos que se creen progresar con no tener mas que ideas modernas principio de locura, que debemos nosotras combatir, antes que el mal eche profundas raices.

—Para comprobar sus acertos, dice, que si á nuestro padre Adan se le hubiera antojado hacerse Lord, todo el género humano seria hoy noble como descendiente de aquella dignidad inglesa.

—Qué! Adan fué inglés? (Risas en la asamblea.)

—*Se ignora su nacionalidad*, señora Presidenta; pero él hace referencia á un título, de los que hoy decoran á los hombres en el mundo.

—Mucho me temo, apreciable señora, que vuestro malhadado sobrino tenga tanta influencia sobre vos, que al fin os haga prevaricar de vuestras buenas ideas.

Si así fuera, no hubiera asistido á esta reunion, cuya causa ó motivo sabia muy bien.

—Y mucho me complace veros ocupar un lugar entre nuestras hermanas; pues bien, señora, las ideas de vuestro sobrino no son otras que las de algunos filósofos ó mentecatos franceses, nombrados *Voltaire*, *Volney*, *Rousseau*, *Mirabeau*, *Diderot* y otros, cuyos apellidos son muy difíciles de pronunciar: terribles enemigos nuestros que nos han hecho una guerra sorda y que algo han desprestigiado nuestro poder en el mundo (aun cuando algo sufra con hacer esta confesion); pero viva usted persuadida, que no hay mas aristocracia que la nuestra, la que nos viene desde la cuna, la que está en nuestra sangre y la que debemos salvar de las garras de tantos y tantos enemigos, que contra ella conspiran. Persuadidas de esta gran verdad, paso á deciros esplícitamente el motivo que aquí nos reune.

Se ha introducido en nuestro gran mundo, una sirenita matancera, con el nombre de Cecilia; sus padres parece que no carecen de bienes de fortuna y están loco con la linda niña, á quien el cielo ha concedido un gracioso palmito y un cuerpo regular; pero en cuanto á nobleza de cuna, nada hay, ni aun en sus mas remotos abolengos, y esta es una falta imperdonable para las que como nosotras, deseamos que nuestros honrosos títulos de nobleza no sufran ningun detrimento. Como la muchacha es bonita, como á su madre no le falta talento para vestirla con el mayor gusto y elegancia, no es estraño que nuestros imberbes, estén loquitos por ella, y muy bueno seria que esas románticas pasiones, no pasasen de obsequios á la jovencita; pero ya ustedes saben lo que son nuestros *boquirubios*, y no es estraño que el dia menos pensado, se le antoje á uno de ellos casarse y se realice el *crímen*; de lo cual resultará una condesa ó marquesa improvisada, que se nos entrará de rondon por nuestras puertas.

—¿Pero se sabe ya algo de cierto? dijo la lacónica señora D.ª Angela, que ocupaba el cuarto sillon de la derecha.

—De cierto nada sabemos; pero qué mas hemos de averiguar, cuando nos consta que hay doce ó trece enamorados de ella? ¿creeis que la niña sea otra Susana, que cuando tantos le piden amor, no le corresponda á ninguno?

—Quien sabe, dijo Doña Eduviges, si al mas encopetado de nuestros jovencillos, no lo juzgarán aceptable los padres, estando tan prendados de la hermosura de su hija.

—Ja! ja! ja! despreciar un título: eso solo nos faltaria que ver, y la ofensa seria doble para nosotras.

—En fin, dijo otra de las vocales; ¿cómo puede evitarse el que uno de los jóvenes de nuestra aristocracia, se enamore decididamente de Cecilia y se case con ella?

—Casarse! dijo la marquesa asombrada.

—Casarse, sí; será el primer caso que suceda?

—Pues eso es lo que debemos evitar á todo trance, y aquí se han de escogitar los medios, que suplico á ustedes vayan meditando.

—Mientras tanto, dijo D.ª Altagracia, que hacia de secretaria, aquí hay una carta que puede leerse y cuyo sobre dice: A las señoras que deben constituirse en Junta en el dia de hoy.

—Es para nosotras, dijo D.ª Segismunda, leámosla; y todas pusieron atencion á la lectura de la misteriosa carta.

Señoras:

En la quinta del Conde de***, se ha celebrado una junta, con el objeto de dar un gran baile en obsequio de Cecilia la matancera; pero como uno de los jóvenes que allí concurrió, manifestó la poca gracia que á la *aristocracia vieja* hacia la tal niña; se formó allí una sociedad, con el título del Oriente, que tendrá por base la defensa de la juventud y oponerse á todo lo que haga el Ocaso, con cuyo nombre las distinguen á ustedes. El baile fué acordado y ya circulan las invitaciones; la sociedad quedó constituida con la firma de treinta y uno de los jóvenes concurrentes, cuya lista no remito porque el original de ella lo tiene el jóven Conde de***, y no ha sido posible sacar una copia.

—Qué les parece á ustedes, señoras? dijo D.ª Segismunda lívida de rabia; nos han tomado la delantera esos mozalvetes, que no saben comprender el favor que les hacemos para el porvenir, evitándoles un enlace desigual.

—*Carambola!* esclamó la marquesa, esas tenemos, conque los niños se preparan al combate: luego esto dice claramente que hay pretensiones muy serias sobre Cecilia; pues señor, ellos lo han dicho; sea el *Ocaso* nuestra sociedad, que algun dia nos agradecerán el que la hayamos constituido.

—No basta, dijo D.ª Segismunda, el atrevimiento de darle un magnífico baile á esa chiquilla, en nombre de la juventud de la Habana, sino que se preparan para ulteriores rasgos de arrojo, luchando contra nosotras porque los queremos bien. Sea; queda abierta la guerra: *bandera negra*, señoras, y que cada uno de ellos no tenga todos los meses mas que un cortísimo numerario de que disponer. Veremos, no teniendo dinero, de qué manera hacen esos obsequios y sostienen la lucha con nosotras; por que un ejército por numeroso que sea, en no teniendo municiones de boca y guerra, es enteramente nulo. (Risas en la asamblea.)

—Increible me parece, prosiguió la oradora, que esos boquirrubios se atrevan á fundar una sociedad para hacernos la oposicion; pero esta carta viene de muy buenas manos y es preciso creerlo.

—Y que es mucha verdad, dijeron varias de las señoras, allí reunidas.

—En ese concepto, apreciables amigas, formemos nuestro plan de campaña, que pondremos á votacion, y para hacerlo con toda

calma, vamos á suspender por diez minutos la sesion y á ponernos de acuerdo.

Las señoras abandodaron sus asientos y formaron distintos grupos, hablándose en todos ellos, del modo de hacer resistencia al combate que la juventud se proponia darles y vencerla, aun cuando para ello hubiese que hacer grandes sacrificios: debemos decir que toda la peroracion de D.ª Segismunda no habia tenido la quinta parte de la influencia que la carta, en que se delataba la sociedad de *El Oriente*: el amor propio estaba herido y aquellas señoras no podian ver tranquilas á sus mismos hijos y nietos preparándose á hacerles la oposicion.

Los pequeños grupos iban refluyendo al mayor, en que estaban la marquesa de***, Doña Altagracia y Doña Segismunda, que eran el foco, así puede decirse de aquella asociacion; una que otra risotada, indicaba que la célebre Doña Segismunda estaba lanzando epígramas contra la familia de Don Ambrosio, y por lo tanto estaba en su elemento y no cambiaba ella aquel momento por el de mas suprema felicidad que le ofreciera la fortuna; porque tenia fundado su orgullo en la viveza de sus pensamientos y en la facilidad con que le dirigia una sátira, á cualquiera de sus prójimos.

Llegó el momento de ocupar nuevamente el estrado.

La Señora Presidenta dijo:

—Conque Sras., queda acordado que todas nosotras cooperaremos en favor del *plan de cada una*, con nuestros *bienes*, nuestras *ideas*, y nuestras *vidas*.

—Exactamente.

—Queda resuelto, prosiguió aquella mole humana, que nos servirán de espías, no solo todos esos *pobretes* que viven al calor de nuestras cajas, sino hasta los mendigos y mendigas que van á nuestros zaguanes por limosnas.

—Acordado.

—Se establece como regla general, el dar casi todos los dias si posible es, funciones en nuestras casas, entiéndase de etiqueta, y á las cuales siempre se convidarán á los *aparecidos* para ver si damos al traste con su fortuna, y para que se vista la *sirenita* con túnicos de percal.

—Prometido.

—Formaremos entre todas un gran fondo ó masa para con él, poner al frente del tapete, al *mas diestro* ó *mas pícaro* de los tahures de Cuba, á quien se le ofrecerá la mitad de las utilidades, no teniendo otro objeto que la completa ruina de D. Ambrosio.

—El plan es bueno, repitieron muchas voces.

—Seremos pródigas en dar limosnas, en socorrer desvalidos, haciendo que todo llegue á noticia de ella; porque el marido es vanidoso, querrá sobrepujarnos, y él mismo se irá *empujando* á la miseria, que en *estando en ella*, veremos quien celebra los *ojos de cielo* de la linda matancera.

—¡Bien, bien! dijeron las mas envidiosas de la reunion.

—Sí, señoras, dijo la pantera D.ª Segismunda; no nos acordemos de los *medios*, pensando en el *objeto;* este es el modo con que muchos se han enriquecido en el mundo, y causa de esas rápidas transformaciones, mas súbitas que el cambio de las decoraciones en un teatro. Veremos si *El Oriente*, continuó llena de satisfaccion, puede vencer á *El Ocaso*; veremos si salvan á la tan cacareada hija del San Juan y á su familia de la miseria, que ya se aparece en lontananza: veremos si impugnemente se ultraja á la aristocracia de la cuna.

El mayordomo D. Bonifacio se presentó en la puerta de la sala y dijo:

La señora D.ª Rosa de*** y su hija la señorita Cecilia.

Un rayo que hubiese caido en el centro del salon, no hubiera hecho mas terrible efecto que las palabras pronunciadas por D. Bonifacio: aquel grupo de viejas era digno en aquel momento del creyon de Cham; porque era un cuadro plástico de caricaturas, difíciles de describir con nuestra pluma: unas estaban pálidas, otras verdes, y en cada fisonomía se retrataba ya el espanto, ya el miedo, ya la admiracion.

—Nos han vendido, dijo D.ª Segismunda trémula de rabia.

—Si, sí, nos han vendido, dijeron otras saliendo de su estupor; á tiempo que entraban en la sala D.ª Rosa y Cecilia, la primera arrogante y magestuosa, pintándose en su semblante la bondad de su alma; la segunda bella, cándida, simpática; un ángel sobre la tierra, como decian los jóvenes de la buena sociedad habanera.

Un grito de admiracion se escapó de aquellos labios apergaminados, enrojecidos á fuerza de colorete y todas se pusieron de pié para recibirlas.

—Si hubiera sabido esta reunion, marquesa, me hubiera privado del gusto de verlos, dijo con dulce voz saludando á todas y poniendo dos besos en los carrillos de la vieja aristócrata, que contestó con la misma señal de cariño.

Cecilia hizo lo mismo y la marquesa replicó.

—Usted nunca molesta á nuestra casa, querida Rosa, ni su bella niña, á quien tanto queremos.

—Muchas gracias, señora, dijo Cecilia.

—Máxime, dijo D.ª Segismunda tartamudeando, cuando aquí tratamos de hacer una *obra benéfica*, á la que esperamos coadyuve nuestra bella amiga.

—Con mucho gusto.

Todas las demas señoras, se quedaron admiradas de la hipocrecía de la Presidenta.

—Y de qué se trata? dijo D.ª Rosa.

—De dotar á una pobrecita jóven del barrio de Jesus Maria, nombrada Matilde, que es la virtud personificada y que trabaja para el sostenimiento de su anciana madre; va á casarse con un jóven honrado, y deseando hacer algo en obsequio de nuestras culpas, nada nos ha parecido mas apropósito que reunirle un dote.

D.ª Rosa se enterneció, y sin decir una palabra mas, entregó seis onzas á D.ª Segismunda para tan filantrópico objeto.

El Club de las viejas se estremeció, porque habia en él, y en aquellos momentos, un ángel.

D.ª Altagracia, deseando borrar la impresion que aquella accion habia causado en las asociadas, dijo tratando de darle á su voz toda la dulzura posible:

—Y á que le debemos el honor de verlas á ustedes por aquí?

—A daros las mas espresivas gracias, por el obsequio que el dia quince hacen á mi hija, porque si bien figura al frente de él la juventud, yo sé muy bien que esa es delicadeza, muy propia de la distinguida aristocracia por quien tengo el honor de verme rodeada.

Un golpe dado con una maza de hierro, no hubiera obligado á bajar tantas cabezas como las palabras de D.ª Rosa.

—Efectivamente, dijo D.ª Segismunda, nosotras tomamos tambien una parte activa en el obsequio que se hace á vuestra bella hija, tan digna por tantos títulos á nuestra buena amistad.

Madre é hija dieron las gracias por tantos favores, y la conversa-

cion se estendió á modas y á otros asuntos de poco interés; pero las concurrentes no podian reponerse de su emocion; algunas de las cuales, mas prudentes y para evitar el dar á conocer el verdadero objeto de la reunion, se despidieron.

D.ª Segismunda, sin embargo, decia al despedir á sus colegas:

—Lo pactado pactado; que en nada desvirtúe este *incidente* nuestro *benéfico plan*, cada una en su puesto; ya ven ustedes que es demasiado *tentadora* la ninfa que nos ocupa.

Lo cual dijo á *sotto voce*, y volvió á D.ª Rosa y á Cecilia, para tributarle sus falsas caricias.

Tan agenas estaban madre é hija, de que aquellas señoras, que tan afectuosamente estrechaban sus manos, acababan de formar un pacto diabólico para sumerjirlas en la miseria, que de todas se despedian con el mayor cariño, y cuando al fin quedaron solas con la marquesa de***, D.ª Altagracia y D.ª Segismunda, es imposible que nuestros lectores, puedan formarse una idea de lo que allí pasó. La aborrecible hipocrecía con que aquellas señoras hicieron exagerados elogios de la belleza de la jóven tan aplaudida, del angelical carácter de su madre, de lo bueno y generoso que era D. Ambrosio; concediéndoles á la afortunada familia, todas allas virtudes sociales. La adulacion mas rastrera, y solo propia de las mas bajas, estaba allí en su mas brillante apogeo, y aquellas almas cándidas, aquella señora y señorita, que solo habian visto el mundo por su punto de vista mas bello, que no sabian ni aun teóricamente, todo el cieno y pestilente fango que encierra la sociedad, se figuraban que estaban rodeadas de tres cariñosas amigas y prodigaban ese santo nombre, á tres mujeres con corazones de hienas, á tres hipócritas viejas, que hacian de *Judas*, apesar de la diferencia del secso, con notable perfeccion.

D.ª Rosa y Cecilia, habian ido á visitar á la señora Marquesa de***, con un objeto piadosísimo, como vamos á manifestar, y para el cual, aquella señora podia decirles el modo de hacerlo, sin llamar mucho la atencion.

Queria la primera hacer en la mañana del 15, en cuya noche iban á gozar de una fiesta tan espléndida, una limosna á todas las enfermas del Hospital de Paula, á razon de un escudo por cama; pero queria asistir con su hija al acto, para que la bella jóven viese tambien las miserias de la vida, ya que solo gozaba del fausto, y nu-

trir su tierno corazon de los santos principios de la caridad. Le hizo presente su deseo á la Marquesa y tanto ella como D.ª Altagracia y la obesa D.ª Segismunda, recibieron con satisfaccion la noticia: la víctima se anticipaba á los deseos de sus verdugos.

Díjole la Marquesa, que la mejor hora, para hacer esa clase de limosnas, era de las siete á las ocho de la mañana, y que ella podia acompañarla, porque era amiga del Capellan y Administrador de aquel piadoso establecimiento, informándome del número de enfermas que exista lo que le participaré en la noche del 14.

D.ª Rosa le dió las mas espresivas gracias por el trabajo que se iba á tomar, se repitieron las afectuosas demostraciones de cariño inclusos los *judaicos besos* por *partida doble*, de aquellas tres víboras y se despidieron las víctimas de las *inquisidoras*, porque otro nombre no merecen los tres tipos que hemos dado á conocer á nuestros lectores.

Apenas el ruido del carruaje en la calle les hizo conocer que habian partido, una ruidosa y triple carcajada, demostró una vez mas cuan traidoras eran las principales partes de la sociedad del *Oriente*.

—Qué hacemos con estas seis onzas? dijo la marquesa.

—Guardarlas! replicó súbitamente Doña Segismunda, y qué principie la guerra con sus mismas municiones.

—¿Cómo? dijo Doña Altagracia.

—Muy fácilmente, dijo la víbora de cascabel; así que D. Ambrosio se ponga frente del tapete que tanto le gusta, se manda á uno de los nuestros, que *apunte* con esas seis onzas; y ya vereis, dijo con burlona risa, cuanto dinero *dá* la pobre y virtuosa Matilde del barrio de Jesus María.

—Jesus! replicó la marquesa, sabes Segismunda que eres una *terrible diplomática!*

—Gracias, pero no hay que perder tiempo, esclamó con satisfaccion: ya el pájaro está en la jaula; hoy estamos á doce, nos quedan dos dias, y es necesario que el hospital de Paula tenga tantas enfermas, cuantas puedan caber en él, á fin de que la lluvia de escudos sea notable: en este momento es preciso pasar una circular á todas las asociadas para que hagan ir desde ahora hasta la noche del 14, á ese asilo de la indigencia, á toda esa falange que nos acosa con el eterno estribillo, de una *limosna, por amor de Dios*; ella

no quiere ir al hospital; debe hacerse esa advertencia á nuestras asociadas; porque les gusta mas la vida vagabunda que la tranquilidad que allí disfrutan; pero que todas les hagan presente que no estarán mas que uno ó dos dias, y que el 15 por la tarde pueden pedir el *alta*, cuando el facultativo las visite; y sobre todo, hacerles entender que van á recibir la limosna de un escudo por cama, y ese será un mágico talisman que las obligue á visitar la casa de San Francisco de Paula: *por el pan baila el perro*, dice el adajio, y ya *sabeis* que casi todos los refranes son como el evangelio.

—El plan es muy bueno, dijeron las dos amigas.

—Ea! no hay que perder tiempo, amigas mias; á escribir cartas con mano rápida: venga D. Bonifacio que es reservado como la estátua del silencio y escribe con velocidad, y que al momento estén repartidas; cosa que cuando ella regrese á su casa, *ya tengamos bien tegidas las mallas de nuestra estrategia.*

La marquesa llamó á D. Ambrosio, le hizo tomar asiento en la mesa que tenia la cortina de damasco, y le dictó una carta que habia de servir de modelo para las circulares, en que se esplicaba el plan, y despues le dijo:

—Recuerda usted los nombres de todas las señoras que han estado aquí?

—Los recuerdo.

Pues bien, una carta para cada una, escepto para Doña Rosa y Cecilia.

—Así lo habia comprendido.

—Me alegro: ademas, agregue usted esta postdata:—leida y rota

—Muy bien, dijo Doña Segismunda, que desaparezcan las pruebas; conviene mucho.

D. Bonifacio dió principio á su trabajo con pasmosa celeridad, y bien pronto el paquete de circulares estaba dispuesto para ser repartido; lo cual hizo presente á las señoras, que estaban llenas de placer con su futuro triunfo.

—Estas no son cosas para criados; se necesita una persona entendida, fiel y prudente, y ese sois vos, D. Bonifacio.

Este se inclinó hasta el suelo, haciendo una profunda reverencia.

Tomó el paquete, saludó y salió á ser instrumento de la mas negra accion que puede concebirse, porque no respetaban ni el princi-

pio de la caridad que guiaba á Doña Rosa, ni su deseo de que Cecilia estudiase en las prácticas del mundo, las miserias que en sí encierra.

Jamás se habia despedido Doña Segismunda con mas satisfaccion de sus amigas, que aquella mañana; y con la mayor tranquilidad y sangre fria, colocó las seis onzas en su ridículo. ¡Cuántas habrá en las cárceles con menos delito acaso! Aquello era un abuso de confianza, un verdadero robo, para el que se habian invocado los santos principios de la caridad y de la filantropía; pero ¿qué podia esperarse de señoras que estaban persuadidas de que no habia medios reprobados para una causa que ellas creian justa?

Con el *entierro* de las seis onzas en el bolson de terciopelo de Doña Segismunda, terminó *El Club de las Viejas.*

XII.

EL ORIENTE Y EL OCASO.

Grandes preparativos se hacian á la vez, pero ámbos de un género muy distinto, de tendencias muy diversas: el Oriente, ó sea la juventud, preparaba su gran baile y velaba por la familia de D. Ambrosio; enterada de lo que habia pasado en el Club de sus antagonistas. El *Ocaso* trabajaba sin descanso para llenar de enfermas el hospital de Paula, á fin de que la limosna de Doña Rosa fuese un verdadero sacrificio, y los empleados de aquel establecimiento veian con sorpresa la entrada estraordinaria de ellas, como no se habia dado otro caso.

La juventud visitaba las sastrerías de mas renombre en la capital, para que estuviesen concluidos sus elegantes trages, á las floristas para que las guirnaldas y adornos mandados á hacer estuviesen á tiempo, pagando con mano pródiga á los espías que debian seguir los pasos de las señoras que tanto daño querian hacer á la bella Cecilia.

Las del *Ocaso*, y sus satélites, se ponian de acuerdo con algunos hombres degradados, insolentes tahures que han hecho un estudio de los naipes, para jugar de mala fé y robar, lo diremos claro, el oro de los incautos que á ellos se aproximasen.

Cada sociedad ponia en juego sus medios buenos ó reprobados, para triunfar de la obra; pero con tal emulacion, con tal celo y tanta maldad por parte de algunos, que es imposible seguirlos paso á paso en sus maquinaciones: era una guerra odiosa, constante, sorda, guerra de mala ley, y cuyos resultados se verán mas tarde.

Imposible parece que la envidia sea capaz de hacer tanto daño; increible que bajo la hipócrita careta de la amistad, pueda haber corazones tan criminales, y sin embargo, doloroso es confesarlo, los hay y hacen el daño con tanta impasibilidad como si hicieran el bien.

Mucho se prolongarian estos episodios, si fuésemos á narrar paso por paso, todo lo que hacian los asociados del Oriente y los del Ocaso; nos bastará ofrecer sus resultados, y nuestros lectores comprenderán, qué manos dirijen las peripecias rápidas que presentaremos á su vista, así como tambien las maquinaciones mas notables; lo demas seria hacer interminable la narracion y no es ese nuestro deseo.

La noche del 14 recibió Doña Rosa una carta de Doña Segismunda en que le decia:

«Querida y simpática amiga:

»Cumpliendo con el encargo, que usted tuvo la bondad de hacerme, le participo, que desgraciadamente es la época en que hay mas enfermas en el hospital de Paula, por estar ocupadas ciento cincuenta camas, con asombro del Administrador del establecimiento, pues el mayor número de enfermas que han tenido es sesenta; sin embargo de que, mientras mayor sea el gasto, mas meritoria es la limosna, usted puede suspenderla sino juzga deba hacer ese sacrificio.

«Mil besos á Cecilia, afectuosas espresiones á D. Ambrosio, y usted cuente siempre con el sincero cariño de su verdadera amiga

SEGISMUNDA DE***»

Mucho es el aumento de enfermas, dijo Doña Rosa contemplando la carta; pero no importa, ya está pensado, y él no se incomodará por algunas onzas mas, gastadas en tan piadoso objeto.—Cecilia, le dijo, mañana es el dia destinado para que visitemos el hospital de Paula, y quiero que por tus propias manos hagas la limosna.

Doña Rosa notó en el semblante de Cecilia, alguna cosa que no era natural en su fisonomía, y con la mayor viveza le dijo:

—¿Te sientes mala?

—No, mamá, no: solo que esta noche apenas he podido dormir, sin que pueda esplicar la causa, porque nunca me he sentido mejor.

Doña Rosa fijó en su hija una de esas miradas de madre; investigadoras y certeras que registran el corazon.

Cecilia, séase por casualidad, séase con intencion, se sentó frente al piano y tocó en él una melodía alemana, espiritual y fantástica, con cuya accion quedó tranquila su madre: ignorando apesar de su sagacidad, que la tierna é inocente vírgen habia recibido el primer billete de amor, que encontró en uno de sus libros de estudio: billete que recordarán nuestros lectores debe ser del jóven Conde de***, dueño de la hermosa quinta en que iba á dar el espléndido baile que tanto choca á las viejas aristócratas. Juanillo habia cumplido el encargo, y la mulatica Rosa ganó sin duda la onza en premio de su astucia.

Cecilia sentia por primera vez latir su corazon de una manera distinta; y no se atrevió por timidez á confesarle á su madre la declaracion que le hacia el jóven aristócrata.

Llegó la mañana del 15 y Cecilia estaba mas pálida que el dia anterior; pero su madre lo juzgó efecto del trage negro que vestia. Sobre una elegante mesita de mosaico que habia en la sala, se veian un monton de escudos que D. Ambrosio habia dado á su esposa para que hiciese la ofrecida limosna; triplicada á la influencia de las maquinaciones de la sociedad del Ocaso.

Muy pronto estuvo Doña Rosa dispuesta á partir: puso los escudos en un ridículo de terciopelo negro, dió algunas órdenes á las criadas francesas, sobre lo que debian hacer durante su ausencia, y ocuparon el carruaje.

Cecilia, á la vista del hospital de Paula, recordó que Ernesto estaba encerrado en un establecimiento igual en Paris, y este recuerdo aumentó su palidez.

A la puerta del hospital de Caridad, en donde la Habana asiste con prolija asistencia á las enfermas indigentes, habia uno de esos *criados de casa grande*, á quien el vulgo distingue con el nombre de *canónigos* porque se espresan como los hombres blancos mas ilustrados, y aun con alguna exageracion, efecto de sus deseos de aparecer entendidos: el *notable criado* puso su brazo para que sirviese de apoyo á la señora y á la señorita, y al verlas en el zaguan del hospital, les dijo, con el sombrero en la mano, como lo tenia desde la llegada del carruaje, que era portador de una carta de mucha urgencia á la que acompañaba algun dinero.

Doña Rosa estrañó que en aquel lugar se le interrumpiese de aquel modo; pero la respetuosa súplica del criado y la calidad de urgente que tenia la carta, le hizo romper el lacre y leer:

«Señora:

«La mano de la conciencia toca fuertemente en mi corazon: hace un año que gané *malamente* y por *medios* muy reprobados, cuatrocientos veinte y cinco pesos á vuestro esposo, y al saber qué íbais á hacer una limosna de un escudo por enferma en el hospital de Paula, me ha parecido el momento mas oportuno de hacer esa devolucion en escudos, para que tan santa accion, con ese mismo dinero, borre las huellas del delito que sobre mí pesa, y quede tranquila mi alma: espero señora, que así lo hagais y perdonadme que no firme esta confesion para evitarme el sonrojo que vuestra vista y la de vuestro esposo me causaria siempre.»

Habia tanta verdad en aquella carta, tan religiosos deseos, que Doña Rosa, conmovida, solo pudo decir:

—Está bien.

El criado entónces entregó á la señora un magnífico ridículo blanco en el que con letras bordadas con hilo de oro decia:

«A la mas piadosa de las mujeres.»

El criado saludó con la mayor humildad, tanto á la señora como á la señorita, y partió á tiempo que penetraban en el patio del hospital madre é hija.

El Administrador del establecimiento las recibió con su acostumbrada amabilidad, y dirijidas por él penetraron en la primera sala de las enfermas, donde Cecilia vió por primera vez de su vida sesenta camas con separacion de vara y media cada una, todas ocupadas por enfermas, ya jóvenes, ya ancianas; pálidas, demagradas por las enfermedades y apareciendo mas lívidas, entre las blancas sábanas y lechos que la piedad consagra á esas infelices: algunos ayes lastimeros producidos por intensos dolores, el estertor de algunas moribundas á quienes el Capellan ayudaba á bien morir; todo aquel imponente cuadro, doblemente triste para quien por primera vez lo contempla, hacian notable impresion en las dos damas, particularmente en Cecilia, tierna sensitiva de los jardines de Cuba, que no habia respirado mas que el aroma de los palacios en espléndidos gabinetes, y gozando de las comódidades y el lujo que la riqueza de sus padres le proporcionaba.

Doña Rosa entregó el bolson blanco á Cecilia, y ésta empezó á dar escudos á cada enferma, que lo recibian llorando, dándole las gracias y ofreciéndoles que no las olvidarian en sus oraciones: algunas ya no podian hablar porque estaban en el último período de la tísis, y daban gracias á la preciosa vírgen con sus melancólicas miradas: á otras que minutos despues ya serian frios cadáveres, se les ponia la limosna bajo de las blancas almohadas: en fin, prolongar esta escena seria entristecer demasiado á nuestras lectoras.

Doña Rosa y Cecilia fueron penetrando de sala en sala, notándose como es natural, en las de enfermas, pertenecientes á la cirujía, menos tristeza y lívidos rostros: al fin se vió Cecilia ante el lecho de una muger demente, á quien por mas que trabajaban para que tuviese las sábanas, almohadas y frazadas en órden, no les era posible conseguirlo.

Era aquella mujer como de 40 años, trigueña y con un cabello tan poblado y crecido, que apesar de estár *enmarañado*, cubria sus espaldas y su rostro: recibió á la madre y la hija, acompañadas del Administrador, con una estrepitosa carcajada; pero de repente fijó sus ojos en Cecilia, quedó silenciosa por mas de cinco minutos, dió un salto de su lecho y se abrazó con ella.

—Mi hija! mi hija! Dios mio! gracias, gracias.

Cecilia al sentirse oprimida entre los robustos brazos de aquella mujer, tuvo miedo y lloró.

Doña Rosa palideció, pero los asistentes le dijeron que no tuviera cuidado, que era inofensiva.

La infeliz demente no se cansaba de dar besos y abrazos á la matancera, perdiendo su rostro la espresion feroz que tenia.

—Siéntate, siéntate en mi cama, le dijo:

Cecilia miró á su madre, y á una indicacion de ésta obedeció, sentándose en el lecho de la loca; pero tan notable era el miedo que tenia, que no miraba el rostro de la demente, que la contemplaba ébria de placer.

Deseando Cecilia, no ver los ojos de aquella infeliz, fijaba sus miradas en la pared del frente; pero un grito de sorpresa escapado de sus labios, demostró que habia visto algo que llamó su atencion: efectivamente tras los balaustres de una alta ventana, estaba el jóven Conde de***, el mismo en cuya quinta se daba aquella noche un baile.

La vista de aquel jóven, en quien nadie habia reparado mas que ella, hizo un efecto mágico en Cecilia; miró á la loca sin temor, y cuando le dió un beso, le prodigó la misma caricia, y á esta señal de afecto la demente esclamó de nuevo:

—Es ella! es ella! el mismo calor de sus labios, el mismo modo de dar esos besos, que fueron toda mi delicia.

Cecilia miró á la ventana, y su mirada fué un verdadero poema, porque en ella espresó su gratitud al jóven por haberla animado con su presencia ante aquella infeliz que tanto consuelo tenia creyéndola su hija.

Manuel, ó sea el Conde de***, lo comprendió así, y no pudiendo hablar, oprimió con su mano derecha el corazon, manifestándole que habia sufrido mucho, al verla abrazada por aquella demente.

Muchos esfuerzos costó lograr que la loca se conformase con despedirse de la que creia su hija; pero cuando se le dijo que estaba en un colegio educándose, y que Doña Rosa era su directora, le hizo á ésta encargos de que la cuidase mucho, y quedó tan tranquila, como si jamas hubiese estado demente.

Las enfermas y los empleados se quedaron haciendo elogios de la madre y de la hija, mucho mas, cuando presenciaron ó supieron la escena con la infeliz demente, que habia perdido á su hija, preciosa jóven de quince años, de una muerte horrorosa, abrasada por las llamas.

—¡Pobre madre! decian Doña Rosa y Cecilia, enjugándose las lágrimas al penetrarse de la causa de su locura, que les contaba el celoso y activo Administrador del establecimiento; y Doña Rosa miraba á su hija, se gozaba en verla llena de salud y formaba en su mente nuevos planes de vigilancia para evitar cualquier degracia á aquel inmenso tesoro de su vida.

Cuando las dos penetraron en el carruaje y se dejaron caer en sus blandos cojines, estaban muy afectadas con las escenas que habian contemplado. Doña Rosa meditó en la devolucion del dinero con que habia hecho la limosna; Cecilia, en la aparicion del jóven Conde de***, por las ventanas del hospital, velando por ella y siguiendo sus pasos.

La madre, en fin, pensaba en el porvenir, acordándose de las miserias que habia visto en aquel asilo de la desgracia: la hija meditaba en el presente; comprendia que un jóven lleno de amor, le

pedia algun afecto hácia él y le hacia presente su constancia, sin arredrarle por seguirla, ni la imponente vista de un hospital, ni el peligro de subirse á las altísimas ventanas de aquel edificio, sin tener mas punto de apoyo, que una débil tabla.

Doña Rosa y Cecilia se detuvieron ante el elegante establecimiento *La Primavera*, verdadero canastillo de flores.

Pidieron el adorno encargado para Cecilia, y estándolo examinando un señor como de cuarenta años que las vió, se aproximó á ellas para participarles, que en la casa de comercio habia varias cajas para D. Ambrosio, recibidas por la fragata *Havre de Guadalupe*; madre é hija sonrieron de satisfaccion, porque aquella noticia les proporcionaba el placer de que la bella matancera llevase el trage de *Aurora* que tanto habia aplaudido Ernesto desde Paris, en la carta que ya conocen nuestros lectores: las imágenes tristes volaron de su mente, porque la vida es una cadena de dolores y placeres; la bella niña pensó de nuevo en su hermano de la infancia, y sintió que no estuviese en la Habana, para que la viese esa noche en el baile.

—Todo va saliendo á nuestro gusto, dijo la madre satisfecha; hasta el trage que ya no habia esperanzas de que lucieses esta noche, ha aparecido; de manera que nada falta para que tu padre quede contento.

Apenas habian llegado á la casa dieron órdenes para que pasasen á la de comercio á buscar las cajas llegadas de Paris, cuando el portero les anunció que una jóven acompañada de una señora estaban en el zaguan, y que deseaban hablarles.

Doña Rosa dió la órden de que subiesen, y ella y Cecilia ocuparon el estrado.

Momentos despues se presentaron en la sala una señora como de sesenta años y una jóven como de veinte y dos: ámbas demostraban en sus trages, no solo la pobreza sino la virtud: nos esplicaremos: la clase de telas con que estaban hechos sus trages eran de percal, no nuevos, pero sí muy limpios, los que cubrian á las dos todo el pecho hasta la garganta y los brazos; ambas llevaban pañolones de lana y velos de punto de algodon negro.

Doña Rosa, á la vista de aquellas infelices, se quitó un gran diamante que brillaba en su dedo, temiendo, con una delicadeza superior á todo encomio, humillar á las desgraciadas, haciendo eviden-

te sus riquezas; mandolas tomar asiento y que dijesen lo que se les ofrecia.

Cecilia tomó entre sus manos la de la jóven, con el mayor cariño, y á esta prueba de afecto cesó el sonrojo de la jóven pobre y fraternizó con la rica. Con cuánta facilidad podemos conquistar simpatías en el mundo, y sin embargo, cuán pocos son los corazones como el de nuestra heroina!

La anciana tomó la palabra y dijo:

—Señora, espero que usted me dispense la libertad que me he tomado, despues que se entere del motivo que me impele á ello: ayer por la tarde apareció un jóven en mi casa, *muy bien portado*, y con una educacion notable, que me hizo comprender pertenecia á una familia acomodada; preguntó por el nombre de mi hija, una servidora de ustedes, y señaló á la jóven; me preguntó si estaba en vísperas de casarse, á lo cual respondí que efectivamente estaba pedida su mano por un jóven pobre, pero honrado, y que el matrimonio se habia prorogado á causa de haber tenido Ernesto una desgracia de familia y haber gastado en ella todos sus ahorros.

—Ernesto, dijeron la madre y la hija, al par que la otra jóven sufria al oir repetir el nombre de su amante.

—¡Ernesto!, sí, dijo la anciana; ese es el nombre del que mediante Dios será mi nuevo hijo. Al oir el jóven que era verdad lo del matrimonio, y que solo la falta de medios lo retardaba, conocí que en su fisonomía se pintaba la alegría y esclamó:

—Esa causa, señora, ha cesado; la Providencia vela por las almas buenas; por las jóvenes inocentes, honradas y trabajadoras; muy pronto Ernesto y Matilde podrán unirse.

—¿Cómo? le respondí llena de admiracion; pues no sabia como un estraño pudiese tener tanta influencia en asuntos de mi familia: él sin darse por notificado de mi asombro, prosiguió:—Me consta que una filantrópica y caritativa señora nombrada Doña Segismunda de***, que tiene mas de treinta mil pesos de renta anual, y que está relacionada con toda la aristocracia de la Habana y con casi todos los ricos de ella, ha reunido una junta de piadosas señoras en la casa de la marquesa de*** y de Doña Altagracia, para formar una suscricion con que reunirle un lucido dote á vuestra preciosa hija, y digo lucido, porque tambien me consta que la señora Doña Rosa de***, madre de una hermosa jóven matancera, ha dado seis

onzas, y ya usted vé, que siendo de las menos ricas las otras deben dar mucho mas; y como son tantas, el dote será regularcito!

Cecilia fraternizaba tanto con la futura novia, que le daba las mas sinceras enhorabuenas.

—Esta noticia, prosiguió la anciana, me enagenó, señora, me hizo delirar; porque á mi edad, no teniendo mas que una hija, y siempre temiendo dejarla espuesta á los azares del mundo: ya vé usted que es demasiada dicha. Llegué á creer que todo aquello no era mas que un sueño, y que aquel bien portado jóven habia tenido la criminal humorada de hacer una burla de nosotras; por lo cual hice un esfuerzo para sonreirme con todo el desden que pudiera finjir; pero no me fué posible señora: miré á Matilde, estaba pálida de emocion, ébria de felicidad, y en vez de sonreir con sarcasmo, me eché á llorar: las lágrimas estaban muy cerca de los ojos.—No hay que afligirse señora y señorita, nos dijo; pues Matilde, al verme llorar, lloraba tambien.—No hay que afligirse, Dios recompensa la virtud, y por los más estraños medios se vé al fin recompensada.—Pero caballero, por piedad, le dije enjugando mis lágrimas, tenga usted lástima de una anciana y de esa pobre jóven que está soñando despierta; no prolongue usted mas la burla y háganos el favor de respetarnos.—Señora, en nombre del cielo y por las respetables canas de mi adorada madre, creedme; lo que digo es la verdad, y habiéndolo sabido por una feliz casualidad, he querido adelantarme para daros tan grata noticia: entónces no pudimos mas, y arrastradas por un impulso Matilde y yo, nos lanzamos sobre él y le dimos un abrazo con toda la efusion del alma: aquel jóven es muy bueno, señora; lloraba como un niño por mas que procuraba ocultarlo.

Cecilia estaba pálida como una azucena: Matilde, Doña Rosa y la anciana se enjugaban sus lágrimas.

—Id, me dijo, á ver á Doña Rosa; ella confirmará mis noticias, y para que podais dar las gracias á Doña Segismunda y á las demas buenas señoras que han llevado á cabo el pensamiento, os dará una carta porque es su amiga muy sincera: y aquí me tiene usted señora, con mi hija para ver si soñamos ó estamos despiertas: advirtiéndole á usted que nada hemos dicho á Ernesto apesar de sus preguntas, al ver nuestros ojos con las señales del llanto, temerosas tambien de que él sufriera al ver la realidad contraria á nuestras ilusiones.

—Todo eso es verdad? dijo Doña Rosa.

—¡Verdad!, verdad!, señora, dijo la infeliz anciana ébria de placer.

—Verdad?, dijo Matilde, con la felicidad pintada en los ojos.

—Sí, sí, dijo Cecilia; todo es verdad; goza, Matilde, goza al ver tus sueños realizados.

—Pero Señor! esclamó la anciana volviendo de su éxtasis, ¿qué hemos hecho nosotras para tanta felicidad?

—Ser buenas, dijo Doña Rosa, haber cumplido con todas las virtudes cristianas, sin que ni las amargas torturas de la miseria, os hayan hecho prevaricar, y ese es el galardon con que la omnipotencia premia á los justos.

—¡Cuánta felicidad! esclamaron la hija y la madre.

—Hace pocos dias que tuvo efecto la junta con ese objeto; yo me encontré en ella por casualidad, y voy á daros la carta que os abra las puertas de la depositaria del dote, que es Doña Segismunda: venid.

Doña Rosa y la anciana entraron en el gabinete.

Cecilia llamó á una de las criadas francesas y le dió sus órdenes.

Así que las dos jóvenes estuvieron solas, le dijo Cecilia á Matilde, con la mayor ansiedad:

—¿Y no sabes, Matilde, el nombre de ese jóven que tanto las han hecho á ustedes gozar con esa noticia?

—Por mas que mi mamá quiso que le diese su nombre y apellido, y hasta la referencia de su casa, nos suplicó que le llamásemos simplemente—Manuel.

—¡Manuel! dijo Cecilia palideciendo de nuevo.

—Nos dijo, que aun cuando su traje revelaba pertenecer á una familia aristócrata, no poseia mas que una modesta fortuna.

—¡Si será él! dijo Cecilia con voz muy baja.

—Pero es un buen jóven, señorita, esclamó Matilde; sus lágrimas al ver nuestra alegría, jamas se borrarán de mi memoria, y no olvidaré en mis oraciones de pedir por la felicidad de ese caballero.

—Y si vuelve á visitaros, dijo Cecilia, espero que trates de nuevo saber su apellido y reparar si lleva en el pecho un pequeño alfiler con un retrato de señora, rodeado de brillantes: si así sucediese, haz porque en vuestra carta la sílaba SI, venga repetida algunas ocasiones, ó el NO en caso contrario; porque ha despertado su accion tan vivísima curiosidad en mí que deseo saber quien es.

—Yo os ofrezco, señorita, hacerlo como deseais, y pluguiera al cielo que se os ofrecieran otros servicios, en que yo pudiera demostrar mi gratitud eterna, por la parte que toma vuestra señora madre en esa benéfica accion, que hace la felicidad de mi madre, la mia, y la de mi Ernesto.

Apareció Doña Rosa y la anciana en la sala, llevando ésta una carta en sus manos.

Cecilia se aproximó á su madre, le habló dos palabras, y ella le hizo un signo de aprobacion.

La despedida de la madre y la hija pobres, á la madre é hija ricas, fué conmovedora; jamas la gratitud se habia demostrado mas elocuente, que con las sencillas palabras que una y otra dirijieron á Doña Rosa y á Cecilia.

Mlle. Elena llegó á ellas: un criado la seguia con un cesto de mimbres que puso en la sala, y entregó á Cecilia un pequeño bulto.

—Querida Matilde, le dijo la bella matancera, por si no nos volvemos á ver, toma mi regalo de boda, sencillo y de poco valor; pero que te servirá para recordarme.

Y le entregaba un sencillo aderezo de oro y perlitas pequeñas, un abanico precioso de nácar y un pañuelo de olan.

Matilde lloraba, su madre tambien; la noble Doña Rosa ocultaba su emocion.

—En ese cesto, dijo Cecilia, van algunos cortes de túnicos y algunas cositas mas para tí y tu madre; acéptenlas en nombre de mamá y de papá.

—Que tienen un ángel en su hija y la bendicion de Dios y de los pobres, dijo la anciana ahogada por los sollozos.

—Andrés, esclamó Doña Rosa, lleva ese cesto al carruaje; despues conducirás á estas señoras á casa de Doña Segismunda, y desde allí á su casa, si es que no necesitan el carruaje, para otra diligencia.

Imposible nos es pintar el modo con que aquella pobre familia salió de la casa; se despidieron sollozando y entraron en el magnífico carruaje que las esperaba.

Doña Rosa y la gentil vírgen tenian pintadas en el rostro la satisfaccion, esa satisfaccion en que hay un destello de la Divinidad, porque desde su omnipotente trono, manda Dios ese placer jamas

sentido por los criminales hipócritas, y que es la sublime recompensa de las almas justas.

—Mamá, Matilde es muy bonita, dijo Cecilia.

—Pues no ha de serlo, hija, si se pinta en su rostro, la virtud probada en el crisol del infortunio.

—¿Y has visto qué casualidad la de nombrarse Ernesto, ese honrado jóven con quien va á casarse?

—Si lo es.

—Parece que ese nombre está destinado á servir de distintivo á los buenos: me acordé tanto de mi hermano, hoy encerrado en ese hospital que debe ser mas triste que el de Paula.

—¿Pero quién será ese jóven que llevó la noticia á casa de Matilde?

Cecilia palideció y calló.

—Y no hay remedio; debe ser hijo ó nieto de alguna de las señoras de la junta, porque está muy bien enterado de los pormenores.

Cecilia meditó que efectivamente su madre tenia razon, y dijo para sí: ¡Dios mio, será él!

—En fin, hija, hoy hemos hecho algo en obsequio de los desvalidos, y puedes divertirte esta noche, porque se han enjugado algunas lágrimas. Ten siempre en tu memoria las miserias que has visto hoy, para que ni el fausto ni el lujo te llenen de orgullo; los bienes terrenales son efímeros completamente, y pueden desaparecer con suma facilidad; pero los tesoros del alma, jamas; porque aun despues de la muerte, tienen su recompensa en el cielo.

La escena que acabamos de pintar es una escena histórica en todos sus detalles, y si amargas horas hemos visto pasar á los infortunados que gimen en la miseria, y sirven de pasto á los que pueden; tambien conservamos en nuestra memoria, esos rasgos de felicidad y filantropía, que tan indeleblemente quedan grabados en el alma, haciendo que todos reverenciemos á ciertas familias que hacen el bien en secreto, y sin desear lucir, porque es como la misericordia del Omnipotente que cobija bajo sus brazos paternales y no se hace visible mas que al necesitado.

La anciana y Matilde iban en el carruaje ébrias de gozo; habian probado el néctar de la felicidad despues de haber apurado el acíbar: á los amargos dias que habian pasado con las desgracias de la familia de Ernesto sucederian los de paz y ventura; porque el jóven

era honrado y trabajador; ellas ganaban un peso diario con la costura, y no habia que hacer sacrificio alguno para el matrimonio contando con aquel dote que Dios les mandaba por conducto de de las caritativas señoras. Formaban el plan de ser muy económicas en los gastos, y si algo sobraba de la cantidad con que iban á ser socorridas, imponerla, para ayuda de ellos: en fin, trazaban bellísimos planes para el porvenir y deliraban. Si formar castillos en el aire es un placer, cuando estos se forman en cimientos sólidos, causan una sensacion, triplemente mas grata.

En cuanto á la célebre Doña Segismunda, ya podrán comprender nuestros lectores, lo asombrada que se quedaria con aquella inesperada visita, y se hace preciso que nuestros lectores gocen de esa escena tan sorprendente.

El carruaje llegó á las puertas de su casa, y su estúpido portero, al reconocer la librea de D. Ambrosio se apresuró á ponerles el brazo; pero hizo una *mueca* retirándolo, en señal de haberse engañado al ver los túnicos de percal y los pañolones que las cubrian.

—¿Qué se ofrece? dijo con insolente altivez.

—Entregar una carta á la señora Doña Segismunda.

—Venga.

—No puedo; tengo que entregarla en persona.

Y sin decirles que se sentaran en el banco que allí habia, tomó las escaleras.

Momentos despues se asomó por la ventana y dijo:

—¿De quién es la carta?

—De la señora Doña Rosa de***

El orgulloso guarda-puerta, volvió á subir.

—Que pasen ustedes, dijo con la cara algo mas alegre.

—La anciana y Matilde se encontraron al instante al frente de la fea catadura de Doña Segismunda, é instantáneamente hicieron en su imaginacion un paralelo entre las dos señoras que habian visitado en aquella mañana.

—¿Con que sois portadoras de una carta de mi querida amiga Doña Rosa? dijo esforzándose para que en sus labios apareciese una sonrisa.

—Sí señora.

—Pues sentaos, si gustais y veremos la carta.

—La anciana le entregó el billete, y madre é hija tomaron asiento en el estrado.

Por mucho que quiso disfrazar Doña Segismunda el efecto que le hacia aquel manuscrito, era tanto, que se asomaba á sus ojos y se retrataba en su fisonomía: la mano con que sugetaba el papel, tenia un ligero temblor convulsivo, que era la prueba mas evidente de su rabia, y haciendo un poderoso esfuerzo superior á su voluntad, se dirijió con la ligereza que le permitia su mole al estrado y dijo:

—¿Con que eres tú, Matilde?

—Una servidora de usted.

—Yo lo soy tuya. Efectivamente, dijo tartamudeando, no recuerdo por qué conducto llegó á nosotras la desgracia en que estaba vuestra familia y las virtudes que os adornaban, y *resolvimos* hacer algo en *obsequio* de ustedes: se hizo una junta que estuvo muy concurrida, y todas las señoras convinieron en lo del dote, inclusa Doña Rosa, que al momento dió seis onzas con ese objeto, de las que soy depositaria: mañana ó pasado podremos saber á cuanto llega lo recolectado, y entónces en presencia de un escribano, se os entregará por mí la cantidad reunida.

Apesar de la sequedad y voz gangosa para espresarse, de Doña Segismunda, la virtuosa anciana como su hija les dieron las mas espresivas gracias por sus favores, diciéndole que volverian cuando ella les avisara.

—Pasado mañana, hijitas, pasado mañana; porque hoy, con motivo del baile que se dá á la linda Cecilia, no sé si nos podremos reunir, y en tal caso será mañana.

Hizo una cortesía á la pobre familia, y estas descendieron de la gran sala; contentas, porque veian realizadas sus esperanzas, pero haciendo comparaciones de nuevo sobre el recibimiento de una y otra señora.

Cuando Doña Segismunda se vió sola, desfogó su cólera y esclamó:

¡Con que se burlan de nosotras! ¡Con que hay una mano oculta que hace de lo blanco negro y de lo negro blanco, valiéndose de nuestras mismas armas para herirnos!.... ¡ay! si la llego á descubrir! si sabemos de donde nacen esos planes! pero no hay que perder tiempo, reunamos á nuestras asociadas, porque esta es una

cuestion de honra, y es muy fácil caer en un *ridículo espantoso*; es preciso que seamos caritativas de por fuerza, que le formemos un dote á esa endiablada aparecida de Matilde, porque si nos negamos á ello, despues que esa noticia anda hasta por los suburbios de la ciudad; nuestro plan va por tierra y sabrá Doña Rosa hasta las intrigas del hospital de Paula.... Pero señor, ¿quién será el que nos vende? quién el que así nos hiere?

Tiró del cordon de una campanilla, y Dorotea se presentó llorosa.

—No mas *gerimiqueos*, no mas, ¿lo oyes? á D. Braulio el portero que suba.

La pantera no cabia en la jaula, sus venas estaban inyectadas, sus ojos enrogecidos, sus labios temblaban convulsivamente, y todo demostraba que la maldad tiene dias de amarguras en que purga sus pecados en la misma escena que los ha cometido.

Doña Segismunda abrió una carpetica, vió la lista de las asociadas y esclamó:

—Es imposible escribirlas á todas: bastará una carta con pocas palabras, y que D. Braulio la presente á cada una.

Y escribió:

"El *Ocaso* necesita hoy la eficaz cooperacion de todas sus hermanas; nuestro respetable nombre está espuesto á un fracaso. A las cinco de la tarde en casa de la Marquesa de***

SEGISMUNDA."

D. Braulio estaba en frente de la señora y ésta no lo veia.

—D. Braulio ó D. Demonio! dijo sin poderse contener, mirando hácia la puerta de la antesala.

—Aquí estoy, señora, aquí estoy!, dijo el portero espantado.

—Ah! ¿estábais ahí? pues tomad esa lista, y que no se olvide ninguna de las anotadas para que se enteren de esta carta, cuidado D. Braulio, de que lea ese papel persona alguna que no sea de las que están en la lista.

—No tenga usted cuidado, señora.

—Mandad que os preparen un caballo; pues en una hora ú hora y media cuando mas, han de estar todas enteradas.

—Así lo haré.

Y cuando llegue el mayordomo al escritorio, que suba.

—Está muy bien.

—A Melchor, que el coche esté listo á las ocho para el baile del Cerro.

—Muy bien: ¿me retiro?

—Falta algo, el carruaje con pareja, que lo tenga Nicolas enganchado á las cuatro y media.

—Estará; ¿puedo retirarme? dijo el portero viendo que Doña Segismunda callaba.

—No, queda algo, cerrad la reja de la escalera para indicar que no estoy en casa, y así dareis órden de que lo diga el que quede en el zaguan; para todos estoy invisible, para todos, inclusos mis sobrinos, traviesos diablillos á quienes es menester quebrarles las piernas.

—¿Habeis concluido?....

—Sí, y á escape.

El hipócrita portero no esperó á que se lo volviesen á repetir, y abandonó la sala.

Doña Segismunda se habia dejado caer en un gran sillon, colérica ó rabiosa, al ver de qué manera tan estraña, lo que ella juzgó un daño para la familia de D. Ambrosio, resultaba para ellas.

¿Quién será, decia, el que dirije estos planes? es preciso descubrir esa mano, y atarla muy corta, porque nos vá á desesperar; así se echan por el suelo nuestros pensamientos como si fuesen castillos de baraja!

Las asociadas del *Ocaso*, no se hicieron esperar, pues á las cinco estaban reunidas y maravilladas, al ver que la fábula inventada por Doña Segismunda, para salir de la crítica situacion en que se encontró, se habia convertido en realidad: que era forzoso el dote, porque Doña Rosa tendria mucho derecho, no solo á dudar de ellas, por haberles asegurado una mentira, sino á tenerlas por criminales, estafándole seis onzas que habia dado con ese objeto.

Todas sentian el golpe teatral que esperimentaban, pero con particularidad las mas egoistas.

—No hay remedio, dijo Doña Segismunda; hénos aquí en la necesidad de dotar á Matilde, cuya lista de suscricion pide Doña Rosa para dar una copia á la jóven; pues así se lo ha ofrecido, como vereis por esa carta, en que tambien están en los detalles el como llegó á oidos de esa familia, mi noticia ó subterfugio, que tan caro nos ha de costar.

—Ea, Sras.! dijo la Marquesa, vamos al sacrificio, y recordad, que una que no es de la *sangre azul*, ha dado seis onzas y que no debe quedar ella en primera línea.

Empezaron á inscribirse en la lista, que se formó al efecto, y la mas *económica* se anotó con ocho onzas, de modo que el capital de la jóven pobre hacia una magnífica jugada de bolsa; ninguna queria dar menos que Doña Rosa, por efecto de las recomendaciones de la marquesa; sin ver, que la ofrenda pura, sincera, espontánea, de aquella buena madre, era aceptada ante los ojos de Dios, mientras que las otras, no tenia valor ninguno ante los ojos del Omnipotente.

Doña Segismunda sumó y dijo:

—Ave María Purísima! qué dolor! que esa *costurera de baratillo* se lleve esto, porque es una verdadera lotería; 442 onzas! ó séanse 7514 pesos! de los cuales 102 pertenecen á nuestra víctima y el resto á nosotras.

—A la zorra candilazo, replicó Doña Eduvijis, sin poderse contener.

—Tiene usted razon, señora, dijo la presidenta; y si vuestro sobrino el erudito de la violeta, tuviera noticias de esta aventura, sin duda que escribia un melodrama en que figuraríamos muchas de nosotras.

—Afortunadamente, no lo sabrá, contestó Doña Eduvijis.

Doña Segismunda estaba verde, como un camaleon de nuestros campos; apenas podia hablar, porque veia que un poder superior á sus maquiavélicos planes le hacia una fuerte oposicion.

Tomó la segunda carta, rasgó el sobre, y un targeton apareció á sus ojos, en el que en letras grandes se leia: BILLA Y CARAMBOLA.

Los irritados ojos de Doña Segismunda se fijaron en el targeton; no comprendia lo que aquello queria decir, pero su corazon le dictaba que era un sangriento epígrama.

—Y bien, señora, dijeron algunas asociadas ¿qué dice la otra carta?

Doña Segismunda no se atrevió á repetir las palabras, elevó el targeton en su mano, y todas pudieron leer BILLA Y CARAMBOLA; unas se rieron, otras enmudecieron y algunas se quedaron tranquilas.

—Qué geroglífico es ese? dijo Doña Eduvijis.

—Eso pregunto yo, replicó colérica la presidenta, ¿quién ha traido esta carta, señora Marquesa?

—Lo ignoro; la primera es del Administrador del hospital de Paula: la segunda no sé que mano la ha colocado ahí.—D. Bonifacio! D. Bonifacio! gritó la Marquesa.

—Mande V., señora, dijo el mayordomo, presentándose.

¿Quién ha puesto aquí esta carta?

—Lo ignoro; acabo de llegar de la calle.

—Pregunte usted al portero, si despues de la carta que vino de Paula, le han entregado otra.

D. Bonifacio dió una vuelta sobre sus talones, desapareció y volvió al momento: dice que ninguna, que en todo el dia no ha recibido mas que una carta.

—Pues señor, ya hay duendes, dijo la presidenta, con un tono que demostraba su rabia. ¡Si tendremos entre nosotras, quien juegue con dos barajas!

—Pero qué se deduce de este targeton?

—Lo ignoro, porque yo nunca he jugado al billar; ni sé que significado tienen esas voces. A ver, D. Bonifacio, ¿qué espresan estas dos palabras que vé usted en este targeton?

—Señora; hace mas de veinte años que no juego al billar; pero en mi tiempo, billa era la jugada de meter en la tronera la bola contraria.

—Exacto, dijo Doña Segismunda, pues nos han hecho billa en nuestro juego, y *billa* que nos cuesta 7,412 pesos: ¿y *carambola?* dijo Doña Segismunda, mordiéndose el labio inferior hasta hacerse sangre.

—Carambola, esclamó D. Bonifacio ya medio asombrado; era jugada con tres bolas, tirando una, de suerte que toque á las otras dos

—Magníficamente, esclamó la presidenta hecha una hiena; nos han hecho juego de carambola. Nosotras llenamos el hospital de Paula de pobres, empleamos nuestro tiempo y paciencia, para que ella gastase algunos escudos; se apareció un arrepentido, que es la segunda bola, y ese rechazo, no solo tocó con Doña Rosa, que ha ganado bendiciones, gloria y popularidad, sin sacrificar un medio, sino que á nosotras nos han hecho *billa* y *carambola.*

—¿Se ofrece otra cosa? esclamó D. Bonifacio, estupefacto de ver á las señoras jugando, mentalmente al billar.

—Que mañana, esclamó Doña Segismunda con imperioso tono aviseis al escribano de la Marquesa que esté aquí á la una del dia para hacer entrega del dote; retiraos. Señoras ya lo sabeis; mañana á la una se consuma nuestra filantrópica obra; las que deseen asistir que no olviden la hora.

—Tomo la palabra, dijo una vieja con su voz gangosa.

—La tiene usted.

Es solo para decir que nos las hemos lucido, y que si por el primer paso se sacan las consecuencias de los otros, vamos á necesitar las minas del Potosí.

—Eso es, dijo la presidenta; despues del siniestro, la injuria; despues del batacazo, en vez del remedio, la burla. ¿Qué quiere usted que haga, señora? ha sido vendido nuestro estratégico plan. *El Oriente* se penetró de él, puso en movimiento muy bien convinado á sus secuaces; y ya vé usted, dijo elevando el targeton, porque su boca no podia repetir aquellas palabras.

—Sí, sí, dijeron todas, BILLA Y CARAMBOLA.

—Pues bien, dijo Doña Eduvijis, al baile ahora.

—Eso es, al baile, al baile, dijo Doña Altagracia; á celebrar nosotras el triunfo de los chicos, á presenciar las ovaciones que se le consagrarán á Cecilia, y tragar veneno viendo la impotencia del *Ocaso*; nuestras mal cubiertas arrugas, nuestra poca ligereza, en contraste con la alegre juventud, que estará orgullosa y altiva con el triunfo, respirando alegría: al baile, al baile para penetrarnos de lo que somos, de lo poco que valemos.

—Callad, señora, por Dios! callad; y suplico que nadie falte á ese baile; porque por cada una de nosotras que no vaya habrá una sonrisa de satisfaccion, y si demostramos nuestro enojo, espresamos tácitamente, que nos ha hecho mucho daño lo que dice este targeton, y lo volvió á elevar para que ninguna olvidase las fatídicas palabras. ¿Me prometeis visitar esta noche la quinta?

—Lo prometemos.

—Acaso allí tenga un pensamiento feliz, porque ahora estoy demasiado agitada, para pensar en la represalia, nos deben dos y buenas, y es preciso que nos las paguen. Antes de suspender la sesion señoras, decidme; ¿de dónde han sacado dinero los chicos para ese baile? ¿á ninguna de vosotras les han pedido?

Todas hicieron un movimiento negativo.

—Si es así, bueno, porque ellos, haciendo salvas, han de gastar la pólvora, y despues veremos con que municiones hacen la guerra.

—Yo creo, dijo Doña Eduvijis, que ellos tienen tambien protectores, entre los que no están en la primera juventud, pues á esa edad de locura y delirio, no se tiene tanto tino y tacto para dar golpes certeros como los que acabamos de sufrir.

—Eso no es nada, esclamó Doña Segismunda, reponiéndose; que no entre en nosotras el desaliento, porque ya no debemos retroceder y seríamos objetos de contínuas burlas, por los asociados de *El Oriente:* alta la frente y al baile esta noche; la sonrisa en los labios, el odio en el corazon; celebrar la belleza de Cecilia en todos los tonos conocidos, el buen gusto de su madre, la amabilidad del padre: lo primero que hay que temer, es no inspirarles desconfianza, porque se pondrán á la defensiva, y entónces son mas difíciles los golpes que les podamos dar. Al baile, al baile: carillo nos cuesta el *paraninfo* que Matanzas nos proporciona; pero no hay mas que tener paciencia, y adelante; no olvidemos que se trata de evitar un matrimonio que enlace á esa familia con nuestra aristocracia, y entónces, bella, rica y con un título, ¿quién la resiste? Lo dicho y nada mas; al baile con la sonrisa en los labios y el odio en el corazon.

XIII.

EL BAILE.

La quinta que ya conocen nuestros lectores, por haberse reunido en ella la juventud que forma la sociedad de *El Oriente*, está desconocida: á ella los llevaremos con gusto.

La fachada esterior de la quinta estaba profusamente iluminada con multitud de farolillos chinescos que la hacian sumamente pintoresca.

La sala figuraba un jardin artificial, la realizacion del sueño de un poeta oriental; tal era el gusto con que estaban imitadas las caprichosas palmas de un precioso verde, en las cuales se enredaban guirnaldas de preciosas flores de las mas bellas que el reino de Flora ha producido.

Por primera vez en la Habana, se veia una alfombra en el pavimento de la sala, que imitaba uno de esos céspedes que decoran el hermoso valle del Yumurí: para que fuera mas bella y elegante figuraba estar regada de multitud de flores, tan perfectamente estampadas que parecian naturales. Los pabellones formados de flores y ramas, de un trabajo esquisito; rosetones de la misma clase, y ademas, cestos de florecillas muy menudas, figuraban copa á cada bombillo de cristal de colores, que en número notable daban luz fulgente á la preciosa sala.

Los salones improvisados en el patio y jardin, eran retretes perfumados: por todas partes penetraba el aroma de las flores que los rodeaban; estaban tan bien decorados y entapizados, que no era posible decir que faltase nada de lo que constituye un salon de buen tono; y tan iluminados, que robaban su claridad al dia: en el

amplio comedor de la sala se veia un tablado pequeño, que representaba el templo de Apolo, y en él estaba encerrada la numerosa orquesta que debia dar animacion con sus armonías á la concurrencia.

En una hermosa glorieta, que pudiera decirse canastillo de flores por los preciosos ramilletes y bellos adornos que tenia, estaba una gran mesa en forma de herradura, cubierta de ricos manjares y vinos delicados: y con un servicio especial de cuarenta criados, vestidos de etiqueta, y á las órdenes del hábil repostero, que tenia á su cargo esa indispensable seccion de toda gran fiesta. Al centro de la mesa se elevaba un notable ramillete, dedicado á la bella Cecilia: veíase en primer término la bahia de Matanzas con algunos buques, y sus dos castillos, San Severino y el Morrilló: al frente el puente del Yumurí, y en lontananza la agreste Abra, con su gran montaña dividida, y el rio imitado con cristal, pasando por su centro; y para completar el cuadro de recuerdos para la familia, terminaba esa decoracion de dulce, con el gigantesco Pan de Matanzas, á quien nuestro gran poeta dijo con el corazon lleno de amargura:

Es el Pan.....en su falda respiran
El amigo mas fino y constante,
Y mi madre, mi hermana, mi amante,
Que tesoros de amor tengo allí.

Ya que hemos dado una vuelta por los salones de la quinta, y nos hemos enterado de la espléndida manera con que han sido decorados; vamos á presenciar la entrada de las bellas hijas del Almendares, que acuden á gozar del notable, baile desplegando todos los recursos del lujo y de la elegancia.

Cada una de las que entraba hacia olvidar á la anterior, y tal parecia que habia una rivalidad entre ellas para aparecer mas hermosas.

Entre esas bellas flores, aparecian tambien algunas de las asociadas de *El Ocaso*, las que por mas que querian evitarlo, se asombraban al ver el lujo desplegado por *El Oriente*. Personas muy curiosas notaban que muchas de las señoras tenian un alfilerito negro enteramente igual, en el pecho, y que en la solapa de los elegantes fracs de algunos jóvenes, se veia en una diminuta esmeralda mon-

tada en oro; señales que sin duda servirian de distintivo á las dos sociedades.

Manuel, ó séase el Conde de***, con ocho ó diez de los asociados, hacian los honores de la casa.

Llegó Doña Segismunda, y el loco de Oliverio, le brindó su brazo para llevarla al punto que ella eligiese.

—Lo veremos todo primero, dijo Doña Segismunda al oir la invitacion; pues es tanto lo que han hablado del lujo de este sarao que deseo persuadirme del buen gusto de nuestros jóvenes aristócratas.

Oliverio se prestó á ello, y la iba conduciendo de salon en salon, haciendo Doña Segismunda los mas exagerados elojios de todo lo que veia; hasta que al pasar por una de las artificiales palmas que hemos descrito resonó en su oido una voz estraña que dijo:

—*Billa y carambola.*

Doña Segismunda se enrojeció y abandonó el brazo de Oliverio, tomando la silla mas próxima, y dejándose caer en ella como abrumada de un gran peso.

Las nueve de la noche serian, cuando se presentó en la quinta la familia de D. Ambrosio.

Ya sabemos el vestido que lleva Cecilia, y es fácil formarse una idea de cuan bella estaria con el trage de *Aurora*, puesto que era una aurora de Abril, sin necesidad de aquel magnífico, vaporoso y espiritual trage, que la mas notable costurera de Paris habia preparado para la bella criolla.

El mismo ó mayor efecto que hizo Cecilia en los salones de la Capitania General, logró en los de la quinta del Conde de***, solo que en aquel sarao, se presentaba en el mundo por primera vez, nadie la conocia, ni sabia ella con quien debia bailar; en éste, muy al contrario, de antemano estaba obligada por los ruegos, de varios jóvenes á las danzas, rigodones, schottis, &c.

Manuel, que habia estado vigilando la llegada de la familia, para tener el gusto de ofrecer el brazo á Cecilia, atravesó con ella, radiante de orgullo y felicidad, aquellos iluminados salones. Un murmullo de aprobacion fué la señal de que Cecilia estaba demasiado elegante para los de *El Oriente* y muy tentadora para *El Ocaso*: y si algunas de aquellas señoras, que constituian esa sociedad, hubieran notado en la fisonomía de Cecilia, el efecto que le hizo la

presencia del jóven Conde; si hubieran *visto* que éste, sin embargo de estar acostumbrado, á esas grandes funciones, apenas supo ofrecer su brazo á la jóven; ya tendrian cuando menos, un blanco para sus tiros y nuevas tramas, para evitar que con el tiempo pudiera resultar un casamiento que tanto les desagradaba.

Los salones estaban llenos de hermosas y elegantes señoras que demostraban con el lujo de sus trages la riqueza de la capital de Cuba, y en sus sínceros elogios á la jóven obsequiada, daban una prueba de que no toda la aristocracia pertenecia al *Club de las Viejas*; que no todas tenian aquellas diabólicas ideas, y que la juventud, belleza é inocencia de Cecilia, era una trinidad capaz de atraer las generales simpatías de toda persona que no estuviese dominada por un pensamiento hostil hácia ella como muchas de las señoras de *El Ocaso*.

Llegó el momento de bailar: la magnífica orquesta brotó un raudal de armonías, y Manuel se presentó ante Cecilia, manifestando en su fisonomía el placer que le causaba aquel tan esperado momento.

Ella le tendió su pequeña mano, encerrada en un guante de finísima cabritilla: el corazon de Cecilia latia violentamente, porque aquel jóven le habla de amor; palabras que habian llegado á su alma y que no podia olvidar, porque eran en fin, los primeros sentimientos de esas emociones inesplicables, los primeros besos que dá el céfiro en la flor que acaba de abrir sus pétalos, para mostrar su belleza al mundo.

—Cuán feliz soy! dijo Manuel, con esa dulzura de voz que no se puede imitar porque solo el amor la proporciona.

—Feliz! ¿y por qué? dijo Cecilia mas conmovida.

—Porque al fin llega un momento en que tengo el gusto de veros cerca de mí; porque se realiza un sueño que por tanto tiempo he esperado, que me ha seguido en todos mis paseos; en fin, Cecilia, porque puedo hablaros.

—¡Hablarme!

—Hablaros, sí, porque el placer de veros todos los dias, yo me lo proporciono vigilando vuestras salidas al balcon, vuestros paseos; pero siempre á una gran distancia, siempre lejos de usted, y no como ahora, que tengo el placer de ver vuestros ojos de cielo, vuestra angelical belleza.

Cecilia bajó sus ojos; era la sensitiva, que no podia resistir tan de cerca la magnética influencia del enamorado jóven.

—Delirais, Manuel; ni mi belleza, ni mis virtudes, son dignas de que espongais vuestra vida, haciendo atrevidas ascenciones, para llegar á las ventanas del hospital de Paula.

—Y qué me importaba cuando iba á veros como al ángel de la caridad consolando á los afligidos, á aquellas pobres enfermas que que he envidiado, Cecilia, porque les habeis dirijido tan dulces, tan consoladoras palabras como las que necesita tambien mi corazon.

Cecilia comprendió que si no interrumpia al jóven Conde, iba á repetir el billete que le habia mandado y dijo:

—Os acordais de la pobre loca? ¡infeliz! ¡cuánto me hizo sufrir creyéndose que yo era su hija!

—Ah! Cecilia! no me recordeis esa escena porque cuando os ví en brazos de aquella demente, cuando creí que os iba á hacer daño, pedí á Dios las fuerzas de un Sanson, para hacer saltar aquella ventana y salvaros del daño que pudiera haceros; ¿por qué os esponeis á esos riesgos? ¿no sabeis que la atmósfera de un hospital puede haceros mucho daño? haced esas limosnas; pero no espongais vuestra preciosa vida á esos peligros.

—Si supiéseis que grato es hacer el bien por nuestra mano! si comprendiéseis cuán satisfecho queda el corazon despues de hacer una visita á esos establecimientos piadosos; entónces comprenderiais, que lejos de haberme disgustado por aquel acontecimiento, repetiré las visitas cada una vez que me sea posible.

—Sois un ángel.

—No prodigueis mucho esa palabra hablando de mí, Manuel, porque es una heregia que disfrazais con vuestra natural galantería.

—Mi billete.... balbuceó el jóven Conde.

Cecilia no respondió.

—Mi billete, repitió, era ya necesario, no me era posible callar mas tiempo, y mas cuando sabia que otros tenian el placer de veros mas de cerca, sin amaros tanto quizás.

Este diálogo era interrumpido muy amenudo por serles indispensable tener que tomar parte en la danza.

El jóven Conde evitaba imitar á la vulgaridad de los amantes y sus ridículas declaraciones; pero notaba con sentimiento que se iba resbalando hácia lo mismo que hacen todos, y que de no hacerlo,

iba á perder la noche que tan buena se le presentaba; porque tenia esperanzas de bailar dos danzas mas con la bellísima jóven.

Cecilia quería evitar con todos los recursos que la sugeria su mente, que el jóven Conde le declarase su amor; su corazon estaba muy conmovido; habia algo en él, que si bien no era amor sí una simpatía hácia el jóven aristócrata que podia pasar á mayor categoría en la escala de las afecciones.

Algunas de las jóvenes de la aristocracia veian con sentimiento el sostenido diálogo que Manuel y Cecilia tenian en la danza; ya se figuraban, que siendo ella tan jóven, tan elegante, tan inocente, y la *notabilidad del dia*, no estaria Manuel hablándole de cosas indiferentes, sino que trataria de atraerse el cariño de su tierno corazon, triunfo que le valdría la aprobacion de todos los que aplaudian á la dichosa hija del Yumurí.

Las señoras de los alfileritos negros, no cesaban de hacer elogios de Cecilia, de Doña Rosa y hasta de Don Ambrosio; siguiendo con la vista á la elegante pareja, que figuraba en la danza que se bailaba en la sala.

Multitud de curiosos habia al frente de la quinta, para ver por las rejas aquel espléndido sarao, y cada uno de los *mirones* ó *mironas* demostraba de algun modo lo que sentian contemplando aquel cuadro animador; algunos jóvenes pobres, envidiaban la riqueza de los que habia en el baile; sus elegantes trages, y el placer de bailar con aquellas hermosas mugeres tan bellas, tan blancas, de tan finas maneras; deseaban tener aquellos ricos vestidos, aquellos preciosos peinados, aquella vida de placeres: otras mas positivistas no deseaban mas que tener los brillantes que allí figuraban, y qué podian hacer la felicidad de muchos.

Un pequeño grupo de varias señoras y un jóven, ni se ocupaban de brillantes ni de envidiar la suerte de aquellos hijos mimados de la fortuna; pues una anciana y una graciosa jóven, registraban por las rejas con sus miradas, á fin de convencerse de que no era una ilusion lo que contemplaban.

—El es, mamá! él es, dijo la graciosa jóven con el mayor entusiasmo.

—Mira bien, hija, no te equivoques, replicó la anciana.

No me equivoco, mamá, él es ... mira, mira por la derecha el que baila ahora; y sabes con quién? con la hija de esa Santa Señora á quien deberemos nuestra felicidad.

—¿Cuál es, Matilde? dijo el jóven que las acompañaba, y cuya figura sin ser notable, era de esas que siempre se ven con agrado.

—Mira por la ventana de la derecha; una, dos, tres, cuatro, la quinta pareja,.... ¿lo ves?

—Sí..... ¿y ese es Manuel, el jóven que estuvo en casa de ustedes'

—El mismo, dijo la jóven.

—Luego, no es un pobre?

—Ya lo ves; ¿pero no es verdad que Cecilia es un ángel?

—Es una belleza perfecta.... pero tú eres mas bella, agregó inmediatamente el jóven, temeroso de haberla ofendido.

—Mentiroso! esclamó ella.

—Pero, sabes Matilde, que me llama mucho la atencion, el que ese elegante jóven las haya engañado á ustedes fingiéndose pobre.

—Y á mí tambien, dijo la anciana.

—Quién sabe con que objeto lo haria.

—Quien sabe! dijo el jóven; en quien nuestros lectores reconocerán á Ernesto, el futuro esposo de Matilde; pero éste ¡quién sabe! del honrado jóven, fué pronunciado con tanta amargura, que Matilde le dijo:

—¿Qué tienes, Ernesto?

—Nada, nada, amada mia; que me canso de ver riquezas y de contemplarme pobre; que veo el contraste que ofrece esa bella Cecila, luciendo por la elegancia de sus trages, mientras que tú vienes vestida de muselina.

—Ernesto, Ernesto, dijo la virtuosa jóven, no envidieis nada, porque mi ventura, mi felicidad es ser tuya, aun cuando seamos muy pobrecitos.

Ernesto no tenia envidia, tenia celos, porque, por su mente pasaban mil ideas, pensando que el rico jóven se habia presentado como un pobre en la casa de su amada, ¿Qué motivo ha tenido ese jóven para tomarse el trabajo de ir hasta el retirado barrio de Jesus María á dar esa feliz noticia á Doña Maria y á Matilde, ¿quién ha improvisado ese dote? ¿qué méritos hemos contraido nosotros para ello? ¿No será este un lazo igual que el tendido á la infeliz Elena, que hoy es la deshonra de sus padres, y que vive en una casa espléndida, siendo en fin, una muger despreciable, apesar de que tiene un esposo!

Ernesto se pasó la mano por la frente, como queriendo arrancar de su cabeza aquellos fatales pensamientos, pero no le era posible! fijaba sus ojos en Manuel, miraba á Cecilia tan bella, y reflexionaba que, si él amaba á esa jóven, porqué habia de creer que fuese un plan en contra de mi Matilde? pero ¡ay! el seductor de Elena, era tambien amante de una bellísima señorita de la aristocracia, y mas tarde fué su esposa; porque una era para figurar dignamente en el mundo, y la otra para divertirse.—Dios mio! Dios mio! repetia mentalmente, arranca la duda de mi corazon; devuélveme la felicidad.

Matilde, enojada con Ernesto, viendo que en su corazon se hospedaba la envidia, seguia con sus ojos los movimientos de Cecilia, con quien tanto habia simpatizado, y de cuya elegancia estaba enamorada.

Ernesto, en cuyo corazon estaba ya la duda con sus torcedores tormentos, creia que la fijeza de las miradas de Matilde en aquella pareja, era Manuel, y la rabia de los celos se hospedaba en su corazon, con toda la amarga cicuta, que destila esa bastarda pasion.

Matilde que tanto habia gozado con la angelical ternura de Cecilia, con su amabilidad en la primera visita que le habia hecho, contemplaba con verdadera fascinacion, lo bien que estaba, con el vaporoso trage azul y blanco con estrellas de oro que lucia, haciendo realzar doblemente su belleza.

Manuel estaba ébrio de felicidad, porque comprendia que Cecilia, sin darle la mas ligera esperanza de ser correspondido, lo distinguia de todos los demas que la obsequiaban, y juzgaba que solo era obra de algun tiempo el ser amado por Cecilia.

En la sala del baile, los dos jóvenes ricos sentian la felicidad mas apetecida por todos los mortales; al frente de la quinta, Matilde sufria al juzgar que su futuro esposo sentia en su corazon la ambicion y la envidia; y Ernesto, celoso del jóven Conde de***, habia perdido todo el encanto que antes sentia su honrado corazon; sus celos iban en aumento: Matilde no se cansaba de contemplar á la feliz pareja.

Cuando la anciana señora dió la órden de retirada, Ernesto, sin proferir palabra, le dió el brazo y emprendieron la marcha hácia el barrio de Jesus Maria.

Los que han seguido paso á paso los episodios de nuestra historia, los que saben el *por que* Manuel se habia interesado tanto en

el dote improvisado por Doña Segismunda, se reirán de los celos tan infundados y ridículos, si se quiere, del jóven Ernesto; pero tengamos compasion de él, porque los celos ciegan al que siente tan funesta pasion, al que apura una sola gota de su amargura, y hacia fatal efecto en su memoria la historia de Elena que en aquel momento recordó.

Mientras que Manuel y nuestra bella yumurina gozaban de tan felices momentos, sigamos por la calzada del Monte ó de Guadalupe, el grupo que forman Doña María, Matilde y Ernesto y dos ó tres incansables muchachas vecinas de esta familia, que se agregaron á ella para ver el notable baile de que tanto se habian ocupado los periódicos.

Despues de caminar mas de media hora por la referida calzada, doblaron al fin á la izquierda por una sucia y oscura calle cuyo nombre no podemos dar, volvieron á doblar á la izquierda, y dieron golpes á la puerta de una pobre casa, mientras que las muchachas que las acompañaban tocaban á las del frente, dándose mútuamente las buenas noches.

Ernesto estaba silencioso, Matilde tambien, y Doña Maria estrañaba el silencio de sus hijos, pues ya ella los juzgaba como tales: una morena que vivia en un cuarto interior de la casa, y que les habia abierto la puerta, les dijo que allí le habian dejado una carta; Matilde la tomó, rasgó el fino papel de vitela y leyó:

Señora y señorita:

Enhorabuena: asistid á las doce del dia de mañana á la calle de***, número 97 para que recibais el dote de Matilde, de cuyo acto dará fé un escribano, pues se eleva á la suma respetable de 7,514 pesos.

MANUEL.»

Doña María, Matilde, Ernesto y hasta la morena se quedaron espantadas.

—Eso no puede ser!, dijo la anciana.

—No puede ser!, esclamó Matilde.

Ernesto callaba; sus ojos estaban inyectados de sangre; sentia su cabeza pronta á desvanecerse.

—No puede ser, imposible. imposible, dijo la madre volviendo á leer la carta, temiendo que su hija se hubiese equivocado.

—Esto no puede ser, dijo Matilde pálida.

—Sí, dijo Ernesto con voz terrible, es un sueño espantoso, es una horrible pesadilla, de la cual, cuando despertemos, no encontraremos mas que lágrimas.

—¿Por qué, Ernesto? por qué tan fatal vaticinio?

—Porque esta es una trama espantosa, porque eso no es posible, Matilde, porque estás en un lazo férreo. Sí, señora, le dijo á su madre: esto es una trama infame, y es preciso que me ayudeis á salvar á Matilde.

—Estais delirando! dijeron á la vez madre é hija.

—Ah! sí, señora, deliro, porque tengo ante mis ojos una espantosa realidad; porque es preciso que renuncieis á ese dote que no admitais un solo medio.

—Renunciar á ese dote!, dijo Matilde cada vez mas conmovida, imposible.

—Pues esa sola palabra me hace comprender que renunciais á mí, adios!

Y tomó su sombrero para retirarse.

—Aguardaos, caballero, aguardaos, porque la honradez de mi casa es demasiado notoria, para que nos insulteis así, dijo la madre.

Matilde no pudo contestar una palabra; se dejó caer en una silla abrumada por el dolor.

Ernesto parecia un loco; Doña Maria ocupaba el centro de la sala y su actitud era imponente, su mirada centellante, y en su rostro se pintaba la indignacion.

Esta escena estaba débilmente iluminada por una vela de sebo.

—Esplicaos, caballero, esplicaos.

—Me esplicaré, señora, ya que lo quereis; pero júrame por Dios, Matilde, que estás inocente.

Un grito desgarrador de la jóven, fué la contestacion de aquellas imprudentes palabras.

Matilde se habia desmayado: la madre, con una fuerza de voluntad superior á sus años, con un valor casi inverosímil, tratándose de su hija, se aproximó á la mesa, tomó una botellita de aguardiente y se la dió á la etiope para que la auxiliase.

Ernesto quiso favorecer á Matilde, pero ella se interpuso y le dijo con varonil energía:

—No la toqueis, caballero, no la toqueis, porque sois indigno de ella.

Ernesto no dió un paso; la dignidad de Doña Maria era capaz de contener al hombre mas audaz.

—Esplicaos, le dijo la anciana.

—No puedo, señora, no puedo.

—Y ha podido usted herir el corazon de esa infeliz, que no tiene mas delito que amarle.

—Señora, por Dios, renunciad á ese dote; renunciad á él: yo trabajaré mucho, no solo durante el dia, sino durante la noche, para reunir lo suficiente, siempre que Matilde me jure...

—Qué ha de juraros?

—No admitir ese dinero.

—¿Y porqué no se ha de admitir?

Ernesto hizo un esfuerzo prodijioso y esclamó:

—Señora! señora! porque puede ser el precio de su deshonra, y porque yo no debo entregar mi mano, sino á una mujer muy pura.

—Retiraos, caballero, retiraos!

Ernesto quiso hablar.

—Ni una palabra mas!

Doña Maria abrió la puerta de la calle, entregó el sombrero á Ernesto, le señaló la salida, y tras de él rechinó la cerradura. Doña María enjugó una lágrima que se escapó de sus ojos, corrió hácia su hija, la llenó de besos, y ayudada por la morena, la puso en el lecho, para hacerla volver de aquel letargo: así que la vió tranquila, se arrodilló ante la imágen de una Dolorosa y oró largo rato.

Ernesto estaba casi acostado en las piedras que servian de sardinel á la puerta, y aplicaba el oido para no perder ni una palabra: el silencio profundo que notaba en la casa lo llenaba de dolor; estaba loco, completamente loco: sentóse en la misma piedra y dijo: ¿qué debo hacer? ese jóven me ha arrebatado la felicidad; no queda duda; Matilde no ha podido soportar mi acusacion; ¿para cuando se reservan los puñales? para cuando se deja la venganza?—Ah! sí, sí, al salir de esa quinta, puedo ver á ese jóven y arrebatarle la vida como él me ha robado mi ventura: marchemos pues, marchemos.—Adios, Matilde, adios! acaso un paso de la ligereza de tu poco amor, me proporciona el cadalso, pero lo prefiero, á no vengarme de la injuria que he recibido.

Ernesto, loco, delirante, se perdió por las oscuras calles del barrio de Jesus Maria, resuelto á apostarse cerca de la quinta y vengarse de la soñada ofensa que le habia hecho Manuel.

¿Quién al mirar la rapidez con que marchaba ese desgraciado jóven por las oscuras y fangosas calles del barrio mas pobre de los estramuros de la Habana, no lo juzgaria por un criminal que se escapaba de la policía? él no cesaba de andar y repetir:

—Ella, ella tan pura; ella tan santa, tan honrada; habernos engañado á mí y á su madre; á su pobre madre, que cree aun que por caridad le dan tantos millares de pesos. Caridad! caridad! cómo te ponen de fantasma, burlándose de lo mas sagrado que hay en el mundo; pero ¡ay! caro te ha de costar el haberme arrancado mi tesoro; la joya mas estimada de mi alma, con cuya memoria trabajaba sin descanso para hacerme digno de ella. Así se le arreba al pobre lo único que puede gozar en la vida!—Sangre! sangre! y sangre!

Cuando decia esas fatídicas palabras, llegaba el infeliz Ernesto á la esquina de la calzada del Monte en que está hoy la bótica del *Aguila de Oro*, sentóse un momento en una piedra para descansar un instante y seguir hasta la quinta, esperando próximo á ella, al que él creia causa de todos sus males.

Apenas hubo descansado un rato, cuando ya reflexionaba de distinto modo; pero siempre bajo el principio de que aquel dote era un misterio que no podia tener otra causa, que una trama para deshonrar á la bella jóven que tanto amaba. ¿Porqué dice Matilde, que es imposible renunciar á ese dote? ¿porqué? luego ella cree ese dinero, como una deuda sagrada, cuando todos los que sepan que esa familia ha recibido una gran cantidad de dinero, juzgarán lo que yo pienso, porque en nuestra época egoista no se hacen tan espléndidas limosnas.

Ernesto se enjugó el sudor que corria abundante por su frente y permaneció un momento en silencio.

¡Si yo pudiese enterarme de la entrega de ese dote, si yo pudiese presenciar esa escena, estar en esa casa que tan presente se me ha quedado, y que debe ser la morada de ese fatal Manuel, de esa traidora serpiente que se ha presentado en mi camino para robarme la felicidad? Pero, cómo he de lograr hacerlo, cuando acaso no estarán presentes mas que ese jóven, Doña Maria, mi Matilde y el Es-

cribano? el Escribano! el que ha de dar fé.... ¡Dios mio! Dios mio! qué amargos momentos me reservaba mi fatal suerte! No! no! es mas seguro vengarme de él antes que llegue el mañana.... ya estoy cerca de la casa, llegaré á ella y por primera vez en mi vida haré uso de esas armas que solo he tenido para mi defensa.—Armas, armas, y sangre, y mañana acaso confundido con los criminales, el que siempre ha buscado honradamente la subsistencia para su familia; mañana acaso, sujeto á un juicio criminal, que podrá tener por término un cadalso, y todo, ¿porqué? porque no les basta á esos niños gozar de esas riquezas que la fortuna les ha concedido, no haber trabajado ni una sola hora de su vida, disfrutar de una abundante mesa con ricos y nutritivos manjares, tener magníficos carruajes y cabalgaduras, teatros, bailes, juegos; todo eso es poco para ellos, y les es preciso ir á la casa de las pobres doncellas para fascinarlas con su oro y su lujo, á ofrecerles proteccion, á libertarlas de la miseria á trueque de su deshonra.—¿Y para cuando guarda sus rayos el cielo, que no los aniquila en los momentos que conspiran contra la felicidad de tantos....No hay remedio, la suerte lo ha querido seamos criminales.

Al decir Ernesto estas palabras, casi fuera de sí, echó á correr de nuevo por la calzada, donde lo dejaremos presa de sus horribles dolores para volver al baile.

La escogida y notable concurrencia que ocupaba la quinta del jóven Conde de***, se dirijia en aquellos momentos á la mesa que debian ocupar primero las señoras. Todos los que allí estaban gozaban de la mayor ventura, los amantes sonreian al acompañar á sus amadas á tan precioso salon.

Manuel daba el brazo á la gentil Cecilia, y el menos observador podia juzgar que el jóven Conde de*** triunfaba de todos sus rivales.—Allí la felicidad—en la calzada del Monte la desesperacion—en el barrio de Jesus Maria el dolor de una madre, que vé á su hija herida por la misma mano á quien ella iba á confiar su porvenir.—Contrastes que á cada paso tocamos en la vida, viendo en accion el proverbio dramático, que encierran estos cuatro versos del inspirado Garcia Gutierrez:

Esta es la vida, Garcés,
Uno muere, otro se casa,
Unos lloran, otros rien,
¡Triste condicion humana!

Olvidemos por un momento á los que sufren, y vamos á ver los que gozan; bueno es dar alguna espansion al espíritu y no estar siempre bajo la influencia de la tristeza.

Manuel condujo á Cecilia, y su familia, al centro de la mesa, donde estaba el magnífico ramillete que hemos descrito y que de una manera tan galante demostraba á la jóven matancera, que el obsequio de la juventud de la Habana era consagrado esclusivamente á ella.

Don Ambrosio y Doña Rosa, al ver lo bien imitados que estaban los paisajes esclamaron: exactísimo, esa es la bahía de Matanzas, le decia Doña Rosa á Cecilia, este es San Severino, este es el Morrillo aquí el paseo y la barriada de Versalles, aquí Playa de Judios, aquí Pueblo Nuevo, el puente de San Juan, aquí la Vigía; mira el puente del Yumurí, su tranquilo rio, el Abra, el espléndido Valle y en lontananza el Pan: todo muy bien copiado, esclamó D. Ambrosio.

—Reconoceis esos lugares, Cecilia, dijo Manuel.

—No, dijo ella, y lo siento....no he visto á Matanzas siendo matancera, y en este momento digo á mi mamá y á mi papá, que habiendo tenido el placer de haber nacido en una poblacion tan bella y con tan pintorescos paisages, deseo vivamente visitarla, conocerla, y tener en mi mente un recuerdo de su localidad.

—Será así, dijo D. Ambrosio, y puedes decir cuando quieres dar ese paseo.

—Muy pronto, dijo ella, conmovida con el cariño siempre constante de su padre, y viendo los bonitos paisajes matanceros que ofrecia aquel ramillete.

—Oh! dijo Manuel, yo tampoco conozco esa bella ciudad en que habeis nacido, y si me fuera posible, os acompañaría en ese paseo.

—No hay mas que desearlo, pues allí teneis casa y todo cuanto pueda seros necesario, dijo Doña Rosa.

Manuel no pudo contestar, porque el placer embargaba su voz.

Cecilia palideció de emocion, y Doña Rosa inocente del afecto que habia entre aquellos jóvenes, se regocijó porque iba á dar un paseo á su patria, á ese lugar tan querido de su corazon, en que habian pasado los años de su infancia.

¡Cuánta ventura habia en el grupo que ocupaba el centro de la magnífica mesa! proyectos de felicidad; un viaje á Matanzas con Cecilia, era la realizacion del mas bello sueño que pudiera tener aquel jóven.

Manuel estaba ébrio de felicidad, Cecilia *enferma* de tanta y tanta dicha, que enagenaba su corazon. El ruido de las copas, el movimiento de aquella gran mesa, que recordaba las bodas de *Canaan* las alegres armonías de una banda militar, que próxima al salon, tocaba el *Alma innamorata* de la bellísima *Lucia de Lamermoor*, todo contribuia á que aquellas vírgenes, que estaban en lo mas florido de su vida, y aquellos enamorados mancebos, se creyesen transportados al jardin de las Oasis á un mundo soñado, enteramente nuevo, y en nada parecido al que vivian.

Cuando Manuel se juzgaba el mortal mas venturoso de la tierra cuando casi se consideraba correspondido de Cecilia, porque no faltaba mas que un SI, que los labios no habian dado, pero que lo tenia el corazon; cuando no hubiera cambiado su existencia por la del mas poderoso monarca del mundo; entónces próximo á las tablas pintadas de almagre que cercaban la quinta del Conde de Villanueva, y aprovechando la oscuridad que allí habia, un jóven frenético de celos, loco completamente, requeria un arma mortífera que tenia en la mano, una pistola que examinaba cuidadosamente y que estaba cargada hasta la boca, en cuya chimenea puso el mejor piston que habia en la caja, y sonrió el desgraciado Ernesto, al convencerse de que no podia errar el tiro. Con la frialdad impropia de un jóven honrado y trabajador, y cual si fuese un criminal avezado á tan terribles escenas, colocó la pistola entre las yerbas que habia al pié del cercado; y para no llamar la atencion, se dejó correr hasta la casa del baile; donde, con una astucia propia de un buen discípulo de Caco, indagó cual era el carruaje de Manuel y su calesero; los observó perfectamente y volvió al cercado de madera, y en la acera del frente, y tras de un horcon que servia de guarda-esquina se escondió para poner en práctica su criminal deseo.

Mientras Manuel hace castillos en el aire, al verse tan estimado del ángel de sus ensueños, convidado por sus padres á dar un paseo á Matanzas, unido á ella por tantas horas, gozando con sus emociones, viviendo bajo un mismo techo.

Mientras que Matilde, presa de una espantosa fiebre, invoca los nombres de Ernesto, de su madre, de Cecilia, de Manuel, y de Doña Rosa, todos confundidos, todos en desórden, como estaba su mente delirante, desde que fué herida bruscamente por el hombre que amaba.

Mientras que Doña Maria y la pobre etiope, le aplican remedios caceros, para amenguar aquella fiebre y dar lugar á la llegada del dia y buscar un médico.

Mientras que Ernesto espera impaciente que aparezca un calesero con librea de grana, galoneada de oro, manejando una pareja de caballos blancos, para herir al que ocupe el carruaje y gozarse en verlo bañado en sangre.

Mientras que los concurrentes al baile dado por *El Oriente*, apuran en aquella magnífica mesa, los placeres de la gastronomía; preciso nos es, hacerle conocer al lector de nuestra historia, un diálogo que pasaba en el jardin de la quinta entre Doña Segismunda y Doña Eduvigis, que no teniendo por costumbre cenar, habian dejado el salon del *ambigú* para gozar el fresco del jardin.

Doña Eduvigis le dijo;

—¡Conque nada menos que Manuel, el jóven Conde de***, la flor y nata de nuestra aristocracia! Pues no aspira á poco la niña!

—Hija, contestó Doña Segismunda, y que á mi modo de ver las cosas; el asunto es ya formal; ha bailado dos danzas con ella, y en todos los intermedios de danza á danza con él ha paseado; ya los has visto en el salon de la gran mesa, contemplando como dos tortolitos el significativo ramillete, que no le falta mas que la Iglesia de Pueblo Nuevo y su lindo *teatro* ó *corralillo*, para tener todas las vistas de Matanzas: él le ha dado preciosas pastillitas que ella ha recibido con una sonrisita de inteligencia; y por último, Doña Eduvigis, admírese usted, persígnese; ella le ha dado... una flor.

—Una flor! esclamó la señora espantada.

—Una flor de su tocado! ni mas ni menos.

—Pues eso, en nuestro tiempo, equivalia á una correspondencia.

—Y ahora será lo mismo, porque no somos tan antiguas.

—¡Ay, Doña Segismunda!

—Qué....! no estamos todavia tan arrugadas, no.

—De manera que esto va como alma que lleva el Diablo; á escape, y es preciso poner coto al juego.

—Y cómo se pone? ya usted sabe, que Doña Flora, su madre, está retirada del mundo, que no tiene mas vida que hacer novenas, y que Manuel hace de ella lo que quiere.

—Pero no olvide usted que Doña Flora es muy orgullosa, que no se visita ni aun con ciertos títulos de antes de ayer y que....

—Será preciso, dijo Doña Segismunda, escribirle una carta en que se le pinte todo lo mas mal posible á esa familia, cosa que ella juzgue, que se hunde su casa, su nobleza, su honradez, si se verifica esa union; en fin, una carta muy bien escrita, que no deje lugar á dudas.

—Efectivamente, y ¿quién la firma?

—Firmarla! Dios nos libre; es preciso que vaya anónima y ponernos todas de acuerdo, para cuando ella principie á indagar, y sin exagerarle mucho y celebrando ciertas virtudes de la familia, dejarla en duda sobre las faltas, porque la duda en estos casos, hace mas efecto que el convencimiento.

—Magnífico: el plan es acertado.

Sintióse en esos momentos un gran murmullo en la calle, producido por las riñas de algunos caleseros, ruido que turbó por minutos el festin y que hizo volver á los salones á Doña Eduvigis y á Doña Segismunda: momentos despues principiaban á retirarse muchas familias; eran las dos de la madrugada. Entónces la calzada del Monte, y sobre todo, el frente de la quinta, presentaba un nuevo paisaje, pues es la hora en que transitan por ella millares de individuos que bajan de las estancias inmediatas, á surtir las plazas ó mercados de la Habana, lecheros, fruteros, &c.; piaras de toros, carneros y puercos que bajan al corral del Horcon, donde está el matadero: carretas cargadas, unas de plátanos, otras de cal, &c. presentando un mosaico tan variado, que hace contraste con el que ofrece esa misma calle, por las tardes y primeras horas de la noche como punto de paseo, y que conduce á los pueblos y barrios de moda, como son el Cerro, Jesus del Monte, Puentes Grandes y Marianao.

Fácil es que el lector recuerde la situacion en que están los principales personajes de nuestra historia, y bastará decirles que á las tres de la mañana se oyó la detonacion de un arma de fuego, y que al momento la policía, detenia á los pasageros por la hermosa calzada de Guadalupe ó del Monte, y procedia á un escrupuloso registro de los que juzgaba sospechosos, haciendo algunas prisiones; porque de aquel tiro habia resultado herida una persona de la aristocracia.

El Comisario del barrio del Horcon, sigue la pista á todos los hombres de vida airada que viven ó visitan su barriada: la quinta,

momentos despues, daba una elocuente leccion de lo qué son las glorias de este mundo; completamente cerrada, luciendo algun farolillo que por descuido se habia quedado encendido, el silencio habia sucedido al bullicio, y en lugar de las melodías de una magnífica orquesta, oíase el monótono acento del cencerro que llevan las arrias, el melancólico canto de los placeros y los trinos de los pitos con que los serenos se despiden de los vecinos por quien vigilan: el dia se aproximaba. La noche del 15 pertenecia al mundo de los recuerdos; ya no era la noche de las esperanzas!

XIV.

DOS CASAS Y DOS ESCENAS.

Volvamos al barrio de Jesus María, y á la pobre casita donde hace algunas horas estuvimos, y que ahora encontraremos con un personaje mas, que es el médico de mas fama en aquel barrio.

Matilde tiene fiebre, aunque parece sosegada: suplica al Doctor haga el modo de que ella pueda salir en el dia; pues se le hace indispensable estar á las doce en casa de la Marquesa, para donde han sido citadas ella y su madre; el Galeno le esplica que es una temeridad y que puede la fiebre tomar un carácter alarmante; pero la jóven insiste, la madre calla y el facultativo le ordena algunos medicamentos que no puedan dar un mal resultado en el caso que se decida á salir: apenas el Doctor ha desaparecido, la atribulada señora procede por sí sola á llenar sus indicaciones, porque la etiope, rendida por la noche que ha pasado, ronca en el comedor de la casita.

Matilde así que avanza el dia, va tomando nuevas fuerzas, la fuerza de su voluntad la hace superior á la dolencia y quiere convencer á su madre, de que no hay esposicion en su salida; de que está buena y debe asistir: esta insistencia llama mucho la atencion de la anciana, y á pesar de que jamas se ha separado de su hija, que en su casa no ha visitado nadie sino Ernesto, desconfia, y desconfiando llega un momento en que aquel honrado corazon no puede sufrir la punzante espina de la duda, y aproximándose al desvencijado sillon en que Matilde está sentada ocultando la fiebre que la devora, y deseando que volasen las horas, le dice con todo el cariño y la dulzura de una madre:

—Matilde, tú eres una buenísima hija, tú eres el tesoro único de mi corazon, y anoche he arrojado de mi casa al hombre que dudó de tí; pero se aproximan los momentos en que debes recibir ese dote, cuya cifra nos ha espantado á todos, cuyo misterio no comprendo; porque no encuentro un motivo fundado para que seamos tan favorecidas de esas señoras: yo sé, hija mia, dijo reprimiendo sus lágrimas, que tú eres muy buena, pero la miseria es tan horrorosa, son tan contados los corazones que puedan soportarla, hay tantas tentaciones en este mundo, que son muchos y muchas las que prevarican: hija mia, en nombre del cielo, dime que antecedentes ignorados por mí hay en estos acontecimientos; sean los que sean, yo te perdono, como el mismo Dios justo y piadoso, pudiera perdonarte; pero no admitamos en ese caso ese dinero, porque él seria la peor mancha para nuestro nombre.

Matilde lloraba y no podia responder; porque sufria terribles torturas en su corazon, con las palabras que le dirijió la autora de su existencia.

—Habla, habla, hija mia; deposita en mí todos tus secretos.

—Mamá, dijo la pobre jóven sollozando: ¿porqué ha lanzado usted á Ernesto de su casa? ¿qué estraño es que el amante dude, cuando duda usted, madre mia?

Doña Maria comprendió la fuerza del argumento y no respondió.

—Madre mia, dijo Matilde, yo no tengo mas antecedentes que usted, yo no he oido una palabra de amor ni de elojio, mas que de los labios de Ernesto; y por la sagrada memoria de mi honrado padre, sabed que puedo admitir ese dote, sin que la mas ligera tinte de vergüenza enrojezca mis megillas.

La madre respiró tranquila y dió un beso sobre la frente pura de su hija. ¿Y ha dudado ese jóven de ella?

—Perdonadlo, madre mia, perdonadlo!

—Perdonarlo.... jamás!

—¿No ha dudado usted, en cuyo corazon hay un inmenso cariño materna!? ¿cómo no ha de dudar un amante que tiene celos de ese caritativo jóven, de ese Manuel que no tiene otro delito, que haberse presentado á nosotros como un pobre, siendo rico?

—Pero, atreverse á preguntarte....!

—A preguntarme qué?.... dijo la hija que no habia oido las últimas palabras de Ernesto en la noche anterior.

—Nada, Matilde, nada.... yo solo creo, que Ernesto no te hará dichosa, ¿lo oyes? no te hará dichosa, porque es demasiado ligero.

—El es tan bueno, mamá, que debeis perdonarle la falta que haya cometido: la elegancia, la riqueza de ese jóven, segun lo vió él en el baile, al saber que nos habia visitado fingiéndose pobre, y que nos participaba la existencia de ese dote; todo esto le hizo sentir, los celos se apoderaron de él y acabó por dudar de mí; pero yo inocente, que en nada he ofendido ni á Dios ni á los hombres, espero que vendrá muy pronto á pedirme perdon por su ligereza.

La madre lloraba esta vez, pero era de felicidad, de ventura, porque contemplaba aquel ser que era su única dicha en el mundo sin que la mas ligera falta empañase su pureza.

La campana del Arsenal dió las once, Matilde la oyó y se lo dijo á su madre: ésta suplicó á la morena que vivia en el cuarto saliese á buscarles un quitrin, que lo tomase como en alquiler; pues los caleseros no bajan al barrio de Jesus María, y con especialidad á ciertas calles, por su fatal pavimento, sin que les paguen muy bien: así le dijo que le ofreciese hasta un peso por el viaje.

Apenas salió la morena, Doña Maria se ocupó en abrigar mucho á su hija para que el aire de la calle no le hiciese tanto daño.

Matilde estaba mas pálida y mas bella: su corazon latia con violencia; sufria una lucha demasiado fuerte para su jóven existencia, el estado de sus amores con Ernesto, el dote que se donaba para aquel matrimonio, dinero que era la causa de que en aquellos momentos no tuviese amante; pero Dios le daba fuerzas á la pobre jóven, y esperaba que el Omnipotente no la abannase en el trance en que se encontraba: tenia fé y la fé es un talisman poderoso, que sirve de dique á las furiosas oleadas que en el mundo combaten á los mortales.

El *quitrin* de alquiler estaba á la puerta: Doña María y Matilde se persiguaron; la madre estaba helada por la emocion, la hija abrasada con el fuego de la fiebre: la madre, contenta de haberse convencido de la pureza de su hija, y ella entregada al capricho del azar; esperaba un momento mas venturoso, despues de la fatal noche que habia pasado.

"A la Habana", dijo la madre al calesero, y el carruaje empezó á dar saltos por las pedregosas calles del barrio mas pobre de la capital de Cuba.

La casa de la Marquesa de*** estaba llena de señoras que habian acudido al acto de la entrega del dote á Matilde, bajo una formal escritura, y esperaban al escribano y á la jóven que debia recibir el dinero; pero se echaba de menos en la reunion á Doña Eduvigis que como nuestros lectores saben, es una de las sócias de *El Ocaso*, que con mas frecuencia toma la palabra: el motivo de su falta se sabrá ahora mismo, y nuestros lectores quedarán tranquilos de cierta incertidumbre, que puedan tener respecto á uno de los personages de esta accion. Oigamos.

Doña Dorotea dijo:

—Pero, señora Doña Segismunda, ¿cómo fué herida Doña Eduvigis?

—Hija, lo unico que puedo decir, es, que esto debe ser un crímen de *El Oriente*, porque en el momento que ella y yo formábamos un magnífico plan para nuestro asunto en el jardin de la quinta á donde nos habíamos retirado para evitar el bullicio, sucedió una pelotera entre los caleseros, de la cual resultó culpable el moreno de Doña Eduvigis, y se lo llevó el Celador, quedando nuestra amiga sin carruaje para retirarse, lo que hizo al fin en el quitrin de Manuel, quedándose éste á dormir en la quinta.

Apenas habia andado Doña Eduvigis algunas *cuadras* en la misma calzada, cuando fué herida en la pierna izquierda por una bala, que afortunadamente no traia mucha fuerza por haber pasado la concha del carruage: los gritos de dicha señora hicieron detener á varias personas que se retiraban del baile y que la socorrieron, haciéndole la primera cura en la casa del Comisario, de donde fué trasladada á la suya; y yo, señoras, casi, casi, estoy dispuesta á creer que esto ha sido obra de los jóvenes de *El Oriente*, acaso con la idea de atemorizarnos.

—Pero Segismunda, dijo la Marquesa, el ir Eduvigis en el carruage de Manuel, me hace no creer en la idea que te has formado; pues si ese crímen nació de esos fanáticos jóvenes, bien saben ellos cuales son nuestros carruajes y no hubieran disparado sobre uno que era de presumirse fuese ocupado por Manuel, y sin duda que ellos harán esa suposicion de nosotras, teniendo mejor dato en honor de la verdad.

En estos momentos Don Bonifacio anunció á la señora Doña María y á su hija Matilde, que pronto estuvieron en la sala, siendo el

blanco de todas las miradas de aquellas señoras, porque escepto Doña Segismunda ninguna conocia á la jóven, por quien habian hecho aquel sacrificio.

Don Bonifacio apareció de nuevo y dijo:

—La señora Doña Rosa y la señorita Cecilia.

Y esos dos notables personages de nuestra historia, aparecieron en la sala siendo recibidas con las mas remarcables pruebas de simpatías. Cecilia fué hácia Matilde y le dió un fraternal abrazo. Matilde dejó en su oido estas solas palabras:

—Sí; era él!

Y séase el placer que esta noticia le proporcionó, séase el fuego que sintió al abrazar el febricitante cuerpo de Matilde, Cecilia palideció tanto como la pobre jóven que iba á recibir un dote de la filantropía de aquellas señoras.

Al entrar Doña Rosa y Cecilia se fijó la atencion en el jóven lacayo que les acompañó hasta la puerta de la sala: su figura elegante, su juventud y hasta su aire, no eran comunes á los que ocupan esas plazas.

—No hay recurso, le dijo una señora á otra, esta Doña Rosa llamará siempre la atencion; vean ustedes el lacayo que tiene; parece que que se ha buscado entre mil, para elegir un jóven tan elegante y bien portado, y hasta la palidez de su rostro, hace muy buen efecto con la levitilla color de ceniza que trae.

—Efectivamente, dijo la otra; y ese lacayito, es nuevo en la casa, porque hasta ayer, era un pardito el que les llevaba la alfombra á la iglesia.

—Nada, señora, están de moda, y saben sostener con su buen gusto la fama que disfrutan: ahora falta que la renta sea siempre apropósito para sostener los gastos; pues V. sabe que desgraciadamente entre nosotros, se gasta mas de lo que se puede.

—Dicen que el tal D. Ambrosio, es muy atrevido en sus especulaciones, que arriesga grandes cantidades y que la fortuna lo favorece.

—Eso podrá ser hoy; pero no mañana, y es demasiado el boato de esa familia: observe V. á Doña Rosa las prendas y el vestido que trae, y verá V. que todo cuesta: en cuanto á Cecilia, V. la vió anoche, imposible era buscar términos de comparacion entre su trage y los que allí habia, y nadie mejor que nosotras podemos saber lo que eso vale.

—Dejarla, dejarla, que alguna inesperada leccion la hará ser un poquito mas metódica.

—Si antes no ha logrado casar á su hija con uno de nuestros millonarios, que á la verdad, no faltan aspirantes de esa categoría á la mano de la preciosa matancera.

—Son jóvenes, señora, y belleza, elegancia y juventud, es una trinidad capaz de hacer cometer locuras, no digo á los jóvenes; pero hasta los cotorrones.

En ese momento apareció D. Bonifacio y dijo: «El Sr. D. Camilo H. . . . escribano de la señora Marquesa;» y el funcionario público apareció, con su indispensable atlátere, el escribiente.

Momentos despues, se leia el documento por el cual se otorgaba el dote de 7,514 pesos á la jóven Matilde, por suscricion voluntaria de varias señoras, cuyos nombres se incluyeron, sin duda para memoria de su benéfica accion. El escribano contó el dinero é hizo firmar á Doña María y á Matilde antes de entregarles el oro: tanto la madre como la hija, apenas pudieron poner sus nombres; la mano les temblaba, la emocion era demasiado fuerte, y el corazon les palpitaba con suma violencia. Cuando el funcionario le hizo entrega del dinero y les dió la enhorabuena, Doña Maria no pudo resistir mas, y á no ser la eficaz ayuda que le dieron las señoras, hubiera caido sobre el pavimento desmayada. Matilde no tenia fiebre; la felicidad es una panacea que cura maravillosamente, mas que todos los galenos y farmacopeas del mundo, y ella comprendia bien que en aquel saquillo de rusia que guardaba las onzas, estaba su porvenir. Gracias, señoras, gracias, decia Matilde ahogada en llanto y sosteniendo á su madre:—ella no puede hablar porque la felicidad la ha enmudecido; ella no puede demostraros toda la gratitud que hay en su corazon; pero yo por ella y por mí, no olvidaré ninguno de esos nombres que han contribuido á hacer la ventura de mi familia y del honrado jóven á quien he dado mi corazon y muy pronto le daré mi mano; mis oraciones serán por vuestra felicidad.... y dispensadme porque me ahoga el llanto. Todas las señoras lloraban; el escribano y el escribiente estaban conmovidos: la escena era demasiado tierna.

—¡Perdon, perdon! fué la voz que resonó en la sala; y un jóven vestido de lacayo, pálido, frenético, se arrodilló á los pies de Matilde y de Doña María. ¡Perdon, perdon, repitió de nuevo, porque si no me perdonais me mata el dolor!

—¡Ernesto! gritó Matilde; no puedo mas, y fué á ocultar sus lágrimas y sollozos en el seno de Cecilia.

Ernesto permaneció de rodillas ante el sillon que ocupaba Doña María; todas las señoras inclusas Doña Rosa, Cecilia, el escribano y su escribiente, estaban asombrados de aquella inesperada escena: volvió en sí la señora á esfuerzos de los remedios que le aplicaron, diciendo tambien, gracias, señoras, muchas gracias, muchas gracias: mi hija es un ángel, y es digna de esa proteccion maternal que le dispensais: cuando reconoció á Ernesto en el lacayo que tenia á sus pies, esclamó:

—¡Vos aquí!

—Sí, señora, aquí, para pedirle perdon á usted y á Matilde en público, de un agravio que en privado le hice; ella me ha perdonado, lo quiero creer así; falta que vos lo hagais: ultragé á ese tesoro de virtudes, pero estaba loco; empañé en mi delirio el terso cristal de su purísima inocencia; pero harto lo he pagado, señora, con el tiempo que he permanecido en ese comedor, con esta librea, viendo cada vez mas claro que la verdadera virtud jamás prevarica, y que yo no era digno por mi duda de llamarla mi esposa.

—Levántate, hijo mio, yo tambien dudé, y soy su madre, estás perdonado; pero no olvides esta leccion que el cielo nos dá: de que aun hay almas filantrópicas en el mundo, que hagan el bien solo por el placer de hacerlo.

Ernesto dió dos pasos hácia Matilde, estendió su brazo, y su mano fué estrechada con efusion por la avergonzada jóven, que aun lloraba. Para todas las personas aquel accidente fué un misterio; pero Ernesto comprendiéndolo en las fisonomías de todas aquellas señoras, que se enjugaban las lágrimas, aun cuando él estaba bastante conmovido, dijo:

—Señoras, mi aparicion en esta sala, mi falta por haberme introducido en ella, merece una esplicacion, y la daré franca, esplícita, porque quiero que todos me perdonen: yo no podia creer que tan notable cantidad, pudiera darse á mi adorada Matilde, solo por un rasgo de caridad y filantropía, y la historia de una desgraciada jóven del mismo barrio, fascinada á fuerza de oro, por un jóven rico, desventurada, abandonada, y hoy entregada al vicio, estaba tan fija en mi memoria, que me llegué á persuadir que todo el asunto del dote, era obra de un jóven que se proponia bajo diversa faz, burlar-

se de nuestro amor y hacer infeliz á Matilde: la idea fué superior á mi fuerza, y mi cerebro se trastornó, y loco, delirante, ofendí á Matilde, ofendí á su madre, y herí mortalmente mi corazon, porque desde ese momento no sé lo que és el reposo: entónces.... Cecilia le hizo una señal con el mayor disimulo, y el jóven comprendiéndola dijo: entónces, deseando convencerme por mis propios ojos, pasé en la mañana de hoy á la morada de Doña Rosa, le dije que era el futuro esposo de Matilde, que deseaba presenciar de incógnito esta escena y que me hiciera el favor de permitirme venir tras de su coche y pasar por su lacayo esos momentos, me lo permitió y me ha devuelto la felicidad: mi intencion fué oirlo todo, permanecer en silencio, y despues hacer lo que ahora hice; pero esos sollozos, esas lágrimas, esa escena, en fin, que acabais de presenciar, me hizo saltar del comedor y venir á pedir perdon á Matilde y á su madre. Dispensadme, pues, benéficas señoras, mi imprudencia, y permitidme á la vez daros las gracias por esa notable accion, tan digna por las virtudes que premia en esa jóven y su madre, á ser recompensada con usura por la justa mano del Omnipotente.

Doña María y Matilde no cesaban de llorar, porque para ellas era el complemento de su ventura, el que Ernesto se hubiese desengañado de sus ridículos celos.

La buena figura del jóven, su franca esplicacion, y el trage y la escena novelesca á que habia dado lugar, hicieron muy buena impresion en las señoras todas, y hasta su duda y sus honrados sentimientos, con respecto al inesperado dote, llamaron mucho la atencion y fueron aplaudidos.

El escribano, que tan inesperadamente se habia enterado de la historia de aquellos amores, le dijo: confieso á usted, jóven, que hasta ahora, solo en las comedias habia gozado de un lance como éste, y siempre me parecian *inverosímiles fábulas*, de modo que usted me ha hecho formar distinta opinion de los autores dramáticos; porque aquí no ha faltado ningun requisito de esas peripecias que tanto nos llaman la atencion en la escena, y os doy la enhorabuena de que tan buena esposa os toque, pues ya se demuestran bien claramente las virtudes de esa bella jóven, á quien el cielo, por mano de estas señoras, premia debidamente: y á vos, señorita, dijo dirigiéndose á Matilde, tambien os doy la mas completa enhorabue-

na; pues es difícil encontrar hoy hombres que viendo en lontananza 7,514 pesos que manejar, anden con *repulgos*, de si son bien ó mal adquiridos, lo cual demuestra que hay muy honrados sentimientos en el corazon de vuestro esposo, y que esa cantidad, será el sólido cimiento para una buena fortuna; y puesto que yo he presenciado por mi dicha esta escena, quiero tambien contribuir con algo, y cedo mis derechos, ó mejor dicho, nada vale mi trabajo: giró sobre sus tacones, hizo un saludo general y se despidió.

En ese momento fué cuando Ernesto se encontró avergonzado delante de tantas señoras, al verse tan celebrado y con aquel trage, por el cual, no era aquel el lugar que le correspondia.

—Matilde, le dijo, perdóname por algunos instantes, pues aun soy un lacayo de la señora Doña Rosa y de la señorita Cecilia; en su casa me puse esta librea y allí debo quitármela.

—Es, dijo Doña Rosa, que Doña Maria y Matilde van á casa un momento; porque tenemos que hacerles varios encargos.

—En ese caso, tendré el honor de ser lacayo de mi futura esposa y de la señora á quien desde hoy consagro el dulce nombre de madre.

Matilde se avergonzó al verlo tan humillado; pues el amor verdadero, ni en burlas gusta de ver abatido el objeto que ama.... me parece, dijo.

—Que debo ir como vine, esclamó Ernesto con verdadera resolucion, que tengo varios pecadillos que purgar y debo pagarlos; hoy seré tu lacayo, te serviré, dentro de pocos dias tu esposo para adorarte.

—Así lo ha dispuesto el cielo, dijo Doña Rosa, y él siempre impone la penitencia al pecado; con que, señora, Matilde, Cecilia, al coche, y vos lacayo, á presentar el estribo y á cumplir vuestro deber.

La despedida de aquella familia fué tan tierna, como es de presumirse: el lacayo cargó el saco de oro, lo puso en el coche, bajó el estribo, subieron todas, y él se fué al punto que le correspondia; dejó caer su cabeza sobre el fuelle del carruage, y dijo:

—¡Gracias, Dios mio!

Dentro del carruaje otros labios repitieron.

—¡Dios mio, gracias!

El carruaje partió, y las señoras que habian quedado en casa de la Marquesa, entablaron el siguiente diálogo:

—Señora Doña Segismunda, qué novela es esta, dijo Doña Al[illegible] en la que estamos figurando en contra de nuestra vo[illegible]

—¡Una novela! efectivamente que es una novela, la que nos está [illegible] y á fé que con episodios muy interesantes, pues la apari[illegible] del improvisado lacayo, les confieso á ustedes que ha hecho [illegible] un efecto tan sorprendente; como el dote en esa familia y [illegible] de que todo esto ha sido en contra de nuestra voluntad, yo [illegible] en parte, estoy satisfecha, me doy por bien recompensada, y las [illegible] de la madre y la hija, jamás se borrarán de mi memoria.

Pero es el caso, dijo otra de las señoras, que la sociedad de [illegible] sigue haciendo un papel *interesante*, los jóvenes forman [illegible] y les salen bien y los que hacemos nosotras nos salen contraproducentes.

—Así cree usted, dijo doña Segismunda, pero no diria lo mismo la pobre Doña Eduvijis si estuviese presente; porque ella sabe una parte de mi nuevo plan, que aun no es tiempo de poner en conocimiento de la Sociedad.

La Marquesa se acercó á la presidenta del Club y le dijo:

—Todo está muy bueno, señora, pero la influencia de esa familia va siendo cada dia mayor y no hace mucho que he comprendido hasta donde llega, enterándome de la conversacion de unos mendigos, que esperaban limosna en el zaguan.

—Pero señora Marquesa, ¿y de que vale la influencia de esas señoras en la clase mas miserable de la sociedad?

—Estraño que una persona de tanta penetracion, como nuestra presidenta, diga semejantes palabras; hay cosa mas apropósito para la popularidad que estar siempre en boca de esos seres que á cada momento bendicen, y que recorren todas las calles, todas las casas, desde los palacios hasta las mas miserables chozas? qué periódicos pueden entrar donde entran ellos, que voz mas autorizada que la de un mendigo, siempre impulsado por la gratitud, nada mas.

Y dice usted, dijo Doña Segismunda algo molesta, que se enteró de la conversacion de ellos sobre la familia de Don Ambrosio.

—De toda: escuche usted.

El ciego le decia á la tullida:

—Esa familia bien puede vivir sin temor de los hombres, porque hasta los ladrones y los asesinos, sabiendo lo que ellos hacen

con los pobres, los velan y los cuidan; no hace muchas noches que Don Ambrosio atravesaba el puentecillo del *Caiman* en la calle de la Mision, cuando Pepe el cojo le saltó con un puñal en mano porque vió relucir en la blanca pechera de su camisa dos hermosos brillantes; pero el silbido del *indio* (1) detuvo su brazo y Pepe el cojo abandonó su presa. ¿Hay influencias, querida Segismunda, ó no las hay? y persuadidas de ese poder, debíamos abandonar nuestra empresa.

—Abandonarla! nunca! dijo Doña Segismunda como una furiosa leona; pues si á tanto poder no oponemos dique, nos veremos avergonzadas, humilladas por la influencia de las aparecidas, y yo prosigo en mi empresa porque «no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista», y en todo, señoras, en todo se necesita constancia.

—Bueno, muy bien, dijo la Marquesa, no me opongo, pero vayamos con prudencia, no hagamos locuras que comprometan nuestra reputacion.

Es que si no trabajamos mucho, bien y pronto, á mi modo de ver, ese enlace es cosa hecha, porque Dios me perdone el mal pensamiento, pero entre ellos hay correspondencia.

Don Bonifacio se presentó con una carta urgente, cuyo sobre indicaba que era dirigido á la sociedad.

—Carta! esclamó la Marquesa, ¿qué será?

Doña Segismunda le tenia ya tanto terror á las cartas, que palideció al abrirla, y leyó:

Señoras:

«Manuel está loco de ventura, frenético de amor; se prepara un paseo para que Cecilia vea á Matanzas, y él forma parte de la comitiva; porque ha sido invitado por la misma Doña Rosa: aviso que doy por si puede ser útil á la sociedad: no tengo datos seguros de que Manuel esté correspondido por Cecilia, pero si no ha sucedido, está al suceder. La burla de los de *El Oriente* á *El Ocaso* es

(1) La partida del indio era una cuadrilla de rateros que hacian robos en todos los barrios de la Habana, y se depositaban en la casa de una morena que era su manceba, pero en 1853 fué preso el *indio*, y con su prision se descubrió la indicada casa depósito; donde en un zaquisamí, se encontraron muchas cosas robadas recientemente, y otras muy de antiguo, que por las circulares pasadas á los Comisarios fueron encontrándose sus dueños.

contínua, lo que menos dicen, es que ustedes entenderán de rezar el rosario y el trisagio, pero que ni en parodia sirven para imitar á Meternich.»

—La burla, la burla siempre, dijo con rabia la aristocrática señora.

—Y el ridículo muy pronto sobre nosotras, esclamó la Marquesa, si no somos muy cautas.... ¿que mas dice la carta de....

Y casi, casi se escapó un nombre de sus labios.

—Prudencia, señora Marquesa, prudencia, dijo Doña Segismunda y leyó:

«El gran negocio en que tan interesado estaba D. Ambrosio, ha fracasado; la pérdida se calcula en ciento cincuenta mil pesos; pero este hombre es tan amante de su familia, que ni por la mas ligera señal de disgusto, ha comprendido Doña Rosa ni Cecilia la pérdida que ha tenido: él se lamenta en el muelle con sus compañeros pero su familia ignora del todo su catástrofe.»

—Hacer que llegue esa noticia á Doña Rosa, dijo Doña Dorotea.

—Al contrario, señora, al contrario; si ella sabe ese descalabro de de su esposo, entrará en economías, y nuestro plan va por el suelo; que lo ignore, ya que el *panarra* del marido no le da mas que las buenas noticias y nunca las malas.

—Algunas señoras de *El Ocaso* se avergonzaron de estar tan próximas á aquella hiena con formas de muger; pero las otras aplaudieron el rasgo de astucia y maldad de la que dirigia su *Club.*

Doña Segismunda, satisfecha del éxito que su último rasgo habia tenido, dijo:

—En cuanto al proyecto que hemos acordado entre Doña Eduvigis y yo, pueden ir á casa algunas diputadas de *El Ocaso*, para enterarse de él; porque no conviene que tenga mucha publicidad al principio; despues, si es necesario, nos pondrémos todas de acuerdo, para asegurar su éxito.

Así quedó acordado y se retiraron las señoras satisfechas de un buen resultado.

XV.

FELICIDAD Y DESGRACIA.

Efectivamente, Don Ambrosio habia tenido uno de esos dias fatales, tan comunes en el comercio, y su pérdida ascendió á la misma cantidad que se habia dicho en casa de la Marquesa; pero aquel amantísimo esposo, que llevaba su amor hasta la temeridad, no participó su descalabro á Doña Rosa; por el contrario, jamas lo vió ella mas contento, porque de propósito solo buscaba conversaciones alegres, y nada indicaba de sus asuntos comerciales.

Mientras que el padre, encerrado en su cuarto escritorio, hacia cálculos, á fin de remediar el *siniestro* que habia tenido: Cecilia en en su elegante *bodoir*, dejaba vagar su mente por el mundo de las ilusiones: las enamoradas frases de Manuel, las repetia cien veces, y mas lo amaba, persuadida de que por su cariño habia estado espuesto á perder la vida. Ernesto le habia confesado su criminal intento, que llevó á cabo, y del que resultó herida Doña Eduvigis, que por la falta de su calesero habia ocupado el carruaje del jóven Conde.

Cecilia estaba enamorada; la simpatía y la compasion, son los dos síntomas mas notables de esa enfermedad del corazon; pero la alondra del Yumurí, que aun no sabia lo que era amor, no podia esplicar aquellas estrañas sensaciones que esperimentaba, aquellas horas de desvelo, y mas que todo, el no poder quitar de su mente la imágen del jóven aristócrata.

Ernesto á quien tan feliz deben juzgar nuestros leetores, luchaba con los remordimientos del crímen que habia cometido; pues su alma, poco acostumbrada á sufrir aquellas torturas, no podia estar tranquila, y maldecia el momento en que se dejó arrebatar de la funesta pasion de los celos: arrebatos muy naturales, pero muy poco juiciosos, en que se cometen acciones criminales que atraen sobre

el delirante, la cólera del cielo, ó que cuando menos, dejan el alma abatida con el torcedor de la conciencia voz secreta á quien el hombre debia escuchar mas.

Ernesto tenia momentos, en que se disponia á correr hácia la casa de Doña Eduvigis, penetrar en su alcoba, arrodillarse á los pies del lecho y pedirle perdon por el crímen que habia cometido; pues como hemos dicho, era honrado, era bueno y justo, y no podia conformarse, con que otras personas estuviesen presas por su causa, ni que la doliente pasase las horas de dolor, que le habia proporcionado, sin que él purgase su delito: mas ¡ay! decia, verme yo en una prision en una cárcel, lejos de Matilde; aspirar el hálito de los criminales, para despues unirme á ese ángel de pureza y de bondad que el cielo me concede, es tambien un delito: luchemos con estos torcedores y ellos sirvan para purificarme de la mancha que he arrojado sobre mi tranquila vida; y el amante de Matilde caia en una especie de estupor en el que pasaba horas enteras como pudiera hacerlo un idiota.

Manuel, mientras tanto, era doblemente cariñoso con su madre: formaba castillos, figurándose que apenas fuese correspondido *oficialmente*, debia tener bajo un mismo techo, los dos grandes amores de su corazon, á su adorada madre y á su Cecilia, por lo cual se habia santificado; pues efectivamente, el jóven, desde que notó en Cecilia simpatías hácia él, habia adjurado de algunas costumbres que le hacian poco favor: el viage á Matanzas era su sueño durante el dia y la noche: se figuraba que Cecilia tenia el capricho de corresponderle, en la ciudad en que habia nacido, y esta esperanza le hacia ver á Matanzas como un *Oasis*, como un *Eden*, ó tierra de promision.

Ningun mortal ha adornado de tantas bellezas una poblacion, como Manuel, á la ciudad que pronto debia visitar; porque el verdadero amor crea magníficos paisages, donde no existen, bellezas sobrenaturales, sueños de nácar y rosa que no pasan mas que por la febricitante imaginacion de un enamorado.

La felicidad y la desgracia estaban bajo un mismo techo; Doña Rosa, feliz porque ignoraba la pérdida que habia sufrido su esposo. Cecilia, contenta porque todo lo veia por un encantado prisma.

Don Ambrosio, pensativo cuando estaba solo ó lejos de su familia, porque la suerte le habia sido adversa y prefiriendo la soledad del escritorio, para no tener que fingir una alegría de que tan lejos estaba.

Doña Maria y Matilde, gozando de la mas completa felicidad, porque el dinero del dote lo habian colocado muy bien, y sus productos les eran suficientes para vivir con toda comodidad y decencia; como podia verse por la casita que ocupaban en el barrio de la Salud, modestamente amueblada; pero respirando aseo, alegría y felicidad.

Ernesto, luchando con los remordimientos que agitaban su alma honrada, y prorrogando el matrimonio que tanto deseaba verificar, hasta saber el resultado de la herida de Doña Eduvigis y sumario que se habia formado; temeroso de ser él la causa de que aquel paraiso de ventura que disfrutaba la familia, se convirtiese en un infierno.

Ultimamente, Doña Adelaida, tranquila en la soledad del claustro en el convento de las Ursulinas, lejos del que habia sido su esposo y la abandonó tan cruelmente, y lejos de su hijo que era el tesoro único de su corazon.

En cuanto á Ernesto, al que niño conocieron nuestros lectores, sigue en Paris, pero teniendo su vida en inminente riesgo, pues en su deseo de saber y hacerse notable en la ciencia de Hipócrates, estaba de practicante interno en el Hospital general, invadido de coléricos, motivo por el cual recordarán nuestros lectores, se habian sorprendido, profesores y estudiantes, cuando lo vieron ser el primero en comprometerse para permanecer encerrado en aquel antro de la muerte, donde diariamente salian cuarenta cadáveres, víctimas de la horrible enfermedad, contra la cual se estrellan todos los recursos del arte y de la ciencia.

Cecilia habia olvidado por algunos dias á su compañero de infancia; estaba enamorada, y en la época en que el amor y el pudor luchan en el corazon de una vírgen, todo lo que ella hacia hasta en su mas mínima accion, tenia por objeto agradar á Manuel; y sin embargo no se atrevia á decirle: *yo te amo.*

El jóven Conde era muy feliz, porque tenia algun mundo y comprendia perfectamente lo que sentia el corazon de la jóven matancera, y él gozaba en contemplar la lucha de aquel tierno corazon, que amaba y no se atrevia á confesarlo, que palpitaba á la vista del objeto amado, y queria ocultar sus latidos, sin comprender que siendo los ojos telégrafos de esa noble entraña, ellos la vendian completamente al enamorado jóven, harto ducho, por desgracia, en materias de amor,

La naturaleza, que tan pródiga ha sido con la muger, concediéndole belleza, gracia y donosura, ha puesto tambien en su alma, cuádruple dósis de sensibilidad, y apenas esta siente una emocion, ora de placer, ora de dolor, su naturaleza padece doblemente.

Cecilia no tenia el bello color de otros tiempos, estaba pálida, pasaba horas enteras en una completa atraccion, y no aparecia con tanta frecuencia la sonrisa en sus labios: si tocaba el piano, lo hacia como puede hacerlo un autómata, sin saber las melodías que tocaba, ni el por qué de *elegir* las piezas mas melancólicas y que mas impresion podian hacerle; de modo, que podemos decir que Doña Rosa estaba ciega, para no comprender que al tesoro de sus entrañas; le habian robado el corazon.

A Don Ambrosio no es estraño que no le llamase la atencion, las novedades que veia en su familia; pues es sabido, que el cúmulo de negocios que tenia, y consagrando desgraciadamente sus horas de ocio al juego, solo deseaba que su familia tuviese en abundancia, todo cuanto es necesario para los goces de la vida. El mas funesto de los vicios es el juego; y aun cuando se tengan momentos en que la fortuna le sea pródiga, los goces de la ganancia son fugaces; la sangre se agolpa al cerebro y la organizacion padece, tal como el hombre malo y delincuente que se regocija con haber sentido por un momento el placer que le proporciona una accion vergonzosa, un triunfo efímero, y despues se abate, despues padece, llora y maldice su existencia, porque no tiene un instante de felicidad en la vida. Dichoso aquel que amando la virtud, y comprendiendo en toda su estension la ley sabia y justa del Omnipotente, jamas ha hecho mal á sus semejantes.

D. Ambrosio, cuyo corazon y noble alma eran dignos de ser citados como modelo, tenia amor al juego, se habia enviciado en él y no podia disfrutar la ventura por completo, esponiendo á cada momento la felicidad de su familia, al capricho de los naipes: él no reparaba en la palidez de Cecilia, él no notaba el trastorno en las costumbres de su hija ¿y como podia ser buen padre de familia, él que tanto ignoraba en su casa? hé aquí como un hombre muy bueno, de muy sanos principios y virtudes, puede hacer el daño en vez del bien.

XVI.

UN VIAJE A MATANZAS.

Han pasado algunos dias despues de los últimos sucesos que hemos narrado á nuestros lectores, y está en vísperas de realizarse el viage á Matanzas, para que Cecilia tenga el gusto de ver el *Valle del Yumurí*, el *Abra* y todo lo notable, bello y digno que encierra.

Los preparativos del viage, á la patria de aquella celebrada belleza, habian sido notables, pues era justo sostener la fama que disfrutaba la jóven matancera, y que sus trages y tocados, confirmasen el sobrenombre de elegante que disfrutaba.

En cuanto á Manuel, bastará decir que se iba á realizar el mas bello sueño de su vida, y que todas sus esperanzas estaban fijas en la realizacion de aquel paseo; porque su corazon le decia que en Matanzas seria correspondido.

Esa sola idea, era suficiente de por sí, á que el jóven Conde, preparase un equipage digno de su riqueza, y que le permitiera aparecer siempre ante sus ojos con inrreprochable elegancia; y sabiendo que en la juventud matancera, habia algunos que tenian esquisito gusto en sus trages, y que podian figurar en cualquier sociedad de buen tono europea, con doble motivo: de manera, que ella y él, sin ser amantes, deseaban agradarse mútuamente, y dejar en la poética Yucayo, un buen recuerdo de su visita: jóvenes ambos, y sin haber pasado por el crisol del infortunio, ni saber el legítimo valor de aquel oro, que derrochaban; todo para ellos era felicidad, ventura, placer; ni la mas pequeña nube de tristeza empañaba el diáfano cielo de su felicidad.

Los jóvenes de la aristocracia habanera, pertenecientes y no per-

tenecientes, á la sociedad El Oriente, envidiaban á Manuel por la preferencia que obtenia de Cecilia; pero era tan querido, tan estimado, que ninguno sentia en su corazon, el veneno fatal de la envidia, hasta el estremo de hacerle por esa causa una guerra de mala ley; y esto prueba que es difícil, que en la juventud, se encuentren esos corazones de cieno que por envidia, ó cualquier otra baja pasion, ponen en juego todas las malas armas, desde la calumnia hasta el anónimo, desde la mentira hasta ese instrumento fatal que no nos atrevemos á escribir dos veces.

Ellos, apesar de la preferencia de Cecilia, no se atrevian á hacer uso de esas armas de mala ley, poniendo en conocimiento de la bella jóven la borrascosa existencia de su amante, lo que hubiera contribuido, cuando menos, á entibiar su afecto, mientras que Doña Segismunda y Doña Eduvigis, ya habian escrito el fatal anónimo, dirigido á Doña Flora y lo habian remitido; anónimo por el cual debia tener Manuel algunos disgustos, y el corazon de aquella amorosa madre, al ver tan prendado á su hijo de una jóven que no podia hacerlo feliz; y si llegaba á conocimiento de Doña Rosa y de Don Ambrosio, la tortura seria cruel, al ver tachado al ídolo tan querido de sus corazones: véase pues, todo el daño que puede ocasionar un miserable papelucho escrito por una mano malvada y criminal.

Doña Flora recibió el anónimo y lo leyó con bastante asombro; cada palabra destilaba veneno mortífero sobre la familia de Cecilia y sobre ella misma: pintaban allí á Doña Rosa como una garduña, que pretendia, con toda la fuerza de su astucia, atraer al jóven Conde hácia su casa, y aun indicaban que se susurraba entre personas que debian estar bien enteradas, que el viage á Matanzas era para que se celebrase un matrimonio secreto y evitar de este modo esplicaciones: aquella carta era un filtro que destilaba hiel en el corazon de Doña Flora, y no es estraño, que leyéndola, se escapasen algunas lágrimas de sus ojos.

La infeliz madre guardó aquella carta, porque temia la sorprendiese su hijo con aquel escrito en que tan mal se hablaba de la jóven de quien tan prendado estaba, de quien habia hecho tantos elogios y que Doña Flora deseaba conocer.

Apenas el hijo y la madre se reunieron en la mesa, este le dijo:

—Siento mucho que sus achaques no le permitan dar un paseo

á Matanzas porque tendria el gusto de llevarla y que contemplase los magníficos paisajes de aquella pintoresca poblacion.

—Y yo, dijo la madre con la mayor naturalidad, tengo tambien el deseo de ir contigo aunque el paseo me haga daño, como sé que me hará; pero de este modo no me separaré de tí, pues tengo el triste presentimiento que mi enfermedad se ha de agravar durante tu ausencia.

—En ese caso, dijo Manuel sorprendido, no iré, mamá; me quedaré á tu lado, velaré tu sueño, sin embargo de que no puedes comprender los dias de felicidad que pierdo; pero es un sacrificio que recompensará con usura mi deseo de verte tranquila y contenta.

—Qué bueno eres, hijo mio; pero yo conozco que sin querer arranco de tu existencia tu mas bella esperanza, y esto tambien me hace sufrir horriblemente, porque desearia que tu sacrificio de quedarte á mi lado no te hiciese perjuicio ninguno.

—Mamá, entónces no seria sacrificio!

—Pero bien, hijo, tiempo tienes de ver á Matanzas.

—No solo es Matanzas lo que me hacia separarme de tí, mamá, y voy á noticiarte todo le que sacrifico por complacer tu deseo. Muchas ocasiones me has oido celebrar á una jóven llamada Cecilia, de quien tambien has oido hablar á todos mis amigos, y á la que obsequiamos con un baile en nuestra quinta; pues bien, esa encantadora Cecilia, ese ángel de virtud y bondad que amarás mucho el dia que la conozcas, me concede alguna preferencia entre los demás jóvenes que la obsequian.

—Preferencias! ¿nada mas?

—Nada mas, madre mia, porque si me hallara correspondido estaria loco, mamá, sí, loco, porque es mi sueño y deseo hace mucho tiempo.

—¿Con que no hay relaciones entre ustedes?

—No, mamá; y al ser invitado por su familia cuando manifesté mi deseo de conocer á Matanzas, que es la patria de Cecilia, sentí un gozo indecible porque era mucha felicidad para mí, y ya ves que juzgaba con razon que debia presentarse una causa que lo impidiese, y tan grande, que ya ves con cuanta facilidad he renunciado, en gracia del motivo, á disfrutar de esa ventura, de que no hubiera desistido por todo el oro del mundo.

Manuel decia esto palideciendo cada vez mas, porque efectiva-

mente él meditaba en todas las consecuencias que podia traerle el renunciar al viage y demorar la correspondencia de su adorada que él creia debia concederle en Matanzas.

La madre, al notar su palidez, al comprender el sacrificio que hacia su hijo por una mentira de ella, y temiendo la cólera del cielo, esclamó llorando:

—Manuel, no puedo engañarte mas; yo no tengo presentimiento alguno de que mis dolencias se agraven; nunca, gracias al cielo, he estado mejor que hoy: pero tú tienes juicio, tú me amas mucho, y es preciso que desistas de esa fatal pasion que no puede hacer tu felicidad.

Manuel sintió en su cuerpo el estremecimiento nervioso que sufre aquel á cuya proximidad cae un rayo, y no pudo responder. Su fisonomía revelaba los sufrimientos de su corazon.

Su madre al contemplarlo así se incorporó y se puso de pié; él, sin poderlo remediar, lo habia hecho tambien á impulso del salto nervioso; pero pronto le faltaron las fuerzas y se desplomó sobre una silla.

—Manuel, Manuel.... ¿Qué es lo que tienes?

—Ay señora! por qué no me seguísteis engañando, por qué me habeis herido tan cruelmente en el corazon!

—Hijo mio, dijo la pobre Doña Flora temiendo por aquel ser que tanto adoraba, no he sido yo la que te hiere, es esta carta que ha llegado á mis manos y la cual me prueba que no es posible te unas á esa bella jóven, de quien por desgracia veo que estás tan enamorado, porque esa union destruye tu casa, tu inmaculado apellido y tu acrisolada honradez.

Manuel no respondió; sus ojos querian saltársele, de sus órbitas, fija la mirada sobre su madre, é involuntariamente llevó la mano sobre el corazon y lo oprimió con toda su fuerza, porque sus latidos eran tan fuertes que lo privaban de la respiracion.

—Toma, toma, lee ese carta; no soy yo, tu cariñosa madre, la que daria gota á gota toda su sangre por verte feliz la que te dá este sentimiento, es esta carta que deseo que leas, porque tú mismo te convencerás que entre Cecilia y tú hay un abismo imposible de salvar.

Manuel dió dos pasos hácia su madre, tomó la carta, se restregó los ojos para convencerse de que no soñaba, leyó el fatal escrito y

una carcajada estridente, la carcajada de un loco, resonó en su boca y cayó al suelo: el jóven Conde de*** estaba loco; el fatal anónimo, el arma de los cobardes y los asesinos habia hecho todo el efecto que apetecian sus autoras; allí se acusaba á Cecilia de un crímen que no puedo transcribir al papel, porque los pudorosos sentimientos de mis lectoras no sufran con tan calumniosa acusacion.

Renuncio á pintar los sufrimientos de Doña Flora, alma llena de virtud y muy timorata, que al ver á su hijo de aquel modo se acusaba ante sus criados y las personas que acudieron de haberlo asesinado, de ser ella la culpa de que su hijo se muriese; acusaciones que se hacia Doña Flora con tanta constancia y conviccion que los criados y las visitas llegaron á creerse que era verdad, y mas cuando se arrodilló ante un pobre hombre del pueblo à quien hacia muchas limosnas, y le suplicó fuese á buscarle á su padre de confesion, porque necesitaba ocupar el tribunal de la penitencia en aquellos momentos.

El único que podia esplicar lo que habia pasado era Manuel, y este estaba loco; sus ruidosas carcajadas resonaban en toda la casa, y cada una de ellas era un nuevo puñal que atravesaba el corazon de la infeliz madre y le hacia redoblar sus acusaciones, confesándose ante el público de un crímen espantoso.

Al momento circuló la noticia por las principales casas de la Habana, y todas las señoras y señores de ellas acudieron á la de Doña Flora, escepto los verdugos de su felicidad, porque juzgaban que eran ellas las que habian herido tan cruelmente á la madre y al hijo, y los asesinos cobardes tiemblan, ante la víctima y revelan su crímen en sus acciones.

Llegó el sacerdote, respetable anciano que atendió solícito á la llamada de la Sra. Condesa, y esta, sin atender á su hijo, acudió á confesarse, en cuyo acto le entregó la carta que habia dado lugar á la desgracia.

El venerable confesor no podia hacer pública la carta que tan villanamente atentaba á la honra de una familia, y deseaba al mismo tiempo hacer comprender la inocencia de aquella infeliz madre, que se consideraba culpable en las padecimientos de Manuel, y que lo habia dicho en alta voz.

Entónces el sacerdote se aproximó á uno de los facultativos llamados para su asistencia, y le interrogó sobre la opinion que tenia

formada del delirio del jóven Conde, y si se prolongaria su dolencia, pues de no ser así pronto Manuel haria conocer los motivos del accidente, y se evitaba poner en la *lengua* del público, las falsas acusaciones que allí se hacian de la gentil Cecilia.

El paseo á Matanzas era entre tanto el único objeto de que se ocupaban en la casa de D. Ambrosio, porque allí no habia llegado la noticia del acontecimiento, hasta las nueve de la noche en que fué Doña Dorotea á visitarlas; pero esta sócia del *Ocaso* no dijo la verdad por completo, sino que Manuel se encontraba enfermo, y como Doña Flora no tenia otro cariño que él, estaba sumamente abatida.

Cecilia oyó esta noticia; pero supo moderar los impetus de su corazon y su rostro no dijo nada, mostrándose mas afectada la madre que la hija, y hasta hizo algunas alusiones al entusiasmo que tenia Manuel con el proyectado paseo á Matanzas, para el cual no faltaban mas que ocho dias, y determinado que fuese por mar, como mas cómodo.

Mucho deseaba saber Doña Dorotea si la enfermedad de Manuel seria motivo para la suspension del viage; pero Doña Rosa en nada indicó si se verificaria ó no; porque solo podia adelantarse ó prorogarse por la voluntad de D. Ambrosio.

Frente á la casa de Cecilia, se veia mientras Doña Dorotea estaba de visita, un bulto que fijaba su atencion en la escalera principal de la casa: era un inmóvil centinela que llenaba cumplidamente su mision, si es que algun objeto, como era de figurarse, lo obligaba á estar de aquel modo.

Apenas Doña Dorotea bajó los primero escalones que se veian desde la calle, cuando el bulto abandonó su lugar, tomó la acera del frente, y caminó de tal modo, que al pasar por la puerta de la casa, salia Doña Dorotea á quien ofreció su mano para subir al carruaje.

—Oliverio, tú aqui, ¿venías de visita en casa de Doña Rosa?

—Por el contrario, replicó el jóven, en estos momentos iba á vuestra casa para haceros una visita.

—En ese caso, acompáñame Oliverio.

—Tengo mucho gusto en hacerlo.

Y el vivísimo jóven, que ya conocen nuestros lectores, penetró tambien en el carruaje.

—Tú no eres de los enamorados de Cecilia?

—Yo no me enamoro de nadie, usted y mi tia lo saben bien; celebraba su belleza y nada mas, porque no creo que las hijas de Eva merezcan tantos sacrificios de los hijos de Adan, y dispensadme que sea tan franco, porque ya por usted se sacrificó uno, y no creo que espereis se sacrifique otro.

—Ni sacrificarme yo, dijo Doña Dorotea que si de uno salí bien, de otro quien sabe.... y debes alegrarte de no haberte enamorado de la Cecilia; pues cuando el mundo asegura que está en relaciones con Manuel, ha sabido su enfermedad con bastante indiferencia y no hay ideas de suspender el paseo de que él formaba parte.—¡Conque mira que consideraciones se guardan á los amantes en el siglo del progreso!

—Me alegro, replicó Oliverio con la mas natural de las risas, quien les manda ser bobos y hacer tantas niñerías por conseguir el SI de unos labios de carmin, que han de ser mas tarde de pergamino. ¡Qué hagan bailes! que hagan sacrificios, y chúpense ese espárrago!

—Ja, ja, ja, dijo la vieja, así me gustan los jóvenes, como tú alegres y calaverotes, porque así tienen tiempo de reflexionar y hacer matrimonios de conveniencia.

—Sin embargo, ustedes son enemigas de esa familia, y todo lo miran con malos ojos, quién sabe si esperarán á que él esté bueno para verificar el paseo.

—Sí, sí, que espere, dijo Doña Dorotea, con el mayor sarcasmo. De la voluntad de D. Ambrosio, y segun estén sus asuntos depende el viaje, ya el dia indicado, que es el miércoles de la semana entrante, ya antes ó despues, segun él disponga: esto lo ha dicho bien claro Doña Rosa.

En estos momentos llegaban á la casa de la señora; Octavio la acompañó; pero media hora despues abandonaba aquella mansion y decia:

—Todo está averiguado, y puedo hacer un servicio á Manuel, que ahora es cuando necesita de los amigos: el viage á Matanzas, sin él seria una calamidad para nuestro enamorado; ese viage depende del estado de los asuntos de D. Ambrosio; embrollémosle uno, y el viage se demora á mi voluntad, hasta que Manuel esté en disposicion de gozar de ese delicioso paseo, que era su sueño, su ventura, de lo único que hablaba; seamos una vez diplomáticos

y trabajemos por el prójimo; y pues tanto me ha servido mi vigilancia para pescar á la primer *cotorrona* que visitase á la familia; y haciéndome el loco, he sacado cuanto deseaba; busquemos en los asuntos de D. Ambrosio, uno que embrollarle y nuestro triunfo será completo. ¡Al embrollo! al embrollo! que esa es la obligacion de un fiel asociado de *El Oriente* que tiene por divisa *Cecilia y Juventud*; y á paso redoblado, tomó por la calle de la Obra-pía, dobló hácia la izquierda por la de Compostela hasta el arco de Belen, doblando por él y tocando á la puerta de una pequeña casa de la calle de Acosta, repitiendo con bastante viveza:

—*Antonio! Antonio!*

A esta señal se abrió la portezuela y el jóven aristocrata penetró en una pequeña sala enteramente á oscuras.

—Antonio de los diablos, ¿dónde te escondes en esta cueva que no te encuentran mis ojos.

—Señor Octavio, dijo una voz chillona y penetrante, aquí estoy, que se ofrece; y frotando un fósforo en la pared, encendió una lamparilla que esparció su pobre luz en la sala.

—Hola! hola! si estás tan arrinconado que pareces un huron!

—¿Y á qué debo la felicidad de veros á esta hora por esta casa?

—A un asunto, que si bien me tiene á mí alguna cuenta, debe á tí reportarte mucha.

—Veamos, mi fuerte son los *negocios*, aun cuando si es de dinero, la cosa estará mal; pórque vuestros amigos me han dado en la semana pasada una *saca* espantosa.

—¿Siempre al premio *moderado* de costumbre?

—Los pobres han de vivir, Sr. D. Octavio y si no fuera ese premio, ¿cómo se compensarian los *siniestros*?

—Tienes razon, Antonio; pero vamos á otro asunto, que en tu casa hay un calorcillo estremado. Ahora se trata de ganar dinero sin dar dinero, un asunto en que no se espone ni un centavo, y puede producirte: en fin, un negocio que no necesita mas que sagacidad y astucia.

—Veamos que es; pues las recomendaciones me hacen creer que me será útil.

—Se trata, dijo Octavio, bajando la voz, de hacer que un pagaré cualquiera que pase de cuatro ó cinco mil pesos, se demore en su pago; pero sin prorogarlo, sino dando escusas de un dia para otro,

en el concepto de que por cada dia que pase, se pagará un octavo por ciento al deudor y á tí diez onzas por el plan.

—Magnífico! dijo con chillona voz, y abriendo mucho los ojos; ahora falta que yo encuentre con un deudor que se preste á ese nuevo juego, tan misterioso como incomprensible, porque hasta ahora solo habiamos visto cárcel para el que no pagaba; pero no pagar premios porque no se pague: adelantos de nuestro siglo que marcha al vapor.

—Exactamente.

—¿De quién es el pagaré, cuyo pago ha de demorarse!

—De D. Ambrosio de*** el que vive en la calle de***

—Ya sé, ya sé, basta, y haremos lo posible, porque usted quede servido completamente.

—Así lo espero, replicó Oliverio con viveza; porque ¿cuándo has ganado tú diez onzas mas mansamente? A qué hora me das la respuesta afirmativa ó negativa?

—Mañana en la tarde.

—En qué punto?

—En el café de Escauriza.

—A qué hora?

—A las seis.

—¿De modo que te espero sin falta en el balcon del referido café?

—Espéreme usted con toda confianza, y aun creo que puede usted alimentar la esperanza de que se hará el negocio.

Mucho placer tendria; se trata de un amigo á quien estimo como un hermano, y á quien deseo complacer con esta prueba de amistad. Hasta mañana, Antonio.

—Hasta mañana Sr. Oliverio.

Antonio abrió el postigo de la pequeña puerta de su casa, y Oliverio se encontró de nuevo en la calle de Acosta y bajo los arcos de Belen, que tan célebres se hicieron por los muchachos que bajo de ellos se agrupaban á las horas de entrada y salida de la escuela gratuita de aquel nombre, que habia en el convento de los Belemitas.

—Ahora, dijo Oliverio, á velar al lado de mi querido Manuel, á cumplir con la amistad y estar al corriente de su mejoria, para que no pierda su tan deseado paseo á Matanzas, por mucho que le pese á las viejas de *El Ocaso*.

En la plaza de Belen, tomó Oliverio un carruaje de alquiler, y

dió las señas de la casa de su amigo, que si bien mejor por estar mas tranquilo, no estaba en su completo juicio.

Allí encontró Oliverio á tres personajes desconocidos para él, que se habian presentado á la Señora Doña Flora como unos seres llenos de gratitud que debian favores á Manuel, y que querian velarlo y servirle de enfermeros; estas tres personas eran Doña Maria, Matilde y Ernesto, que por una cartica reservada de Cecilia, se habian enterado de aquel accidente.

Doña Flora les permitió que asistiesen á su querido hijo, y desde ese momento, las criadas se retiraron del aposento que ocupaba aquel; pues todo cuanto era necesario hacerle lo verificaban con el mayor amor y abnegacion, Doña María, Matilde y Ernesto.

La prolija asistencia de aquella familia agradecida, llamaba la atencion de todos los amigos de Manuel, y sobre todo de su madre, que no sabia que poderosos motivos de gratitud, obligaban á personas tan decentes á hacer el papel de los mas humildes criados; pues aun cuando Doña Flora queria evitar el que ellos le diesen baños de piés, etc., no podia lograrlo, porque se ponian en lugar de las criadas.

Tres veces al dia le daba Matilde á Cecilia cuenta del estado en que se encontraba el enfermo, y la bellísima jóven que ignoraba ser ella la causa principal de la enfermedad, pedia al Omnipotente por el jóven con quien tanto simpatizaba, hasta el estremo de creerlo amantes.

Cecilia no podia en manera alguna visitar la casa del jóven Conde, porque no tenia relaciones de amistad con su señora madre, de manera que solo Matilde, podia de una manera indirecta proporcionarle las noticias que ella necesitaba, y decimos indirecta, porque cualquiera de aquellos billetes que hubiesen caido en poder de Doña Rosa, nada hubieran demostrado en contra de la jóven; tal era el modo con que estaban redactados; Matilde, hablaba siempre como de ella al hacer referencia á Manuel, y en que la jóven le dijese á Cecilia si estaba mejor ó peor; nada habia de particular.

Para no prolongar demasiado la narracion de nuestra historia, diremos, que al quinto dia de enfermedad, Manuel estaba en su acuerdo; pero tenia momentos, sin duda al recordar aquella espantosa carta, en que todo le mortificaba y con nada encontraba consuelo: y al persuadirse que la infeliz familia de Doña Maria y Er-

nesto, le habian servido con tanto esmero en su enfermedad, asomaron algunas lágrimas á sus ojos y dijo: ¡qué feliz es Ernesto!

—Feliz! le dijo Oliverio admirado, feliz un hombre pobre, que trabaja diariamente para ganar el sustento.

—¿Y qué importa eso, cuando tiene independencia para casarse con la mujer que adora, sin hacer comentarios sobre si es mas ó menos noble, mas ó menos plebeya.

—Y tú harás lo mismo?

—Yo!.... sí, sí, tienes razon, dijo moderándose, yo haré lo mismo.

—Para el efecto, mira la carta que acabo de recibir.

—Una carta! dijo Manuel tomándola.

—Léela.

Manuel leyó:

"Antes de ayer se le cumplia á D. R. P. un pagaré de 7,000 pesos á favor de D. Ambrosio, ya van dos dias que le da escusas sin quererlo prorogar; de modo que se va cumpliendo lo ofrecido; pero no demore usted mucho la situacion, porque Don R...., es honrado y solo á fuerza de súplicas, he logrado hacerle demorar la entrega, con varios pretestos razonados que he inventado para el caso."

—¿Y qué es esto?

—Esto es, dijo Oliverio, que con ese asunto, interrumpo por algunos dias la marcha de D. Ambrosio á Matanzas, tú te pones bueno, y verificas con ellos el viaje á la referida ciudad.

—Ah! dijo Oliverio suspirando, es preciso desistir de ese viaje.

—Desistir! ¿por qué? esclamó Oliverio sumamente asombrado.

—Porque es preciso, porque yo soy muy desgraciado, porque la fatalidad pesa sobre mí....

Y se cubrió el rostro con las manos.

—Manuel está enfermo, muy enfermo, repitió el amigo maquinalmente: ¡desistir del viaje á Matanzas!, solo enfermo, brotarian de sus lábios tales palabras.

—Matilde se aproximó á Manuel para darle una taza de caldo, y mientras Oliverio encendió un cigarro, el enfermo recogió un papelito que habia caido de las manos de Matilde.

El papel decia:

—Resignacion:—yo pido á Dios por tí.

Y una *C.*, encantadora para los ojos del convaleciente, se veia al pié de aquellos dos renglones.

Manuel tomó el caldo, á lo que hasta entonces se habia negado, porque aquel papelito tenia la influencia de un talisman, y era preciso obedecer aquella órden.

Cuando Oliverio volvió á su lado, el enfermo le dijo:

—Sí, sí, demora el viaje de D. Ambrosio, lo mas que puedas.

—No dije yo, que este estaba enfermo, replicó el jóven en voz muy baja.

—Es indispensable que vaya á Matanzas, aunque se oponga el infierno: yo lo averiguaré todo, y si es mentira ¡ay! de ellas....

—Sopongo que esas *ellas* serán las viejas de *El Ocaso*.

—Sí, ellas, que son muy malas.

—Y ahora lo vienes á saber? pues es mas antigo que el Mambrú, y quien las conoce bien, soy yo; hago lo que me dá la gana, y ellas mismas me *dan impulso*.

—Es que, yo no me conformaré con burletas mas ó menos notables, sino que mi venganza será algo mas de lo que ellas se figuran, y si diese con la mano culpable, no seria hombre, sino una fiera y....

—Vamos, hombre, vamos; ahora no conviene que te incomodes.

—Si tú supieras, Oliverio, lo que yo he sufrido; si tú comprendieras de qué manera tan cruel han herido mi corazon; pero dices bien.... ahoguemos el rencor, hasta que esté en disposicion de vengarme.... por que me vengaré, si como espero, todo ese plan es una falsedad.

La presencia de Doña Flora, hizo que Manuel variase de conversacion: la pobre señora, regocijada, al ver que cada momento mejoraba su hijo, no pudo menos que darle un abrazo cariñoso, y decirle la multitud de personas que habian estado á informarse de su salud, y que su corazon latia orgulloso, al ver una familia tan decente, asistiéndolo con tanta prolijidad, solo por gratitud.

Manuel varió de conversacion, porque deseaba evitar esplicaciones sobre aquella malhadada carta anónima, causa de todos sus sufrimientos, y ella, que así lo comprendia, deseaba borrar con sus caricias la mas leve huella de aquel accidente, que en tan grave riesgo puso la razon de su hijo.

Matilde en ese dia, escribió á Cecilia, espresándole en su lenguaje misterioso, que Manuel estaba fuera de peligro y en convalescencia.

Cecilia, por su parte, le decia á la virtuosa jóven que su viaje á Matanzas se habia prorogado por un asunto de su padre, que era sin duda el de la trama de Oliverio con el corredor Antonio, y Matilde hizo que esta noticia llegase á Manuel por conducto de Oliverio.

Al siguiente dia creyeron Doña Maria, su hija y Ernesto, que su presencia en la casa era inútil, estando el enfermo bueno, y se retiraron de ella sin admitir el mas pequeño obsequio ni de la madre ni del hijo; participándoles que su matrimonio debia tener efecto el inmediato jueves, y que no los elegian á ellos para padrinos, por estar nombrados D. Ambrosio y Doña Rosa; pero la madre de Manuel les dijo, que no habiendo ella contribuido para el dote, deseaba ser con su hijo, padrinos de velaciones; de manera que cumplian con Doña Rosa y su esposo, y veian satisfechos sus deseos, así se acordó, y la buena familia se retiró sumamente complacida con esos inefables goces que solo alcanza la virtud en este valle de lágrimas, y que es inútil deseo querer conquistar con oro, pues no hay tesoro, con que poder comprarlos.

Manuel se llenó de satisfaccion con este pensamiento de su madre, pues veia llegada la ocasion de que ella conociese á Cecilia y á sus padres, y daba por muy seguro, que apenas Doña Flora conociese bien la honradez y virtudes que adornaban á la familia, todos los anónimos del mundo, por bien combinados que estuviesen, harian poco ó ningun efecto en su alma; esta dulce esperanza fué una verdadera panacea para reanimar su abatido espíritu, y al dia siguiente Manuel salió con Oliverio á dar un paseo, teniendo el placer al pasar por la calle de la bella matancera, que esta apareciese en el balcon para hacerle uno de esos saludos que son un poema, porque en ellos se espresa la satisfaccion, el placer y las emociones mas gratas del alma.

Los que no creen en que el corazon manda en nuestro cuerpo, atribuirán á pura casualidad que Cecilia apareciese en el balcon en los momentos en que Manuel iba á pasar por el frente de su casa, no siendo la hora de aquellas en que la jóven tenia por costumbre hacerlo; pero ella sintió un secreto deseo que la impulsó á dejar su costurero para dar un vistazo á la calle, y era que el corazon le ar-

denaba lo hiciese para que tuviese ese momento de satisfaccion. Y lo tuvo, si bien con algun sentimiento al ver el pálido rostro de Manuel que hacia contraste con el enrojecido de Oliverio.

Doña Flora aprovechó el paseo de su hijo para llamar al facultativo y consultarse con él, sobre si le seria útil ó perjudicial un viajecito á Matanzas por algunos dias; pero el profesor le dijo que no debia probar, porque el cambio de temperatura á su edad y con sus achaques le haria mucho daño.

La pronta resolucion del hijo dé Hipócrates, como mas tarde se verá, no fué hija de la ciencia, sino de una súplica hecha por las mas fanáticas asociadas de *El Ocaso*, que deseaban evitar á todo trance el que Doña Flora tuviese amistad con la familia de Cecilia, y comprendiese que eran criminales imposturas las que se le atribuian en aquella fatídica carta, cuyas consecuencias han visto nuestros lectores.

Resignóse Doña Flora, que deseaba acompañar á Manuel, figurándose que con su presencia evitaría compromisos mayores á su hijo, á quien no tenia intenciones de evitarle mas el paseo; comprendiéndo cuan penoso era para su hijo tal sacrificio, y temia las consecuencias de él, porque se le decia en aquella infernal carta que el viaje á Matanzas tenia por objeto celebrar un matrimonio *á cencerro tapado*, como suele decirse de los casamientos ocultos.

La lucha que sostenia la infeliz cuanto cariñosa madre era terrible; deseaba salvar á su hijo de la fatal situacion en que lo juzgaba colocado, y temia por otra parte agravarse en sus dolencias, así como ir á la casa de una familia con quien no se habia visitado, y hacer durante su permanencia en ella el papel de espía á los pasos de su hijo: reflexiones eran estas que preocupaban mucho á la señora y á la madre, y cada dia tomaban mayor incremento, pues con cada una de las amigas que hablaba le hacian muchos elojios de la familia de D. Ambrosio, dándole con un remarcado *pero* un veneno terrible que destrozaba su corazon; ese *pero*, que ha quitado tantas reputaciones, que ha hecho tantos hombres desgraciados, que ha evitado tantos matrimonios y sacrificado á tantas bellas jóvenes que jamás han podido encontrar un esposo, porque aquel *pero* es agudo puñal que hiere traidoramente.

Cuando una madre buena y cariñosa, tiene por todo tesoro en el mundo á un hijo en quien cifra su placer y su orgullo; lo vé ena-

morado hasta el fanatismo de una bellísima jóven, elegante y bien éducada, y comprende la imposibilidad de borrar dé su mente la imágen de aquella muger, entónces desea y pide á Dios en sus oraciones que aquella belleza una á su mérito físico el mérito moral, que no tenga mancha alguna, para que haga la felicidad de aquel ser que es su propia vida. Con todos se informa, á todos pregunta, y si se encuentra en el mismo templo con una señora que reza con fervor todos los dias, que todos los dias ocupa el tribunal de la penitencia, *que pasa* por *religiosa*, por *buena*, por *santa*, á ella acude deseando hasta que la *engañen;* pero entónces le dan amarga cicuta entre dedadas de miel, oyendo lo siguiente ó algo muy parecido.

«—¡Ay, amiga! qué lástima!.... una muchacha tan bonita, tan jóven, tan elegante, tan bien educada, *pero* que ha hecho lo que le ha dado la gana, que ha tenido en su círculo jugadores, hombres de mala vida, y hasta mugeres de *posicion falsa, ¿quién puede responder?* Sin embargo, acaso milagrosamente se halla salvado del círculo que la asediaba; *pero* milagro, y notable será, por mucho que ahora se haga la tímida.

Los que sean imparciales y justos comprenderán el filtro infernal de donde se destila tanto veneno, y que penetrando en el corazon de una madre ha de hacer un efecto superior á todo encarecimiento. ¡Qué madre vé tranquila que el único hijo de su corazon pueda hacerse infeliz por un amor hácia una criatura indigna de tan santa pasion! ¡Qué madre dejaria de hacer inauditos esfuerzos por borrar las huellas de un amor que ha de hacer la desgracia eterna del que ama! Compadezcámola, y no le retiremos nuestras simpatías á Doña Flora, al verla luchando con el deseo de salvar á su hijo de los amores con Cecilia.

La angustiada madre, como hemos dicho, pasaba las noches en vela meditando en el viaje que ella juzgaba como el final del melodrama de los desgraciados amores de su hijo (cuando aun no estaba correspondido,) y fué tanto lo que lloró una de esas noches de insomnio, que creyendo aquella melancolía un aviso del cielo, resolvió acompañar á Manuel á Matanzas: tomó la heróica resignacion de atropellar todos los fueros, todas las leyes de la política, y siendo las cuatro de la mañana, escribió la siguiente cariñosa carta á Doña Rosa, á quien jamas habia saludado: carta que íntegra copiamos para que se comprenda, conociendo el orgullo de la aristó-

crata señora y el cariño de la madre, cuantos esfuerzo haria Doña Flora para redactarla.

"Señora:

"Incalificable será para usted, el paso que doy al dirijirle esta carta; pero todo se dispensa á mi edad y al estado de mi salud, y persuadida de la clase de persona á quien me dirijo, antes me doy la absolucion que la confesion del pecado.

"Manuel mi hijo, está loco con el viaje á Matanzas, que ustedes tan bondadosamente le proporcionan, y la alegría de la juventud, por el mas raro de los caprichos, se ha comunicado á mi ancianidad, y deseo, antes de cerrar los ojos, gozar con el único bien que tengo en el mundo, de tan deliciosos dias. *(Aquí habia señales de que una lágrima habia humedecido el papel.)*

"Para llevar á cabo este capricho de lave jez, era necesario ponerme de acuerdo con usted, y yo, que no tenia el honor de conocerla ni á su apreciable esposo, dudaba el modo de proporcionarme tanta dicha; hasta que, sin consultar á Manuel, me decidí á escribirle á usted y manifestarle tácitamente mi deseo; muy persuadida de que será aceptado al momento; tales son los antecedentes que de su galantería y carácter tengo.

"Espero que mi franca manifestacion, no tenga otro defecto que la franqueza misma; pues sentiria muy mucho ser gravosa, ni molestar con inútiles etiquetas en ese viaje de recreo.

"No sé los dias que faltan para que tenga efecto la visita á Matanzas; pero pocos ó muchos, desearia que antes, usted tuviese la bondad de visitar mi casa, traerme á Cecilia á quien deseo conocer, y así lograré mayor confianza para con ustedes, antes de que viajemos juntas: igual ofrecimiento hará usted á su señor esposo, y disculpándome por mi edad y la franqueza de mi carácter, espero el momento de tener el placer de darles un cariñoso abrazo, su afectísima q. b. s. m.

*Flora de***de****"

Aun no eran las ocho de la mañana, cuando la aristócrata señora remitia la carta á su destino, soportando su corazon una lucha que solo pueden comprender las personas que estén enteradas de

su orgullo y aristócratas principios; pero el amor de madre, se sobrepuso á todos los pergaminos, á todos los títulos y rancias preocupaciones, por que el amor de madre es el amor de los amores.

Si Manuel supiera el paso que he dado, me lo tendria á mal; decia, pero no lo sabrá hasta de aquí á unos dias, y si así lo salvo del abismo; qué me importan los medios? Dios sabrá premiar mi accion y el sacrificio que hago en aras de mi deber: por otro lado, si es verdad que se pensaba celebrar en Matanzas un matrimonio secreto entre esa jóven y mi hijo, pronto conoceré el disgusto que mi carta proporciona, y cualquiera que sea el plan yo lo evitaré con mi presencia y comprenderé todo lo que hay de verdad en la historia de esa familia, ya sea por el padre, ya por la madre, ya por la misma jóven de quien tan enamorado está mi hijo: de manera que el paso ha sido bochornoso, pero de magníficos resultados á lo que alcanzo, y siendo así, estoy completamente satisfecha, mas que satisfecha, y esta noche dormiré tranquila. Preparémonos á recibir á Doña Rosa y á Cecilia, porque si á ellas no les disgusta mi confianza, hoy mismo me visitan, y si les disgusta, lo harán mañana cuando estén mas respuestas del asombro que mi carta les haya causado.

Solo el cariño de una madre puede hacer disculpable el paso dado por Doña Flora; pero Doña Rosa, que ni en sueño podia juzgar que aquel deseo tenia por objeto un espionaje, se regocijó al leer la carta; y aquella inesperada confianza con que la trataba la aristocrática señora, fué aplaudida por la madre de Cecilia, á quien dió órden de que se preparase al momento para visitar la madre de Manuel; sin esperar á las horas de costumbre para demostrarle tácitamente el placer que les causaba su confianza y la dicha que tenian en que fuese su compañera.

La órden y la carta hicieron en Cecilia el efecto mas notable, y su alegría se representó con tan vivo colorido en su rostro, que su madre no pudo menos que decirle:

—Deseabas mucho conocer á Doña Flora?

—Sí, mamá, lo deseaba mucho; son tantas las personas á quienes he oido hacer contínuos elogios de sus virtudes, que anhelaba conocer á una señora tan buena.

—Así me sucede á mí, y como es tan partidaria de estar encerrada en su casa, ni aun de vista la conocia, de modo que en mi deseo hay algo de curiosidad.

Bastó un momento para que la hija y la madre, transformasen sus trages de casa en los de calle y que el carruaje estuviese listo para ir á la casa de Doña Flora; visita que hacian á la hora y media de haber recibido la carta que conocen nuestros lectores y de la cual no tenia Manuel ni la mas leve noticia.

Sin embargo de estar Doña Flora preparada para recibirlas, se sorprendió cuando el portero anunció los nombres, y palideció, por que era llegado el momento de conocer á la encantadora sirena, que le habia robado el corazon de su hijo.

La cortesanía de Doña Rosa, que Cecilia habia heredado en mucha parte, hizo que al encontrarse, lejos de haber esa parte ridícula de falsa política, fuese tan propia y espontánea, que tal parecia, al abrazarse las dos señoras, que habia mucho tiempo se conocian.

Cuando Doña Flora estrechó en sus brazos el elegante cuerpo de Cecilia, cuando aproximó aquella cabeza de ángel á sus lábios para darle un beso, dijo para sí:—"así soñaba yo á los querubines: razon tiene Manuel en estar tan enamorado;" y con ojos de lince, hizo en un momento el exámen de la jóven matancera, sin encontrar en toda ella una de esas ligeras faltas que siempre deslucen á las mas hermosas mujeres.

Ocuparon el estrado, y no admitió Doña Rosa ni una palabra mas sobre lo intempestivo de la carta que la habia llenado de placer; demostrando que hacia mucho tiempo deseaba conocerla, y la suerte le proporcionoba esa dicha por tan inesperado acontecimiento.

El candor de Cecilia, su dulce y persuasiva voz, su modestia, pues se enrojecia como una amapola cuando hablaban de su belleza; todo hacia en la condesa viuda, un efecto mágico, de esos que jamas se olvidan, y que formaban notable contraste con la opinion que de la madre y la hija le habian hecho formar.

Pidió, Doña Flora, que Cecilia tocase el piano, y esta le manifestó, que apenas conocia tan difícil instrumento; pero que deseando complacerla tocaria lo que ella sabia mejor; y pronto la favorita armonía alemana, que era su elíxir en los momentos de angustia, resonó en la sala, y Doña Flora, apesar de sus años, comprendió que Cecilia sabia interpretar la poesía de aquella música clásica, que está en *griego* para la generalidad de los aficionados músicos, y aun para muchos profesores.

O la madre y la hija, decia para sí la condesa, tienen el arte de

finjir en sumo grado, ó son criminales calumnias las que han hecho llegar á mí; pues ni la madre es una *garduña*, ni la hija una coquetuela ambiciosa que desea poseer un título: vamos, sin embargo, con tiento, proseguia la celosa madre, y esplotemos el filon, para poder juzgar si he sido engañada ó no.

Todo hasta aquel momento marchaba perfectamente; pero los precipitados pasos de Manuel por la escalera, hicieron palidecer á un tiempo á Doña Flora y á Cecilia: la primera porque juzgaba que su imprudente y ligero paso iba á ser descubierto, la segunda al considerar que iba á estàr frente á frente del hombre que amaba y en su propia casa.

Manuel, al llegar á la sala, sufrió doble sorpresa viendo á Cecilia, á Doña Rosa y á su madre en el estrado, su emocion fué profunda; juzgaba aquella reunion como un albur de vida ó muerte: como el tribunal que debia fallar la sentencia de su desgracia eterna.

Doña Flora y Cecilia habian enmudecido; Doña Rosa obsequiaba al jóven con una seductora sonrisa, y le daba la enhorabuena de haber pasado tan pronto la enfermedad, que tan rápidamente le asaltó: este parabien hizo mucho daño á la madre y fué un dardo agudo que penetró en el corazon del jóven Conde: pero hizo un esfuerzo, se repuso cuanto pudo de su emocion, y con dulce voz dijo:

—¿A qué májico poder debo la dicha de ver convertida la sala de mi señora madre, en un jardin con tan preciosas flores?

—Al deseo que teníamos de conocer á esta amable señora; deseo que hoy se ha realizado, dijo Doña Rosa.

La madre de Manuel respiró, Cecilia fijó en la alfombra sus miradas; temia ser descubierta en su cariño hácia el jóven; porque su corazon palpitaba demasiado. Tres minutos despues, el elegante habanero habia olvidadó las escenas pasadas y apuraba los recursos de su ingenio y su galantería para hacer mas grata tanto á la madre como á la hija su primera visita; pero cuando su asombro no tuvo límites, cuando creyó que el corazon le iba á saltar en pedazos de puro júbilo, fué cuando Doña Rosa, con todo el tesoro de su inagotable galantería, le dijo:

—¿Sabeis que Doña Flora nos acompaña á Matanzas?

—A Matanzas! repitió él tartamudeando.

—Sí, la hemos entusiasmado, y tantos han sido nuestros ruegos, que al fin nos ha concedido ese placer, que aumentará el vuestro,

no dejando cuidado alguno en la Habana durante la ausencia.

—No puedo esplicaros, dijo él, el inefable placer que esa decision me proporciona.

Y su fisonomía espresaba elocuentemente, que la dicha suprema se hospedaba en su corazon.

Cecilia era allí la víctima, porque hacia esfuerzos por ocultar lo que en su alma pasaba, y era demasiada lucha para la tierna jóven, que aun no poseia ese estudio de las cortesanas, que hacen inmutable su rostro en los momentos mas supremos de la vida.

Sin embargo, Doña Flora leia en un libro de clarísimos tipos, que ambos estaban enamorados hasta el delirio; pero tambien comprendió que entre ellos no existia compromiso alguno, y esto era todo cuanto ella necesitaba por lo pronto.

Cuatro personas solamente ocupaban la hermosa sala de la Condesa, y habia en ella mas júbilo y alegría, que en el mas espléndido y concurrido sarao, porque cada uno de los personajes sentia diferentes emociones.

Manuel, que tenia muy pocas esperanzas de asistir al paseo de Matanzas, tocaba la realidad, pero una de esas realidades mas gratas, que todas las ilusiones de la vida.

Cecilia veia en Doña Flora el tipo que ella habia soñado en la madre del hombre que amaba, y las bienhechoras gotas de la esperanza refrescaban su enamorado corazon.

—Doña Flora, dudaba de la fatídica carta en que se destilaba tanto veneno, contra la candorosa Cecilia y las costumbres de sus padres: veia al través de un clarísimo cristal, que no habia correspondencia entre ellos, y si mucho amor, y cuando una mujer desea pezcar, no dilata de aquel modo el primer nudo de la cadena del himeneo.

Doña Rosa, á quien los triunfos de su hija enloquecian, viéndola tan celebrada, y formando en aquellos momentos una nueva amistad se consideraba muy dichosa, y así lo manifestaba con toda la franqueza de su alma.

Los cuatro personages de nuestra historia formaban el grupo mas notable de la felicidad; y en aquellos momentos, el pincel del artista, hubiera logrado una obra completa con solo copiar la espresion de sus fisonomías.

Doña Flora, que deseaba estudiar todo cuanto le fuese posible á

la madre y á la hija, invitaba á Doña Rosa para que pasase á ver su gabinete, el oratorio y todo cuanto habia curioso en la casa; tratando de dejar solos á Cecilia y Manuel, para estudiar en ese momento lo que era y podia ser la jóven de quien tan enamorado estaba su hijo; pero Cecilia, sin necesitar ni la mirada de su madre, la seguia á todas partes y escuchaba con bastante indiferencia, al parecer, las galanterías que á cada paso le dirijia el jóven: los planes de Doña Flora se desbarataban como castillos de naipes, quedando por momentos mas y mas prendada de las bellezas físicas y morales de la hija del San Juan.

Si cualquiera de las asociadas de *El Ocaso*, hubiera *gozado* de aquella escena, sin duda que tendria con solo ella el *purgatorio* de sus pecados, porque la jóven tan criminalmente calumniada, conquistó en una hora el afecto de aquella señora que tan preparada estaba.

Cuando se despidieron Doña Rosa y Cecilia de la aristócrata condesa, existia entre ellas el dulce lazo de la amistad; sentimiento, que cuando es hijo del corazon, vale tanto como el parentesco mas próximo, y acaso algunas veces mas; de aquí nace el que algunos autores crean, que es tan raro un buen amigo como el ave fénix que renacia de sus cenizas.

Manuel, cuyo herido corazon habia sido curado con aquel milagroso accidente, estaba mas y mas persuadido de que en Matanzas le esperaba la correspondencia de aquella pudorosa vírgen, nívea azucena del Valle del Yumuri, cuyo amor era ya una necesidad para su vida.

Hemos dicho que la borrascosa juventud de Manuel era su único mal para ser un buen esposo; él comprendia su defecto, causa por la cual, hizo renuncia de sus antiguos hábitos, y dejó de tomar parte en ruidosas aventuras, en sus amistades con cierta clase de mujeres y hasta en el sostenimiento de algunas casitas, en que encerraba volanderas palomas de esas que prefieren la deshonra á la miseria.

Manuel santificaba su pasado con el presente, y el hombre de ayer no era el de hoy, quedándole solamente como recuerdo, la palidez de su semblante, herencia que tienen todos los que consagran las noches á los burdeles y á los garitos, sacrificando á efímeros placeres el valioso don de la juventud.

Manuel, repetimos, no temia de sus amigos, por mas rivales que fuesen en conquistar el amor de la jóven matancera, una delacion de su vida pasada; pero no estaba tranquilo su corazon con respecto á las que habia cubierto de sedas y de joyas, con las que habia gastado millares de pesos, satisfaciendo sus locos caprichos; pues por esperiencia sabia que ellas no se paran en los medios cuando tratan de hacer daño, interrumpiendo relaciones, sin las cuales, juzgan volver á gozar de los sacrificios del rumboso *amante*, si es que tan santo nombre puede darse á tan profano cariño.

Este roedor de su intranquila conciencia, era el purgatorio de sus pecados; pues decia y con razon; si Cecilia supiese las queridas que he tenido su inocente corazon sufriria crueles amarguras y hará esfuerzos por borrar de su mente la memoria de un jóven que, logrado su objeto, pudiera volver á sus anteriores costumbres, haciendo de su vida un verdadero infierno; pero ¡ay¡ de la infeliz estraviada que á tal paso se atreva, decia él, porque si lograse arrancarme las simpatías de ella, le arrancaria su vida pecadora, sean cuales fueren los resultados de mi venganza. En estos y otros pensamientos quedó Manuel sumergido á la retirada de la madre y de la hija, y ni aun le pasó por la imaginacion preguntarle á Doña Flora qué juicio habia hecho de sus nuevas amigas: así fué que se encerró en su cuarto, abrió la carpeta y escribió el siguiente billete:

"Querido Oliverio:

"No detengas por un momento mas el viaje de D. Ambrosio: dime cuanto ha costado el asunto del pagaré y ven á recibir el dinero, pues no puedo admitir ese sacrificio mas á tu buen cariño. Soy muy feliz, demasiado feliz. Mi viaje á Matanzas es cosa resuelta, y para mas dicha me acompaña mamá, con lo cual tendrá ocasion de conocer á ese ángel y á su apreciable familia, quedando por lo tanto sin efecto las calumnias de ciertas viejas de *El Ocaso*. Mucho te estimaré que vengas por acá para ciertos encargos sobre Julia y María; pues los que ellas pueden hacer me tiene intranquilo, y no tengo un momento de placer completo, temeroso de que hagan una de las suyas y tenga yo que cometer una barbaridad.

"Adios; siempre tuyo *Manuel.*"

Este billete fué remitido al instante al jóven Oliverio; al entregarlo al criado, Manuel tuvo el placer de ver á su madre que se en-

tretenia con las criadas en preparar el equipaje que debia llevar á Matanzas, lo que probaba que no era un vano ofrecimiento de pura política el que habia hecho, sino que lo llevaba á cabo. Cuando mas contento estaba el enamorado jóven, viendo que todo marchaba *á pedir de boca*, el portero le entregó una carta en que le decian:

"Caballero: si de aquí al sábado no da usted una franca esplicacion de su conducta, si no trata usted de evitar todos los males que ha acumulado sobre mí, no dude un momento de que tendrá por qué arrepentirse, porque tal abandono para una infeliz muger que en nada ha pecado no es propio de un alma noble, ni de quien se precia de caballero.

Julia."

Con ojos espantados leyó Manuel dos ó tres veces el billete, sin embargo de que en él miraba la realizacion de lo que poco ántes pensaba: temia ver de nuevo á Julia, profanarse con entrar en aquella casa, casa-teatro de escenas *non santas* de su pasada vida, y queria amenazar á la jóven corrompida para intimidarla y evitar que diera un loco paso cuyas consecuencias serian fatales para él. —Si ella quisiese dinero solamente, se decia, yo me seguiria sacrificando en pagarle casa, lujo, y todos esos gastos obligatorios en una muger que vende su amor; pero esto seria prolongar un compromiso que no debo tener; deseo ser otro hombre para merecer la mano de Cecilia. ¡Oh! qué caro pagamos los jóvenes esos licenciosos placeres, esas noches de insomnio en que sacrificamos nuestra juventud y hasta nuestra existencia! Miéntras mas derramamos el oro, mas necesarios nos hacemos para ellas, y cuando queremos huir del infierno, estamos atados á él por férreas cadenas, que pueden ser rotas, pero ocasionando un escándalo inaudito que nos robe la felicidad para siempre.

El jóven permaneció en silencio mas de media hora, sin quitar los ojos de aquel fatídico papel.

—¡Este viaje á Matanzas, dijo al fin, tiene demasiados escollos!.... ¿Si será ahora interrumpido por la *maldita Julia*, á quien el cielo confunda?.... ¿Si apesar de la felicidad que he tocado con que mi madre nos acompañe, tendré que renunciar á él? oh! no, no, infeliz de ella si lograse tal cosa! Con nada me juzgaria vengado.

El portero tocó á la puerta del cuarto y le entregó otra carta.

—Demonio! esclamó enfurecido el jóven, ¿si será de María? dijo sin ver la letra del sobre; márchese usted, márchese, dijo al portero.

Y el pobre anciano se retiró asombrado, pues por primera vez habia visto tan hosco al señorito.

El dejó caer aquella carta sobre la carpeta, y de codos en ella, reclinó su frente en la mano, esperando sin duda que un pensamiento risueño de esos que pueden cambiar la situacion mas desesperada apareciese en su mente.

Mas todo era inútil; aquellas dos mugeres ocupaban demasiado su febril imaginacion, y no tenia mas que ideas tristes en que figuraban las venganzas que ellas podian tomar, hasta que tomando una heróica resolucion rasgó el sobre y leyó:

"Querido Manuel:

"Tranquilízate y nada temas de Julia y María, pues juzgando yo lo mismo que tú, y temiendo la venganza que pudiera poner en grave conflicto tus relaciones ó próximas relaciones con Cecilia, determiné sustituirte con María, y con gusto te advierto que la he encontrado muy amable y dispuesta. He aconsejado á Juanillo haga lo mismo con Julia, y en estos momentos ha ido á hacerle la primera visita, pertrechado con un rico abanico de nácar y unos preciosos pendientes; talisman que, como tú sabes, tiene atraccion en el amor *volcánico* de esas damas. Muy pronto no existirá en aquellas casitas ni tu memoria, y bendecirás á los amigos que te han librado de esa plaga de Ejipto; solo te suplico que le pidas á Dios que pronto sea yo sustituido por otro, pues, francamente, es demasiado gravosa la hipoteca y has sido tan pródigo con la tal María, que la niñita es una vorájine para el oro; tranquilízate y nada temas de esas sílfides, cuya rabia estará curada muy pronto por el método homeopático, sin embargo de que en los egresos es para tus amigos mas que alopático.

"Tuyo siempre de corazon

Oliverio."

—¡Bendita sea la amistad! dijo Manuel derramando lágrimas de pura alegría; bendito Oliverio, que tantas pruebas me ha dado de

profundo cariño, bendito sea! ¿Con qué pagaré yo á ese jóven los sacrificios que por mí ha hecho? Yo le pediré al cielo que para él llegue un dia en que sienta un amor tan puro como el que yo siento, que encuentre en su camino un ángel como Cecilia que haga olvidarlo de sus errores y santifique su vida.—¡A Matanzas, á Matanzas! dijo ébrio de gozo, sin temor ninguno en el corazon, sin zozobra que pueda entristecerme un instante, sin un pensamiento que me obligue á olvidarme en un minuto de hacerme digno de la correspondencia de Cecilia, que es la única felicidad que ambiciona mi corazon. A Matanzas! á Matanzas!

Y casi frenético dió un golpe á la puerta de su cuarto, cruzó la sala, entró en el gabinete de su madre á quien le dió un cariñoso abrazo, diciéndole:

—Qué feliz me haceis, madre mia, qué feliz!

—Y yo lo soy, dijo ella conmovida al verlo tan contento; pero es necesario que la felicidad no te embriague, que te hagas digno de esa ventura que el cielo te concede, sin dar un paso precipitado.

El hijo besó con efusion las manos de su madre, le ofreció que sería prudente y reflexivo y que no daria un solo paso sin haberse consultado con ella. —¡Oh! sí, sí, porque sé muy bien, madre mia, agregó, que no pasarán muchos instantes sin que adoreis la que yo adoro y la tengais en tanta estima como á mí.

—Así lo creo, esclamó la madre, pero calma, calma, Manuel; porque esos rápidos transportes que te dominan, no son útiles cuando se trata de elegir una compañera para toda la vida.

—Oh! sí, dijo él, toda la vida, toda la vida! qué felicidad!

El portero apareció en la sala y con bastante timidez dijo que habia llegado otra carta.

—Para quién? le interrogó Manuel.

—Para la señora.

—Venga.

—Me retiro.

—Retiraos.... esperan respuesta?

—Sí, señor.

Manuel entregó la carta á su madre; ella rasgó el sobre y leyó:

"Aun cuando pensamos visitar á usted esta noche, me anticipo á decirle que el viaje se verifica en la de mañana en el vapor *Habanero*, que sale á las diez; de manera que debemos estar reunidas en

esta su casa á las nueve de la noche; pero si fuese para usted demasiado pronto, puede usted decirlo, segun me ha encargado mi esposo, y se prorogará para el sábado.

"Su afectísima amiga *Rosa de* *** "

—Mamá, escriba usted dos letras diciendo que está todo arreglado para mañana, esclamó al saber lo que decia la carta.

—Las horas son siglos para tí, dijo la madre.

—¡Oh! sí, lo confieso; me parece que á cada momento ha de haber un motivo para que no se verifique el paseo.

—Voy á complacerte.

Manuel con una sola mirada demostró todo su agradecimiento.

Corrió á la carpeta chinesca de Doña Flora, preparó el papel y hasta mojó en tinta una pluma que puso en manos de su madre; esta escribió; Manuel dobló el billete, le puso el sobre, y no llamó al portero, sino que el mismo corrió por la escalera á entregar la contestacion al criado de Doña Rosa, á quien dió un recado reservado para Cecilia, acompañado de un doblon que hizo un efecto mágico en el etiope.

—Ya no faltan mas que horas, dijo saltando de dos en dos las gradas de la escalera, y volvió á su cuarto para escribir en su libro de memorias las últimas ocurrencias de aquellos dias; costumbre que hacia años observaba y que le servia de no poco entretenimiento; pero apuntes que en honor de la verdad, solo podian leerse desde el momento en que se enamoró de Cecilia; las demas páginas estaban manchadas por aventuras tan *demasiado* profanas, que debian sus hojas ser arrancadas y arrojadas al fuego; como que eran la historia de la borrascosa vida de un jóven, que muy niño perdió á su padre, y que tuvo, apenas salió de las faldas de su madre, mucho oro que gastar y una libertad desmedida, que son los dos enemigos mas poderosos que puede tener el hombre, cuando carece del necesario juicio para marchar por sí solo en el tortuoso sendero de la vida, donde tantos abrojos se esconden, tras de los falaces encantos de la corrupcion y del libertinage.

Dejemos que descanse nuestro jóven enamorado, libre ya de todo temor de aquellas mujeres á quienes habia pertenecido; dejemos que descanse, que al siguiente capítulo debeis encontrarlo en Matanzas, gozando con la realizacion de su sueño, viviendo algu-

nos dias bajo el mismo techo que Cecilia; pero en obsequio de la claridad de esta historia, se hace indispensable que nuestros lectores se penetren de algunos incidentes necesarios.

La decision tomada por Doña Flora, de acompañar á su hijo á Matanzas, llegó bien pronto á oido de Doña Segismunda, se reunió el club de *El Ocaso,* y allí manifestó la presidenta que todos sus esfuerzos habian sido inútiles y que el inmenso cariño que tenia Doña Flora á su hijo, desbarataba sus planes.

—Preciso es, dijo la marquesa, que Simon vaya á Matanzas á espiar los pasos de *ellas.*

Este nombre, que imprudentemente se escapó de los lábios de aquella señora, aunque pasó como desapercibido, no lo fué; pues todas las socias se enteraron de quien era el autor de las cartas que recibian, y el que espiaba á los de *El Oriente;* verdadero Judas que vendia á sus amigos!

Efectivamente, Simon era, lo que en castellano se llama un vividor; recibia sueldo y obsequios de la sociedad *El Ocaso;* comia, bebia y disfrutaba á costa del bolsillo de los jóvenes de *El Oriente:* al lado de las viejas era un diablo predicador, fingia virtudes, contaba, aumentándolos, escesos y aventuras de la juventud; y cuando estaba con ellos; ya lo recordareis en la quinta con la copa en la mano, celebrándolos y bebiendo champagne en abundancia: en fin, Simon pertenecia á la clase de reptiles *multiformes* que dan á sus fisonomías y á sus acciones, el carácter que mas les agrade á los que con el están; verdaderos camaleones que cambian de color segun el que tenga el punto en que fijan su planta, y que viven bien, hasta que, conocidos por unos y otros, los miran con el mas completo desprecio.

Este asqueroso tipo, es el señalado para que pase á Matanzas y siga los pasos de toda la familia, dando cuenta diariamente á la sociedad de lo que ocurra, para seguir ideando planes, que den por resultado el rompimiento de las relaciones de los jóvenes, y como consecuencia forzosa las de sus familias.

Simon concurrió á casa de la marquesa, donde entre ella y Doña Segismunda le hicieron comprender cual era su mision: dándole el dinero suficiente para que los siguiese á todos los paseos, y él, que como *vividor* tenia buenas tragaderas, presentó no pocas dificultades para desempeñar su mision, haciéndoles creer que estaba muy

persuadido y enterado de que su vida estaba en peligro, que le constaba le habian hablado al negro el *Indio* para que lo asesinase y que él tenia necesidad de muchos gastos y precauciones para poder librarse del brazo del asesino.

El resultado fué que, mentira ó verdad semejante proyecto, Simon oyó con muchísimo gusto que podia contar con ocho onzas de sueldo desde aquel mes, siempre que siguiera sirviendo á las del *Ocaso* con el celo que hasta entonces habia demostrado: él lo ofreció así, é hizo las apuntaciones de lo que debia observar en la ciudad de los dos rios; siendo su primera precaucion hacer el viaje á proa del vapor, para que Manuel no se apercibiese que lo seguian.

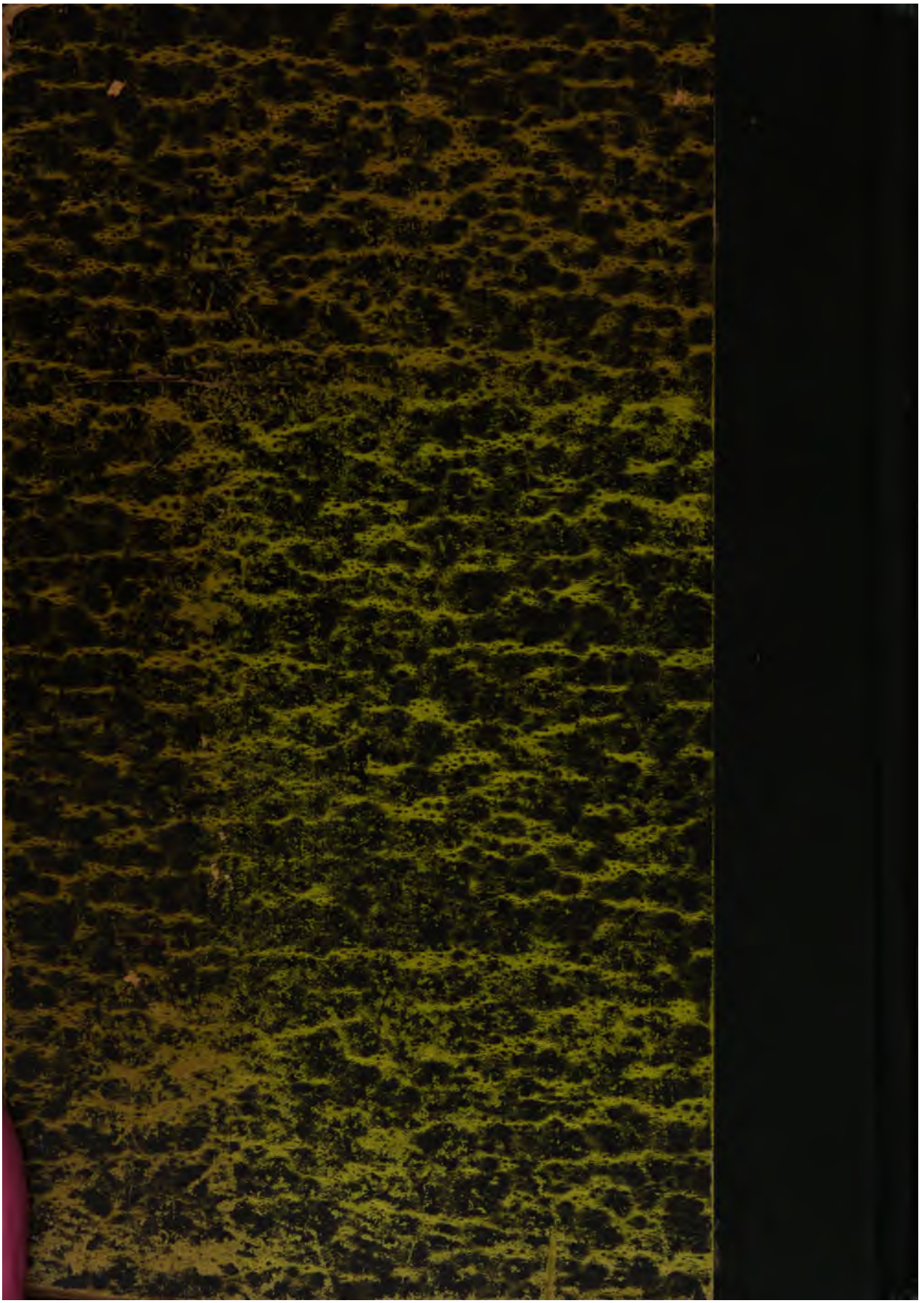
Llega el momento de que cambien de localidad por algunos dias, los principales personajes de nuestra historia: llega el momento en que Cecilia y Manuel, tan profundamente enamorados, contemplen juntos los bellísimos paisajes de Matanzas, con quien la naturaleza ha sido tan pródiga y que admiran propios y estraños.

Llega, en fin, la hora de que *El Oriente* no tenga director por algun tiempo apesar de que, Oliverio se propone sustituir á su jóven amigo, y no darle treguas á sus comunes enemigas, y llega por fin el momento suspirado del jóven Conde, de verse lejos de la bulliciosa Habana, al lado de la bellísima jóven orgullo de Matanzas, que habia logrado con su belleza, candor y virtudes hacerse la reina de la moda, sin que bastasen para arrancarlee se envidiado cetro, todas las sugestiones de las envidiosas viejas, que tanto contraste ofrecen con las muchas señoras cuyas virtudes son siempre admiradas por todos los que saben muy bien las limosnas y obras de misericordia que diariamente practican. Olvidemos, pues, las intrigas y calumnias que han figurado en estos episodios, y vamos á transportarnos á la antigua Yucayo, donde habrá escenas mas bellas y gratas para los sensibles corazones de nuestras bellas lectoras.

Matanzas, la patria del dulce Milanés, será pronto la escena de nuestra historia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

3 2044 048 084 180

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

MAR 2 6 1993 ILL